

Tolimenses que dejan huella

Volumen VIII

ISSN: 2462-9200



Enelia Caviedes



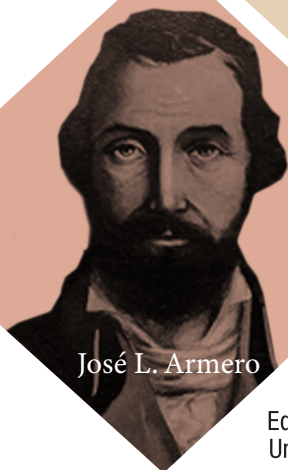
María M. Echeverry



Guillermo Laserna



Alfonso Viña



José L. Armero



Mariana Varela

Ediciones
Unibagué



**Universidad
de Ibagué**

Comprometidos con el desarrollo regional

Universidad de Ibagué

**Tolimenses
que dejan huella
Volumen VIII**

Cronistas

Oscar Javier Molina Molina
Martha Myriam Páez Morales
Manuel Alberto Caycedo Cañón
Jhonny Alexander Lozano Bermúdez
Guillermo Pérez Flórez
Alberto Fernández Rojas

Ibagué, Colombia
2023

923.986 136

T649 Tolimenses que dejan huella/Oscar Javier Molina Molina, Martha Myriam Paéz Morales, Manuel Alberto Caycedo Cañón, Jhonny Alexander Lozano Bermúdez, Guillermo Pérez Flórez, Alberto Fernández Rojas.

Ibagué: Universidad de Ibagué, 2023

Vol. 8, 174 p., 16.5 centímetros

ISSN Impreso 2462-9200

ISSN Digital 2462-9219

Descriptores: Alfonso Viña Calderón - vida y obra; Enelia Caviedes Pérez - vida y obra; Guillermo Laserna Pinzón - vida y obra; María Magdalena Echeverry de Polanco - vida y obra; José León Armero García - vida y obra; Mariana Varela Navarro - vida y obra.

Universidad de Ibagué
Tolimenses que dejan huella
Volumen VIII
Abril de 2023

© Universidad de Ibagué, 2023

© Oscar Javier Molina Molina, Martha Myriam Páez Morales, Manuel Alberto Caycedo Cañón, Jhonny Alexander Lozano Bermúdez, Guillermo Pérez Flórez, Alberto Fernández Rojas, 2023

Dirección editorial: Ediciones Unibagué
ediciones.unibague.edu.co
ediciones@unibague.edu.co
Universidad de Ibagué
Carrera 22, calle 67. Barrio Ambalá
Teléfono: +57 608 2760010
Ibagué, Tolima, Colombia.
www.unibague.edu.co

Corrección de estilo
María Paula Méndez Penagos

Impresión
León Gráficas S.A.S. PBX 2630088. Ibagué.



Salvo cuando se especifique lo contrario, las fotografías del presente libro fueron suministradas por los protagonistas de las crónicas o sus familiares. Esta obra no puede reproducirse sin la autorización expresa y por escrito de la Universidad de Ibagué.

Contenido

Presentación.....	7
Alfonso Reyes Alvarado	
Alfonso Viña Calderón: familia, docencia, música y folclor colombiano.....	10
Oscar Javier Molina Molina	
Enelia Caviades Pérez: la voz femenina que hizo grande la radio	44
Martha Myriam Páez	
Guillermo Laserna Pinzón: un eslabón importante en una gran diversidad empresarial.....	72
Manuel Alberto Caycedo Cañón	
María Magdalena Echeverry de Polanco: la científica que puso al Tolima en el mapa de la genética mundial.....	94
Jhonny Alexander Lozano Bermúdez	
José León Armero García: el padre de la república de Mariquita	118
Guillermo Pérez Flórez	
Mariana Varela Navarro: dibujar a una mujer artista.....	148
Alberto Fernández R.	
Cronistas.....	172

Presentación

Desde su creación en 2015, hemos proyectado a *Tolimenses que dejan huella* como una de las series editoriales insignia de la Universidad de Ibagué, animados por el interés de que las nuevas generaciones se acerquen a historias inspiradoras de grandes personajes que han dejado en alto al Tolima y que han aportado al crecimiento de nuestra región y país.

Con este, nuestro octavo volumen, completamos 55 historias de vida de diversos personajes. Relatos elaborados meticulosamente por un nutrido grupo de cronistas que, con total entrega, han asumido el reto de investigar, entrevistar y documentar la vida de estas figuras ilustres para el Tolima. Como es usual, cada escrito incluye una guía de trabajo con preguntas sugeridas para estimular el diálogo y la puesta en común en torno a la vida y los valores de los ‘Tolimenses’ retratados y sus contextos.

Comprometidos con nuestra política institucional de acceso abierto al conocimiento, hemos incorporado, una a una, cada crónica en nuestro repositorio institucional para que, fácilmente y sin ningún costo, cualquier lector pueda conocer las historias de vida de los *Tolimenses que dejan huella*.

Esta octava entrega incluye crónicas de seis notables personajes: tres mujeres y tres hombres cuya impronta ha sido esencial para el desarrollo cultural, mediático, industrial, científico, político y artístico del Tolima y de Colombia.

Oscar Javier Molina Molina, director de Bienestar de la Universidad de Ibagué, presenta la crónica *Alfonso Viña Calderón. Familia, docencia, música y folclor colombiano*, en la que hace un recorrido por la vida de quien fuera uno de los folcloristas, compositores y gestores culturales

más importantes del Tolima. Trascendental en la historia del Colegio San Simón y, probablemente, uno de los coleccionistas de instrumentos musicales más distinguidos del país.

Martha Myriam Páez Morales, periodista de reconocida trayectoria en Ibagué y exdirectora de Ediciones Unibagué, comparte el texto *Enelia Caviedes Pérez. La voz femenina que hizo grande la radio*, una crónica más que oportuna para exaltar la vida de la primera mujer que —con profesionalismo, talento y entrega— se hizo a pulso un lugar en la radio tolimense y abrió una puerta para las mujeres en los medios de comunicación locales. Además del periodismo y la locución, esta huilense lideró una labor comunitaria, cívica y cultural sin precedentes en el Tolima.

El también periodista Manuel Alberto Caycedo Cañón entrega la crónica *Guillermo Laserna Pinzón. Un eslabón importante en una gran diversidad empresarial*, en la que relata los sucesos más destacados en la vida del protagonista en la expansión del legado empresarial de la reconocida familia Laserna en territorio tolimense. Un modelo de innovación y emprendimiento digno de reconocer.

Jhonny Alexander Lozano Bermúdez, profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Ibagué, presenta *María Magdalena Echeverry de Polanco. La científica que puso al Tolima en el mapa de la genética mundial*, un relato detallado en el que hila con ingenio el camino recorrido por esta mujer para convertirse en la genetista y científica más prominente del Tolima, acentuando en los hitos de su vida familiar y académica, así como su papel fundamental como formadora de investigadores. Un ejemplo loable de lo que es capaz de hacer una mujer en la ciencia.

En *José León Antonio Armero García. El padre de la república de Mariquita*, el abogado, periodista y miembro de la Academia de Historia del Tolima, Guillermo Pérez Flórez, nos comparte una completa revisión documental y contextual en la que rescata del olvido la vida de un prócer colombiano, jurista de pensamiento liberal y protagonista en la fundación del departamento del Tolima. Un compendio de reflexiones necesarias sobre una figura oculta pero imprescindible para entender el movimiento independentista de mediados del siglo XIX en nuestro país.

Por último, Alberto Fernández Rojas, periodista e historiador de arte contemporáneo radicado en Madrid (España), presenta *Mariana*

Varela Navarro. Dibujar a una mujer artista, un texto original en el que convergen elementos de la crónica literaria, el ensayo y la crítica de arte, para narrar la historia de esta ilustre artista ibaguereña, nominada y jurado del Premio Luis Caballero, y —por varias décadas— maestra de nuevas generaciones de artistas en la Universidad Nacional de Colombia. La vida de Mariana Varela permite ver desde una óptica distinta el papel de las mujeres en el arte colombiano, el feminismo, y el poder del arte para reivindicar la memoria de las víctimas del conflicto en Colombia.

Esta entrega de *Tolimenses que dejan huella* nos da nuevamente la oportunidad de agradecer a los miembros del comité editorial de este proyecto, quienes han deliberado y orientado la selección de cada uno de los personajes; a los más de 30 cronistas que se han sumado a esta iniciativa; a las diversas instituciones que —a través de financiación y aportes de distinta naturaleza— se han sumado al proyecto; a los cientos de personas (familiares, colegas y amigos de los protagonistas) que han servido como fuentes para consolidar las crónicas; al equipo de Ediciones Unibagué por liderar la edición y publicación de estos libros; y, por supuesto, a los ‘Tolimenses’ que han prestado su voz y su memoria para la elaboración de estos relatos.

Tolimenses que dejan huella es un campo fértil para la generación de nuevos proyectos. De esta serie se han derivado otras iniciativas como el libro *Instituciones que dejan huella* y el pódcast *Voces que Inspiran*. Les invitamos a sumarse compartiendo sus ideas sobre personajes, instituciones y cronistas; y a consultar la serie completa en ediciones.unibague.edu.co.

Alfonso Reyes Alvarado
Rector
Universidad de Ibagué

Alfonso Viña Calderón

Familia, docencia, música
y folclor colombiano

Por: Oscar Javier Molina Molina

ISSN impreso: 2462-9200

ISSN digital: 2462-9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 8 (2023)

DOI: <https://doi.org/10.35707/tol/801>

Ediciones Unibagué

Salvo cuando se especifique lo contrario, las fotografías de la presente crónica hacen parte del archivo personal de Alfonso Viña Calderón, suministrado por Martha Viña Patiño.



Alfonso Viña Calderón

En marzo de 2006 se realizó una exposición de instrumentos musicales, en el Museo de Arte del Tolima, denominada *El Taller del Luthier*. A este evento asistió un grupo de estudiantes de la carrera de Licenciatura en Música del Conservatorio del Tolima, quienes tenían programada una visita guiada por parte del maestro Humberto Galindo Palma, profesor de cátedra en folclor y, a su vez, director de las Colecciones Alfonso Viña Calderón y Mundo Sonoro.

La exhibición estaba compuesta por artefactos sonoros de otras latitudes e imaginaciones, con contenidos narrativos musicológicos, lo cual despertó inquietudes e intereses personales. Por supuesto, allí se encontraba quien les escribe el presente texto, sin imaginar que años más tarde dedicaría parte de su tiempo a custodiar el acervo instrumental más antiguo de la ciudad de Ibagué e investigar sobre la vida y obra del maestro Alfonso Viña Calderón.

Los escritos de los autores Polidoro Villa Hernández, Carlos Orlando Pardo Viña y Claudia María Polanco Yermanos han servido como punto de partida en este proceso investigativo; a esto se suma una serie de entrevistas y documentos que han permitido rastrear parte de las cotidianidades de quien en vida se dedicó a la educación, la música, el folclor, y a coleccionar e interpretar instrumentos musicales de Colombia y el mundo.

Antecedentes de los Viña Calderón

“Los Calderón eran del Fresno y los Viña del Valle de Doima”, así lo afirmó Nelson Ospina Franco, yerno de Alfonso Viña Calderón, en una entrevista para la Universidad de Ibagué. De hecho, Alfonso Viña mencionó que su apellido es de origen español, de la región de las Viñas, el cual entró por el Caribe colombiano y llegó desde la Costa Atlántica para ser difundido entre los municipios de Doima y Piedras.

Se dice que los hermanos Atalivar y Macario Viña fueron los primeros en llegar al *Tolima Grande*. Su solvencia económica los llevó a comprar en el transcurso del siglo XIX una finca llamada La Bolsa, ubicada en Doima. Su descendencia no se hizo esperar, entre ellos, Adolfo Viña, quien decidió compartir su vida con Leonilde Munar, y aunque no se conoce cuántos hijos tuvieron, sí se sabe que Narciso, padre de Alfonso Viña Calderón, proviene de esta pareja.

Narciso nació el 29 de octubre de 1889 en el municipio de El Espinal. Se desempeñó como fundador y rector de algunos colegios del departamento del Tolima. La columnista Claudia Polanco describió a don Narciso como un incansable animador cultural, quien hizo de la pedagogía su mundo. Esto lo llevó a obtener algunos reconocimientos y medallas al mérito por su labor profesional.

Por otro lado, Alicia Calderón Salazar, madre de Alfonso, era una mujer proveniente de Fresno. A propósito, se menciona que sus antepasados, en especial su padre Miguel Calderón, un minero con alma de músico, fue uno de los fundadores de ese hermoso municipio ubicado al norte del departamento del Tolima.

Narciso se casó con Alicia Calderón y formaron una familia. Vivieron en distintos lugares del departamento del Tolima; tuvieron nueve hijos, a quienes bautizaron con los nombres de Carmen Alicia, Alfonso, Jorge, Alberto, Adolfo, Guillermo, Eduardo, Ligia y Teresa. Algunos de

ellos se dedicaron a la docencia, otros al trabajo social, pero todos tenían en común el interés por la música. De hecho, fueron protagonistas en varios procesos educativos durante el siglo xx.



Familia Viña Calderón. De izquierda a derecha en la parte de atrás: Alfonso Viña, Ligia Patiño de Viña, Jorge Viña, Alberto Viña, Adolfo Viña, Guillermo Viña, Eduardo Viña. Delante: Ligia Viña, Narciso Viña y Teresa Viña

Primeros años de vida

Alfonso Viña Calderón nació el 7 de enero de 1918 en el Valle de las Lanzas, en los predios de la hacienda *El Danubio*, más exactamente en lo que hoy en día se conoce como Barrio Ricaurte de la capital del departamento del Tolima. En esa época, Ibagué se caracterizaba por tener unos pocos edificios al estilo español que no superaban los dos pisos, además de poseer algunas viviendas en bareque con techo de paja; también casas coloniales de color blanco con tejas de barro y ventanas de chambrana. Era un pueblo cívico en donde predominaban los valores, el amor a la patria y a la formación doctrinal de la iglesia católica que tenía el respaldo de la Constitución Política de Colombia de 1886.

Una de las particularidades de la sociedad colombiana a comienzos del siglo xx fue el patriarcalismo, establecido como un sistema de

dominio para subordinar a la mujer. Este periodo se caracterizó por el sometimiento de las mujeres, las actividades de las jovencitas y señoras de la época eran labores del hogar; se desempeñaban como costureras, modistas, panaderas, cocineras, sombrereras y zapateras, por mencionar algunos oficios.

El Maestro Viña Calderón, al poco tiempo de haber nacido, tuvo que trasladarse junto con su familia al municipio de Fresno, ya que su padre fue nombrado como rector del Colegio de San José. Así pasaron sus primeros años de vida. Sin embargo, muy pronto retornaron a la ciudad musical en la que ya se había fundado el Conservatorio del Tolima dirigido por el maestro Alberto Castilla.

Al llegar a Ibagué, don Narciso fundó el Instituto Jorge Isaacs con la finalidad de educar a sus hijos allí. Alfonso no quiso estudiar en el claustro educativo de su padre, así que su proceso formativo lo realizó en el Colegio de San Simón. Este fue un acto de rebeldía, pero fue bien aceptado por sus padres, porque se trataba de una institución que ya contaba con exalumnos de trayectoria nacional, entre ellos, los expresidentes de Colombia José María Melo y Manuel Murillo Toro.

Para ubicarnos de manera geográfica, el colegio fundado por el profesor Viña Munar se encontraba en la calle séptima entre carreras segunda y tercera, a la que se le conocía como la ‘Calle Ancha’, muy musical, por cierto, ya que por esta misma zona se encontraba la casa de los Melendro, lugar donde se interpretaban obras del repertorio clásico en el violín y el piano.

Todo este ambiente musical contagió a la familia Viña Calderón y así surgió el Grupo infantil de los hermanos Viña, integrado por Carmen Alicia, Adolfo, Eduardo y Alfonso. En ese momento, eran todos unos niños de cinco, seis, siete y nueve años de edad. Estaban acompañados inicialmente por su padre Narciso, quien interpretaba un tiple Padilla, mientras que doña Alicia era la encargada de preparar y motivar a los chicos, además de hacer la segunda voz en el ensamble vocal-instrumental.

Los hermanos Viña realizaron muchas presentaciones musicales tanto en Ibagué como en otros lugares del departamento del Tolima. Su pasión por el arte de los sonidos los llevó al Conservatorio de Música, donde ya se encontraba trabajando la señora Amina Melendro como

profesora de solfeo. Por su parte, Carmen Alicia inició sus estudios de piano y el resto de hermanos comenzaron con la interpretación de la guitarra, el tiple y la bandola. Esto acontecía alrededor de 1930.

El Conservatorio del Tolima se perfilaba como cuna de grandes músicos que venían de otros lugares de Colombia, para afianzar la calidad artística a través de la interpretación de la música clásica. Sin embargo, los jóvenes de la época estaban influenciados por las músicas de la región Andina, uno de ellos era Darío Garzón Charry, quien conoció a Alfonso Viña Calderón en la Escuela de Música.

En 1933, Darío Garzón era integrante del conjunto *Floresan* e interpretaba el clarinete con los maestros Antonio y Alberto Flórez. Años después, conformó el dueto Garzón y Collazos, pero mientras esto empezaba a acontecer, Darío se interesó por el grupo musical de los hermanos Viña, hasta llegar al punto de acompañarlos y dirigirlos.

Darío Garzón influyó en la vida musical de Alfonso Viña Calderón, ya que fue él quien lo contagió en la interpretación de la bandola, a tal punto que le preguntaban: ¡Alfonso! ¿qué quieres ser cuando seas grande? y sin dudarle respondía, yo quiero ser un *Bandolero*. De allí proviene el nombre artístico *El Bandolero Tolimense*.

Alfonso comenzó sus estudios en el Colegio San Simón, pero no perdía el vínculo con el Conservatorio del Tolima, donde integró el conjunto *Tolima Grande*, dirigido por el maestro Francisco de Paula Rojas y compuesto por doce bandolas, cuatro guitarras, cinco triples, contrabajo y pandereta. Algunos de sus integrantes eran Darío Garzón, Leopoldo Quimbaya, Francisco Rojas, Eduardo Collazos, Aura Meneses, Carmen Alicia Viña, Alfonso Viña, Maruja Torres, Luis A. Benavidez, Blanca Álvarez, Carmen Castillo, Simón Collazos, el Negro Henao, un cantante de apellido Marulanda, por mencionar algunos.

En 1934 se inauguró la Sala Beethoven, hoy en día, Salón Alberto Castilla. En la actualidad, este lugar es monumento patrimonial para la ciudad de Ibagué. Allí se conjugan la música, la pintura, la escultura y la arquitectura en un mismo espacio. Uno de los eventos significativos que convocó a nacionales y extranjeros a este lugar emblemático fue el primer Congreso Nacional de la Música realizado en 1936, que se publicó especialmente para Colombia en la IV edición del Boletín Latinoamericano de Música.

En 1938, Darío Garzón comenzó a trabajar en el Colegio San Simón ubicado, en aquel momento, en la calle once con carrera tercera. Para ese entonces, Alfonso realizaba quinto grado de bachillerato y contaba con muy buena experiencia vocal e instrumental. Su excelente desempeño lo llevó a actuar como integrante de los Coros del Tolima, y también fue convocado por el maestro Garzón para dar inicio a un proyecto musical denominado *Carambú*. Este buscaba resaltar el nombre de una princesa indígena que habitaba las orillas del río Tucutumaina (actualmente el río Combeima).

Este grupo de música colombiana se convirtió en el anfitrión de las fiestas privadas de ministros. Algunas personas prestantes de la época eran invitadas a la casa de la señora Amina Melendro, con la finalidad de endulzar el oído y recaudar recursos para el Conservatorio del Tolima. A estas reuniones, los integrantes de *Carambú* les llamaban las *Chocoláminas*, siendo esta una palabra que fusionaba el nombre chocolate y Amina, posiblemente inventada por Eduardo Collazos, integrante del dueto Garzón y Collazos.

Otra de las historias de *Carambú* fue relatada por la señora Aida Saavedra (única mujer gobernadora del departamento del Tolima hasta la actualidad). La agrupación fue la primera estudiantina dirigida por los Príncipes de la Canción. Ellos, junto a Isabelita, María Luisa Sandoya, Beatriz Márquez, Olga Restrepo, Beatriz y Amelia Pulecio, Clara Neira, el pintor Julio Fajardo, Germán Ospina Lopera, Alfonso Viña Calderón y la exgobernadora, se encargaron de alegrar la vida en diversas oportunidades y en diferentes circunstancias.

La juventud del *Bandolero Tolimense* empezó a quedar esparcida por diferentes lugares de Ibagué, entre ellos el barrio La Pola, cuenta Alfonso. Sus amigos y él llegaban a ese sitio a bañarse en la alberca grande denominada Los Chorros, ubicada en una plazuela más arriba de lo que hoy se conoce como el Hotel Casa Morales. También argumenta que sus mejores recuerdos quedaron alojados en los pasillos del Colegio San Simón. En efecto, una de las situaciones que rememora de este claustro educativo son las notas de amor escritas por los jovencitos de la época que eran llevadas a escondidas dentro del forro del sombrero del profesor de castellano Manuel Antonio Bonilla, e iban a parar a propósito a la

Normal de Señoritas, gracias al tipo de vinculación laboral que desplegaba el respetado maestro en las dos instituciones.

Carlos Orlando Pardo Viña en el libro *Músicos del Tolima Siglo xx* mencionó que la época estudiantil de Alfonso Viña Calderón estuvo marcada por el encuentro con el guitarrista Pedro Abel Luna y el tiplista Servio Tulio Meneses. Por supuesto, con Viña en la bandola, después de estudiar física y química, se reunían en la plazuela del barrio La Pola para interpretar los pasillos Cachipay, Chaflán y Rondinella, entre otras canciones de la época. Sus compañeros de estudio bautizaron a este conjunto Piedralipe.

Por su parte, Alfonso Viña recuerda que en sus años de juventud le sacaba provecho a las reuniones de su padre, quien gustaba departir con sus amigos mediante la buena música y unos cuantos tragos. Allí, junto a los hijos de las personas reunidas, procedían a pedir cinco centavos para gastarlos con las novias en idas a cine y en comidas de merengues en La Pola. Era una época muy distinta a la actual. En ese momento, el enamoramiento se basaba en las miradas de balconcito a balconcito, de ventana a ventana; de hecho, se debía pedir permiso a los suegros para poder ingresar a la casa de la novia.

Dentro de la charla informal con Polidoro Villa se menciona que los jóvenes de esa época se reunían en Mirolindo para cantar y hablar de cosas de muchachos. Ellos tenían una manera particular de comunicarse que consistía en colocar un aro de costura en el Café París, ubicado en la esquina de la décima con tercera, y cuando pasaban por este lugar y veían la señal, decían ¡Hay costurero! De inmediato acudían a la cita. El ‘costurero’ fue un espacio de reunión entre los amigos de la época; duró un poco más de diez años. Aquellos que sabían tocar instrumentos musicales tenían que llevarlos por obligación para acompañar y cantar los bambucos, las danzas y los pasillos más populares. Estos encuentros eran encabezados por un presidente (quien ejerció más tiempo este cargo fue Darío Garzón) que preguntaba: “Señor tesorero, ¿tiene el acta? ¿Que el secretario la lea! Y leía el secretario: Son treinta y cinco pesos que deben de la reunión de hace ocho días... Entonces todos se metían la mano al bolsillo, pagaban e iniciaban la reunión del costurero”.

Se dice que de las reuniones del costurero nació el conjunto musical *Chispazo*, integrado por el médico Manuel Antonio Bonilla, Gustavo

Torres, Marco Tulio Reina, Pedro J. Ramos, Luis Eduardo Vargas Rocha y Adolfo Viña Calderón. Durante este periodo de tiempo nació la estrecha amistad entre Alfonso Viña Calderón y Manuel Antonio Bonilla, quien además se convirtió en el médico y caricaturista del recordado maestro.

Formando una profesión



Alfonso Viña Calderón

Una vez graduado del Colegio San Simón en 1939, Alfonso tomó la decisión de trasladarse a Bogotá para estudiar matemáticas en la Universidad Nacional de Colombia. Su título profesional lo consiguió a solo dos años de haber sido titulado bachiller. Por su parte, don Narciso, en 1940, tomó la decisión de trasladarse al municipio de Cajamarca a fundar nuevamente el Colegio Jorge Isaacs. Esta decisión fragmentó a la familia Viña Calderón y cada uno de los hermanos tomó rumbos distintos; algunos se fueron para Cajamarca, otros se quedaron en Ibagué, entre ellos Alfonso. Él ya había hecho el año rural en la capital de

Colombia e inició su vida laboral en la Concentración Central Diego Fallón de la ciudad musical en 1943.

La escuela central se ubicaba en la carrera cuarta, en medio de la calle décima y once, donde actualmente se encuentra el Circulo Social de Ibagué, precisamente a un costado del parque Murillo Toro. Por esta zona también funcionaba el Gimnasio Femenino, establecimiento educativo liderado por Narciso Viña Munar y Margarita Pardo. Este colegio no desapareció por completo de la ciudad de Ibagué gracias a que el Gobierno Departamental mediante la Ordenanza 030 de 1944 le da el nombre Colegio Departamental para señoritas y es entregado a las hermanas de la iglesia católica, quienes le dan el nombre de Santa Teresa de Jesús.

La Ibagué de ese periodo era muy musical, con variedad de conciertos y agrupaciones como *La Pollera* dirigida por el maestro Cuellar o *La Guardia Civil del Tolima*, que con el paso de los años se convirtió en la Banda Sinfónica del Departamento del Tolima. Así mismo, había actividades musicales del Conservatorio del Tolima y los eventos culturales programados por los gobiernos de la época.

Alfonso no se desconectó totalmente de su familia y empezó a viajar a Cajamarca. Don Narciso ya había organizado el Colegio Jorge Isaacs con el apoyo de Campo Elías Bocanegra, por lo que se retomó el conjunto de los hermanos Viña y Alfonso se desempeñaba como profesor de tiple y coros.

Viña Calderón recuerda que en una oportunidad lo invitaron a dar una serenata en la finca de la familia Arias en un sitio denominado La Paloma. Tenían que cruzar por el río Bermellón y, como no se hacían rogar para hacer música, duraron tocando rumbas, pasillos, guabinas y bambucos durante tres días; fue la fiesta del tiple, la guitarra, la bandola y el canto. Así fue como Cajamarca empezó a sentir la música de los hermanos Viña.

De igual forma, la familia Viña Calderón al ser católica, participaba de la misa con frecuencia e iba a las peregrinaciones y actividades programadas por los sacerdotes, entre ellas las del padre Beltrán, a quien le gustaba la música. Por ello, se llevaban a los hermanos Viña para que les tocaran y cantaran a los campesinos bambucos, guabinas, danzas y pasillos. Al final de la jornada, el presbítero regresaba al pueblo junto a sus acompañantes cargado de cientos de gallinas para venderlas en el

mercado; con este dinero contribuía a lo que actualmente es el templo de Cajamarca.

Familia, amigos y trabajo

El maestro de las matemáticas y la música seguía yendo a Cajamarca de manera frecuente. Había conocido a Ligia Patiño Bedoya, una mujer armenita, quien provenía de la familia del historiador Víctor A. Bedoya del municipio de Anaime, Tolima. Sus sentimientos de amor profundo lo llevaron a contraer nupcias y fue el padre Lombo quien los casó e invitó a que los hermanos Viña tocaran en la boda. De allí surgió la siguiente anécdota: en 1947, el día de su matrimonio, Alfonso estaba muy preocupado porque sus hermanos no llegaban de manera puntual, así que se fue a encontrarlos en el camino. Se tardó bastante, a tal punto que era hora del matrimonio y el novio nada que aparecía. Mientras tanto, la gente murmuraba en el templo, ‘como que Alfonso se arrepintió de casarse’. Finalmente, llegaron los hermanos Viña y se inició la ceremonia; después se hizo una modesta recepción en el hotel de la señora Lucila. Allí cantaron canciones en ritmos de bambucos y boleros.

Al poco tiempo de casarse, Alfonso recibe su nombramiento como inspector de educación, cargo otorgado por la señora Carmenza Rocha, quien le encargó el despliegue de actividades relacionadas al folclor dentro de los colegios y escuelas del Tolima. Fue una época muy especial ya que, con el apoyo de Darío Garzón y amigos de la época pusieron a cantar el himno nacional y el bunde tolimense a un promedio de 3000 estudiantes en la plaza de Bolívar el 14 de octubre de 1947, para celebrar el cumpleaños de Ibagué.

El tiempo transcurría de manera tranquila. Sin embargo, llegó la tarde del 9 de abril de 1948 y transformó la vida de muchas familias. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, también recordado como ‘El Bogotazo’, desató una oleada de violencia profunda por todo el país. Esta circunstancia hizo que don Narciso tomara la decisión de cerrar el colegio en Cajamarca y regresara a Ibagué.

En la necesidad de seguir adelante, Don Narciso regresó al Colegio Jorge Isaacs en compañía de un profesor invidente llamado Ismael Santofimio. El establecimiento educativo funcionaba en la carrera segunda entre las calles doce y trece. En este período, Alfonso Viña Calderón

aprendió mucho sobre historia, pues él era quien le leía los libros a don Ismael, para que preparara sus clases en la reinaugurada institución.

En ese mismo año, Alfonso fue nombrado rector del Colegio Tolimense. Este cargo lo ocupó durante ocho meses, ya que, según él, “se estaba presentando un problema entre los obispos y el padre Hidrobo”. De hecho, “era una disputa de la época por el Colegio Tolimense entre los obispos Duque Villegas y Rodríguez Andrade, por la casa donde funcionó el Liceo Especial, que finalmente se la dieron al segundo”.

Dentro de los rectores del Colegio Tolimense no se hace alusión al nombre de la persona que ayudó a solucionar las dificultades en 1948. De momento no se conoce el por qué, pero se menciona que el padre Hidrobo en la misa de la celebración de los 50 años de esta prestigiosa institución relató la historia y, por supuesto, mencionó a Alfonso Viña Calderón.

En la década de los años 50 comenzó a crecer la familia Viña Patiño. La llegada del primer hijo los llenó de alegría; era el momento más importante de sus vidas, se sentían estar presentes en el cuerpo de otra persona. Lamentablemente, el primogénito falleció. Por esta razón, Alfonso comenta: “si me pusieran a resumir mi vida diría que soy un tiple que canta, llora, ríe y vive”.

Posteriormente, nacieron cuatro hijos de esta pareja: Jairo Alonso (Ingeniero Forestal), Amparo (Máster en Bioquímica), Martha (Publicista) y Luz Ángela (Bilingüe). A propósito, Martha Viña Patiño recuerda que siendo niña le gustaba jugar con sus hermanos; menciona que en algún momento de su infancia interrumpieron una interpretación dancística de sus padres, pues ellos, en medio del juego, rompieron una materia de barro mientras sus padres bailaban.

La vida en Ibagué se tornaba cambiante debido a los rezagos de la violencia. Muchos inmigrantes llegaban a la ciudad musical en busca de seguridad, techo, abrigo y educación. El maestro Alfonso Viña Calderón seguía adelante con su familia y sustentándola a partir de sus trabajos en el sector administrativo, docente y artístico. Durante los años 50, Viña Calderón comenzó a coleccionar sus propios instrumentos musicales. Actualmente, la Universidad de Ibagué desde su área de Bienestar Universitario salvaguarda esta colección de instrumentos.

En 1959 Alfonso Viña estaba en los Coros del Conservatorio del Tolima, había viajado a Cuba, tenía su propio conjunto musical y había

formado coros y tunas en el departamento del Tolima; además, estaba vinculado con el Conservatorio de Música como profesor. Para ese entonces, Adriano Tribín, un excompañero de estudios del San Simón y exalcalde de Ibagué, le propuso ser el director artístico del primer Festival del Folclor de Ibagué. La idea le encantó tanto que, como si se le hubiera clavado una saeta en la garganta, le salió el folclor que llevaba dentro de sus entrañas. Por eso, se dedicó a estudiar del tema con profundidad, recibiendo influencia de Guillermo Abadía Morales, Manuel Zapata Olivella, Ocampo y Camacho hasta convertirse en un experto.

A partir de ello, se llevó a cabo en la ciudad el primer Congreso de Folclorólogos en el Conservatorio del Tolima y el maestro Viña fue uno de los primeros ponentes sobre el folclor del Tolima. Él se apasionó tanto por el tema que investigó sobre los indígenas, el San Juan, las danzas, la música, la tradición, hasta dejar escrito parte de su conocimiento en el libro *Fiestas Folclóricas*. El folclor, para ese entonces, estaba constituido por un conjunto de bienes y formas culturales provenientes de la tradición, principalmente de carácter oral y local, sin tener alteración alguna. Así lo argumentó la carta del Folclor Americano aprobada por la OEA, en la que también se presenta como un espacio esencial que aporta a la identidad y al patrimonio cultural de cada país.

El maestro fue director artístico de las fiestas del folclor por 12 años. Nunca se desvinculó de este evento, de hecho, hizo parte de la Corporación Folclórica desde sus inicios. Según él, esta idea fue de Blanca Álvarez con el deseo de difundir lo que ellos habían aprendido de los grandes folclorólogos del momento. También menciona que la primera reunión se llevó a cabo en la sala de grabaciones de la emisora La Voz del Tolima.

Orgullosamente Simoniano

El Colegio Nacional de San Simón es la institución educativa más antigua de la ciudad de Ibagué. Fue fundada por el general Francisco de Paula Santander en 1822. Este claustro educativo funcionó durante sus primeros años en el antiguo Convento de los Dominicos, un monasterio construido en 1722. Se comenta que este sitio sirvió de cuartel durante las guerras civiles, y que su severidad arquitectónica se confundía con la sombra de los samanes, los cámbulos y los gualandayes, los cuales fueron reemplazados por el cemento y el asfalto.

La historia de la institución siempre ha estado ligada a la cultura de la ciudad de Ibagué. El mismo Viña mencionó que la primera escuela de música de la ciudad se inició a través de la ordenanza número 22 del 21 de junio de 1889, bajo la dirección del maestro Temistocles Vargas. De hecho, se podría afirmar que el Colegio de San Simón sirvió de precedente para la creación del Conservatorio del Tolima, fundado en 1906 por el maestro Alberto Castilla Buenaventura.

Dentro de los archivos históricos del Colegio San Simón se ha encontrado que en 1939 el municipio de Ibagué adquirió el terreno donde se encontraba el antiguo convento de los Dominicos para, posteriormente, construir el edificio del Banco de la República. A propósito, en la entrada de este sitio se conserva una placa conmemorativa que, según Alfonso Viña Calderón, fue elaborada mientras él ocupaba el cargo de vicerrector y conciliador del claustro educativo. La frase registrada está inspirada en la última estrofa del himno del Colegio San Simón, cuya autoría corresponde a Emilio Rico con la musicalización de Gustavo Gómez Ardila.



Placa conmemorativa ubicada en la entrada del edificio del Banco de la República de Ibagué

Una de las maneras de indagar el vínculo laboral de Alfonso Viña Calderón con el Colegio de San Simón fue a través del bibliotecólogo Jorge Eliecer Urrego Calderón. Él es quien permite el ingreso a los archivos históricos de la institución para poder chequear algunas actas de posesión (especialmente las 51, 127 y 142) que registran algunos nombramientos del Maestro Viña. En ellas aparece la experiencia laboral adquirida y las asignaturas preferidas a dictar que, en 1960, correspondían a álgebra, aritmética, matemática, dibujo lineal, iniciación a las ciencias y música.

Es de resaltar que el Colegio San Simón tenía la Tuna Simoniana, dirigida por el maestro Viña durante más de 10 años. Vale la pena recordar que este formato musical proviene de España y toma bastante popularidad durante el siglo xx en algunas universidades de Colombia. Alfonso ya contaba con experiencia para dirigir tunas. En años anteriores había formado la Tuna del Colegio Tolimense, la primera en la ciudad de Ibagué, como también había dirigido la Tuna Femenina del Colegio Oficial.



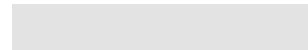
Alfonso Viña Calderón interpretando la bandola en formato de Tuna

El aprecio del maestro Viña por el Colegio de San Simón fue tan importante que le compuso un bambuco. Este fue interpretado el 23 de junio de 1986 por la Banda Departamental del Instituto de Cultura en un homenaje realizado a compositores tolimeses en las escalinatas de la Biblioteca Darío Echandía del Banco de la República.

Bambuco Simoniano

*San Simón, montaña ilustre,
Desde lejos nos parece
Que la ciencia resplandece
Como luces de un volcán.
A su seno nos convida
Con dulzura inenarrable
Para darnos la inefable,
La feliz consagración.*

*En las mentes juveniles
Él infunde y él enciende
La llamita que descende
Del espíritu inmortal.
San Simón: Todos te amamos
Pues nos nutres con el alma
De sapiencia, luz y calma
De nobleza y emoción.*



Partitura del bambuco Simoniano.

Alfonso Viña Calderón mantuvo un vínculo cercano con el Colegio de San Simón, de acuerdo con su hoja de vida, entre 1943 y 1984 que fueron sus años de servicio. Ejerció los cargos de profesor, coordinador

académico, vicerrector en dos oportunidades, conciliador y finalmente vocal de la Fundación San Simón.

Experiencias y reconocimientos

En la década de los sesenta, el trabajo del maestro Viña en el campo de la educación seguía latente. Después de haber estado vinculado como profesor del Colegio de San Simón, y ser el Secretario Síndico del Conservatorio, fue Jefe de Enseñanza Media del Tolima en 1962. En ese año ganó el Concurso Folclórico del Carnaval de Barranquilla con el Conjunto *Tolima Grande*.



Diploma de colaboración

Durante su periodo como jefe promovió una resolución para que en las instituciones educativas cantaran el *Bunde Tolimense* y alguna canción regional dentro de las izadas de bandera. Esto fue creando una dinámica artística en los coros de los municipios de El Espinal, El Guamo y Chaparral, llenándolo de orgullo ya que, se estaban incentivando en los niños y jóvenes los valores culturales de la región.

Al pasar de los años, el maestro Viña empezó a asistir a la fundación de varios planteles educativos del departamento, entre ellos el Colegio Leonidas Rubio, del cual dice ser uno de los fundadores, así como el Colegio Medina del municipio de Purificación.

El maestro Viña comenta que en uno de sus viajes al municipio de Chicoral tuvo el gusto de encontrarse con Darío Echandía, quien le contó la siguiente historia tras escuchar la interpretación del pasillo *Hurí*: “Hurí no es colombiano. Es ecuatoriano. Hurí es una hechicera. En un circo que llegó a Chaparral había un dueto que cantaba eso y fue tan lindo que todo Chaparral lo aprendió y lo canta y lo siente como nuestro, pero, la verdad, eso no es chaparraluno. Ya en el Ecuador no lo cantan, nosotros sí lo difundimos, en esa época los circos duraban en una población meses, porque el traslado era muy dispendioso, muy trabajoso, entonces así nació ‘Hurí’ para nosotros”.

Existen varias anécdotas del maestro Viña, pero hay una en particular relacionada con el plagio a Eduardo Collazos en Bogotá. Todo sucedió debido al disgusto de los ‘Príncipes de la Canción’ antes de subir al escenario. En ese instante, se requería urgentemente la presencia del reconocido dueto en la tarima, así que los anunciaron ¡Con ustedes Garzón y Collazos! Pero quienes realmente estaban eran Garzón y Viña.



De izquierda a derecha: Enelia Caviedes Pérez, Darío Garzón y Alfonso Viña Calderón en la década de los setenta

En otra ocasión, Alfonso tuvo la oportunidad de ser Secretario de Educación del departamento del Tolima. Este compromiso lo asumió por encargo, en los inicios de la década de los setenta, precisamente

cuando Luis Carlos Galán fue ministro de Educación en la presidencia de Misael Pastrana. El maestro Viña frecuentaba la Asamblea Departamental de manera constante y estando en este nuevo cargo se preguntó: ¿qué puedo hacer yo por los maestros?

Al salir de la Asamblea, Alfonso se dirigió al Padre Hidrobo y le propuso que crearan la Facultad de Educación en la Universidad del Tolima. Hicieron el estudio, la exposición de motivos y el proyecto de ordenanza que la creaba. En esa Facultad se le dio prelación a la entrada de normalistas que no podían ingresar al *alma mater* debido a que no eran bachilleres. Cuando Galán fue a Ibagué siendo ministro de Educación se le pidió el consentimiento para que tomara una decisión. De esta manera, se logró agregar un año de estudio a la Normal dándoles el título de bachilleres normalistas.



Padre Pedro María Hidrobo
con Alfonso Viña Calderón.
Fuente: Archivo personal
de Martha Viña Patiño

Alfonso Viña Calderón hizo un arduo trabajo por la música, la educación, la cultura y especialmente por el folclor. Por ello, recibió

reconocimientos especiales como la Medalla Cívica Camilo Torres, otorgada por la Presidencia de la República de Colombia y el Ministerio de Educación Nacional en 1977; la Medalla Cívica Francisco de Paula Santander concedida por el Ministerio de Educación Nacional en 1980, y posteriormente el Homenaje a un Destacado Educador y Artista Ibaguereño – Condecoración Orden del Combeima por la Alcaldía de Ibagué en 1995.



Fernando Espinoza y Alfonso Viña Calderón, inicios de la década del 90. Fuente: Archivo personal de Martha Viña Patiño.

El maestro Viña tuvo una vida pública fecunda que estuvo marcada por triunfos, derrotas, anécdotas, alegrías, tristezas, detalles, frustraciones, satisfacciones y muchos homenajes. El siguiente documento encontrado en los archivos personales permite resumir la actividad laboral y los reconocimientos de un hombre con talentos y calidades excepcionales.

HOJA DE VIDA
DE
ALFONSO VIÑA CALDERÓN

NACIO EN IBAGUÉ EL 7 DE ENERO DE 1.933. Padres: NARCISO VIÑA M. Y ALICIA CALDERÓN S.

DATOS GENERALES:

- 1a. Bachiller del Colegio Nacional de " SAN SIMÓN "
- 2a. Experto en Matemáticas Puras de la Universidad Nacional.
- 3a.-de inicié como maestro en la Concentrada " Central Diego Fallón " de Ibagué en 1.943
- 4a. Secretario Profesor fundador Colegio Oficial de Fallón (Tolima)
- 5a. Profesor del Colegio Nacional " Santader " y " Santa Teresita de Honda.
- 6a. Inspector de Educación Departamental de Educación.
- 7a. Profesor del Colegio de " San Simón " como Inspector Delegado.
- 8a. Primer Secretario y profesor fundador de la Universidad del Tolima en 1.955
- 9a. Jefe de Enseñanza Media del Departamento delegado del Ministerio.
- 10a. Rector del Colegio Tolimense nombrado por Monseñor Pedro M. Rodríguez Andrade.
- 11a. Profesor Fundador del Bachillerato del Conservatorio de Música del Tolima.
- 12a. Secretario y Ministro del Conservatorio de Música del Tolima.
- 13.- Profesor del Seminario Mayor " San Joaquín " de Ibagué.
- 14.- Profesor de Matemáticas del Colegio Oficial " Santa Teresa de Jesús "
- 15a. Profesor del Colegio "Marcelo Torro de Ibagué.
- 16a. Profesor del Colegio Cooperativo de Ibagué.
- 17a. Profesor del Colegio " Leonidas Rubio "(Coordinador,) de Ibagué.
- 18a. Profesor del Instituto " Jorge Isaacs " de Ibagué
- 19a. Secretario encargado de Educación del Tolima.
- 20a. Presidente del Sindicato de maestros del Tolima.
- 21a. Delegado del Tolima a cinco (5) Congresos de Educadores.
- 22a. Profesor del Colegio Nacional de San Simón durante 25 años.
- 23a. Vicerrector del Colegio Nal de San Simón y rector encargado durante dos (2) ocasiones
- 24a. Consejero del Colegio de " San Simón "
- 25a. Creador de la Facultad de Educación de la Universidad del Tolima.
- 26a. Integrante durante 15 años de los Coros del Tolima, del Conservatorio de Música.
- 27a. Integrante del Conjunto de Cuerdas " Tolima Grande " ganador de varios Certámenes folclóricos y dirigido por el Maestro Francisco de Paula Rojas.
- 28a. Director Artístico durante 12 años del Folclore Nacional celebrado en Ibagué.
- 29a. Participante a la " Corporación Folclórica del Tolima " en donde ha ocupado la Presidencia, la secretaría y la Tesorería.
- 30a. Vocal de la Fundación " San Simón "
- 31a. Miembro de la Junta regional de Deportes durante cinco (5) años.
- 32a. Representante del Tolima a cuatro (4) Congresos de folclóricos.
- 33a. Delegado del Tolima para la reforma de los programas educativos Nacionales celebrado en el año de 1.962.
- 34a. Coordinador del Colegio Nacional de " San Simón " por nombramiento del Ministerio de Educación Nal.
- 35a.- Director Fundador del Colegio de Bachillerato Deportivo de Deportes, en Ibagué.
- 36a.- Compositor Nacional, (varias obras folclóricas)
- 37a. Conferencista sobre temas del Folclore Colombiano
- 38a. Duero de una colección Nacional de instrumentos típicos del mundo de más de doce años
- 39a. Director de la Tuna de " San Simón " desde hace 10 años .
- 40a. Miembro de la corporación " FOLKLORE " del Colegio de " San Simón "
- 41a. Presidente de la Tuna " Juanes " José Ferraz "
- 42a.- Director del Grupo Nacional " CARABU " de la Corporación folclórica del Tolima.
- 43a. Miembro de la Junta Departamental de Cultura del Tolima en representación de los asentamientos culturales del Tolima.
- 44a. Miembro de Honor de la Academia de Historia del Tolima y perteneciente a la junta directiva.
44. Organizador de eventos Culturales denominados " El Tolima Canta " que se celebraban en la Biblioteca " Darío Robledo "

CONDECORACIONES

- 3a/ Cruz " MANUEL ANTONIO BONILLA " en el orden Educativo otorgada por el Dpto del Tolima.
- 2a. Medalla " CARLOS TORRES " en primera categoría por labor Educativa otorgada por el Gobierno Nacional e impresa por la Presidencia de la República en Bogotá.
- 3a. Orden " GENERAL FRANCISCO DE PAULA SANTANDER " primera categoría concedida por la Presidencia de la República e impresa en Bogotá.
- 4a. Cruz del Folclore Nacional en el 10o y 12o folclore Colombiano celebrado en Ibagué.
- 5a. Cruz en el " Orden Educativo " por la Alcaldía de Ibagué.
- 6a. "Orden de la Democracia" del Congreso Nacional de Colombia.
- 7a. Cruz de " San Simón " al cumplir cincuenta años de Bachiller de esa Institución.
- 8a. Orden " T A U " Concedida por el Colegio " Claretos "

HOJA DE VIDA **#2**

- 9a. Orden de " PACAHE ", concedida por el Municipio de Estegama en las fiestas de " San Juan ", por servicios prestados al folclore Tolimense.
- 10a. Medalla de Deportes en las Olimpiadas celebradas en Ibagué.

PERGAMINOS

- 1a. Universidad del Tolima al cumplir los 25 años de Fundación.
- 2a. La Asamblea del Departamento como homenaje por haber sido el primer secretario de la Universidad del Tolima, al cumplir los bodas de plata.
- 3a. Colegio Nacional de " San Simón " al cumplir los 40 años de servicios a la Educación del Tolima.

Trofeos.

- 39 Trofeos y nueve Trofeos por participaciones en eventos folclóricos y Educativos al servicio del Departamento.
- Trofeo Especial de la " Fundación Surco y Collasos ", declarándolo socio honorario.

Actualmente presta sus servicios como conferencista y catador en " San Simón " de Ibagué.

Alfonso Viña Calderón reside en la ciudad de Ibagué, en el Barrio de " Santa Elena ", casado con la señora Ligia Patisso Bedoya y tiene Cuatro (4) hijos: Asapero, Jairo Alfonso, Marina Cecilia y los Angeles.

Hoja de vida del maestro
Viña

El maestro Viña tejió buenas amistades y relaciones políticas. Esto lo convirtió en un gestor de la cultura y la educación. Además, sus solicitudes a los políticos de la época le permitieron desplegar una serie de beneficios que aportaron al bienestar de la sociedad, en especial a los niños, jóvenes y profesores de los colegios. Incluso el esposo de Martha Viña, Nelson Ospina Franco, comentó que su suegro hizo parte del grupo de ciudadanos que gestaron la construcción del Estadio Manuel Murillo Toro. De hecho, fue un hombre muy activo en la junta de acción comunal del barrio Santa Elena.



Cesáreo Rocha y Alfonso Viña Calderón, década de los setenta. Fuente: Archivo personal de Martha Viña Patiño.

El maestro Viña fue un hombre que trabajó en la mayor parte de colegios de Ibagué; conocía bien la dinámica de la ciudad, sobre todo en temas educativos y culturales. Siempre se caracterizó por su participación en actividades artísticas como la estudiantina del Colegio de la Valvanera y en la tuna del Liceo Pacceli. Estas agrupaciones musicales quedaron en los registros escritos y fotográficos.



Estudiantina del Colegio La Valvanera. Fuente: Archivo personal de Martha Viña Patiño.

Sus obras artísticas

Alfonso Viña Calderón dedicó parte de su tiempo a componer melodías, algunas de ellas alusivas a instituciones educativas, mientras que otras fueron inspiradas en las cotidianidades. Los versos eran tejidos de forma poética, siempre teniendo cuidado con la prosodia, tal como se evidencia en el siguiente acróstico de despedida:

Gracias, compañeros

Acróstico

*Aroma de gracias sin parar
Luchadores todos por la vida,
Es de amigos que al soñar
Gente buena de gran piedad
Reunidos y listos para entonar
El himno del consuelo ideal.
Al oír la historia del dolor
Te rendimos en nuestra oración,
Ahora lucharemos con energía*

*Raros destellos de esplendor
Del hermoso himno en flor
Con poesía, cultura y energía
Entonando salmos al señor
Riendo las gracias cada día.*

El mismo maestro Viña clasificó sus obras musicales y, junto a la investigación realizada, se procede a afirmar que compuso las siguientes canciones:

Nombre de la obra	Género musical	Datos adicionales e importantes
Bambuco Simoniario	Bambuco	Interpretado por la Banda Sinfónica, existe letra y partitura en la revista del Colegio de San Simón 1990.
Soy Pijao	Sanjuanero	Interpretado por el Duetto hermanos Prieto.
Campesina	Rumba	No se tiene actualmente partitura ni audio, fue una obra dedicada a Cajamarca.
Mamolita	Danza	No se tiene partitura ni audio.
Cada Día	Pasodoble	Alfonso Viña afirma que fue grabada por los hermanos Moncada.
Pepe Cáceres	Pasodoble	Letra: de Neftaly Meza Camargo - Música: Alfonso Viña Calderón. Se conserva la letra en los archivos de la Colección Alfonso Viña Calderón.
Himno del Instituto Técnico Industrial Julio Flórez	Se desconoce	Se conserva la letra en los archivos de la Colección Alfonso Viña Calderón.

Es importante mencionar que Viña Calderón fue el autor de una obra de teatro estudiantil titulada *Dramas, Comedias, Sainetes y Monólogos - Útiles para Colegios y Escuelas* para desarrollar en el escenario estudiantil en 1985. Esta obra estaba dedicada a la memoria de don Narciso Viña Munar.

Sus últimos años

Entre 1981 y 1987 se emitió el programa musical *Compre la Orquesta*, producido por RTI y Coestrellas, con la conducción de Fernando González Pacheco y la dirección general de Bernardo Romero Pereiro.

La emisión televisiva consistía en poner a concursar a invitados especiales, quienes debían adivinar el nombre de la canción de acuerdo con las pistas que emitían los instrumentos en formato de *Big Band*; se daban premios en efectivo y en especie, y Alfonso Viña Calderón no fue ajeno a ellos.



*Compre la Orquesta: Alfonso Viña Calderón con Fernando González Pacheco, década de los 80.
Fuente: Archivo personal de Martha Viña Patiño.*

Los años dorados para Alfonso transcurrieron en las décadas de los ochenta y los noventa, periodo en el que logró su pensión por el departamento y la nación. Fue un tiempo inolvidable en compañía de algunos de sus hijos y nietos. Las navidades en la casa de los Viña Patiño en el barrio Santa Elena eran inolvidables. En medio de villancicos, natilla y buñuelos esperaban la llegada del Niño Dios en compañía de vecinos y amigos cercanos.

Alfonso aprovechaba su tiempo libre para seguir escribiendo artículos relacionados al folclor o a las eventualidades de la ciudad de Ibagué; le gustaba jugar cartas de vez en cuando y dentro de los archivos de la Colección Alfonso Viña Calderón se conserva una mención de *El Café el Patio* que referenciaba la participación en un torneo de billar.

En archivos personales del maestro Alfonso Viña Calderón, custodiados por su hija Martha Viña, se encontraron una serie de documentos que han aportado a la construcción del presente escrito. Dentro de las partituras halladas se encontró una composición del maestro Gonzalo Sánchez no registrada dentro de las obras musicales del compositor. Se trata de un bambuco fiestero escrito en $\frac{3}{4}$ en tonalidad de Re menor con modulación a Re mayor. Este viene acompañado de un escrito que menciona lo siguiente: “Hoy quiero brindarle y ofrecerle la partitura de un Bambuco de mi autoría que lleva el nombre del bondadoso amigo y recordado ilustre Maestro Alfonso Viña” (Sánchez, 1996).



Partitura del bambuco
Alfonso Viña Calderón

Enelia Caviedes, amiga de Alfonso Viña Calderón, comenta que en compañía del maestro realizaron muchos eventos, entre ellos el programa radial Festival Infantil de la Voz del Tolima y menciona que él motivó a don Salomón Tovar, dueño de Huevos Vigor, para que por medio de la emisora se donaran instrumentos musicales a los mejores niños de los barrios populares.



De izquierda a derecha: Enelia Caviedes Pérez, Alfonso Viña y Luis Enrique Aragón Farkas.

El maestro Alfonso Viña Calderón no se perdía ningún concierto en el salón Alberto Castilla. Era una persona muy activa en los eventos del Festival de Duetos Garzón y Collazos de la Fundación Musical de Colombia, como también en las actividades del Folclor de la Corporación Folclórica del Tolima en compañía de Blanca Álvarez y Margarita Enciso de Rangel y algunos eventos sociales organizados por la Cámara Junior de Colombia.

Durante sus últimos años de vida reactivó el grupo *Carambú* y se dedicó a dirigir el Coro *Añoranzas de Cajanal*, considerado por Viña como un kínder musical, en el cual la chica más joven tenía 64 y la mayor 82. Con estas agrupaciones realizó sus últimas actividades artísticas y con ellas visitó otras ciudades de Colombia.

La señora Enelia Caviedes, primera dama de la radio, también comenta que los compañeros del Coro *Añoranzas* en el 2000 hicieron el Centro Literario y Musical Alfonso Viña Calderón, inaugurado a través de un acto solemne en el Centro de Convenciones Alfonso López Pumarejo. A este evento asistieron aproximadamente 150 personas, muchos de ellos miembros de la Corporación folclórica del Tolima, del Conservatorio del Tolima y músicos de Sayco.

Alfonso durante sus últimos días perteneció a la Asociación de la Tercera Edad ‘Alegre Atardecer’ y al grupo de oración María de Nazareth. Las actividades del maestro siempre fueron grandiosas e inolvidables. Quienes lo conocieron en vida dicen que era una persona bondadosa, alegre, espontánea, pero también machista y a veces testaruda en lo relacionado al folclor, por eso sus alumnos y amigos nunca lo olvidarán.

El maestro Viña dejó de existir un 21 de marzo de 2001. Falleció de cáncer a sus 82 años y parte de sus cenizas fueron esparcidas en el Colegio San Simón respetando su petición. Así mismo en su epitafio, una frase suya “desde este jardín afloran los bambucos como un mensaje eterno a la tierra tolimense”. Posteriormente, su familia tomó la decisión de que sus restos permanecieran en los osarios de la parroquia San Antonio María Claret de Ibagué.

Cabe mencionar que mediante el Acuerdo 026 del 30 de septiembre del 2005 del Concejo Municipal de Ibagué, se ordenó la creación de la Biblioteca Pública Virtual Alfonso Viña Calderón, ubicada en el Parque Deportivo de Ibagué, cumpliendo así un propósito educativo para la ciudadanía.



Caricatura suministrada por: María Victoria Bonilla Varón

Caricatura de Alfonso Viña Calderón elaborada por el médico Manuel Antonio Bonilla.

Fuente: Archivo personal de María Victoria Bonilla Varón.

Colección Alfonso Viña Calderón

La colección de instrumentos musicales comenzó aproximadamente a finales de la década de los 50, cuando el maestro Viña era profesor del Conservatorio del Tolima. Así lo expresa el periódico *El Nuevo Día* del martes 22 de junio de 1999: Alfonso Viña Calderón comenzó la recolección de instrumentos hace más de 40 años, cuando trabajaba en el Conservatorio del Tolima. “Entré un día en el almacén y vi un poco de violines colgados de las paredes y entonces pensé, por qué no hacer una colección de estos y así inició todo”.

El maestro Viña también comentaba que los instrumentos musicales fueron adquiridos de varias maneras: la primera corresponde a *souvenirs* o regalos de parte de sus exalumnos, quienes viajaban al exterior y no dudaban en traerle un artefacto sonoro. La segunda

está relacionada con heredar instrumentos de músicos reconocidos de la región. La última concierne meramente a la compra de cordófonos, membranófonos, idiófonos y aerófonos, para ser usados en actividades cotidianas.

Las primeras exposiciones se hicieron de manera itinerante dentro de Ibagué; algunas en el Teatro Tolima, otras en el Centro de Convenciones Alfonso López Pumarejo, en instituciones educativas y dentro del Círculo de Ibagué. Así mismo, Nelson Ospina Franco afirma que los instrumentos fueron expuestos en la ciudad de Armenia, Quindío, y una vez terminaban las exposiciones procedía el maestro Viña a guardarlos en su casa ubicada en el barrio Santa Elena.



Casa de la familia Viña Patiño, Barrio Santa Elena. Fuente: Archivo personal de Martha Viña Patiño.

Encuentro de coleccionistas

En 1999, Alfonso Viña Calderón y Humberto Galindo Palma decidieron exhibir sus colecciones de instrumentos en el salón El Mohán del Hotel Ambalá de Ibagué dentro del marco del 27° Festival Folclórico Colombiano. Galindo comenta que esta exposición se preparó durante más de dos meses y estuvo exhibida durante dos a tres semanas.

Además, puntualizó que fue muy importante mostrar una colección de esas proporciones porque había muchísimas cosas por conocer. La segunda exhibición de la Colección Alfonso Viña Calderón con la Colección Mundo Sonoro del maestro Galindo se realizó en el auditorio de la Cámara de Comercio de Ibagué, mientras transcurría el VII Concurso Nacional de Duetos Príncipes de la Canción, del 13 al 17 de marzo de 2001.



Humberto Galindo Palma y Alfonso Viña Calderón – Exposición Hotel Ambalá, 1999

Etapas de la colección

En el 2001, la familia Viña Patiño y Manuel Antonio Bonilla se preguntaron: ¿qué se va a hacer con los instrumentos de Alfonso? Entonces vino una discusión de a quién donarlos para que los conservara. Mientras esto ocurría, el mismo Alfonso Viña Calderón hizo un acta de donación. Posteriormente, después de debatir entre dos instituciones, decidieron donar la colección a la Coruniversitaria, hoy Universidad de Ibagué.

Tras el fallecimiento del maestro Viña, se procedió a formalizar la entrega de instrumentos a través de Acta de Donación firmada el 13 de marzo de 2002 por Ligia Patiño de Viña y Leónidas López Herrán, rector de la época. Este último argumentaba que “era un

honor para la institución recibir el museo, el cual representaba una oportunidad para divulgar el espíritu tolimese que es la música, como también el hacer conocer al Tolima e Ibagué en muchos escenarios”.

Los instrumentos fueron revisados por la oficina del revisor fiscal, Constantino Espinoza. Posteriormente, pasaron a la oficina de Bienestar Universitario, dirigida en ese momento por Gustavo Zambrano. Es importante resaltar la labor que desempeñó Humberto Galindo Palma, uno de los gestores para que la colección instrumental ingresara a la Universidad de Ibagué.

La colección se encuentra exhibida actualmente en la Biblioteca y la Dependencia de Bienestar y Filantropía de la Universidad de Ibagué, que cuenta con la coordinación y dirección de Oscar Javier Molina Molina desde el segundo semestre del 2016. Durante esta nueva etapa, el acervo museal se ha logrado articular con el sector público y privado. Además, ha tenido el apoyo económico del Ministerio de Cultura de la República de Colombia y la Dirección de Cultura Departamental del Tolima; así mismo, ha establecido como aliados estratégicos para sus exposiciones al Conservatorio del Tolima, la Fundación Musical de Colombia y la Corporación Cultural Corarte.

El Acta de Donación de los instrumentos (elaborada posiblemente por el maestro Alfonso Viña Calderón) se ha convertido en un punto inspirador para seguir adelante con el museo. De allí ha surgido el Proyecto Viña 2020 que consiste en la implementación de un plan de gestión de riesgos para los instrumentos musicales, como también el Proyecto Carambú, una exposición virtual de los artefactos sonoros anclada en la página web de la Universidad de Ibagué desde el 2021.



Logo de la Colección Alfonso Viña Calderón en sus 20 años

Referencias

- Agudelo, L. (22 de junio de 1999). “A que no me lo hace sonar...”. *El Nuevo Día*.
- Archivo Institución Educativa Colegio de San Simón (Colombia). (s.f). Historia de la institución que custodia los fondos de archivos. Recuperado de Censo guía de archivos de España e Iberoamérica. Identificador CO. 73001. AIECSS.
- Carbilio, J. (Octubre – Noviembre, 1988). *Condecorado el folclorólogo Alfonso Viña Calderón*. Prensa Nueva.
- Moreno, A. (2000). *Procesos educativos en Ibagué en el Siglo xx y algunos de sus protagonistas*. XI Congreso Nacional de Historia. Universidad Nacional. Bogotá, Colombia. <http://estudiosmoslosasuntos.blogspot.com/2011/07/la-familia-vina-protagonista-de-algunos.html>
- Pardo, C. (2002). *Músicos del Tolima Siglo xx*. Pijao Editores.
- Polanco, C. (18 de julio de 1999). El bandolero Tolimense. *El Nuevo Día*, sección Facetas.
- Polanco, C. (12 de septiembre de 1999). Narciso Viña Munar imagen viva de un maestro. *El Nuevo Día*, sección Facetas.
- Polanco, C. (2000). *Facetas Ibaguerenas, Reminiscencias*. Editorial Aguas Claras S.A.
- Saavedra, A. (1946). *Vivencias de una ibaguereña*. Carambú.
- Salas, R. (7 de noviembre de 1994). Ibagué, nuestra música y sus gentes. *El Nuevo Día*, p. 2A.
- Villa, P. (1998). Personajes de la Cultura Tolimense, Alfonso Viña Calderón, Una Vida para el Folclor. (Edición de una charla informal con Polidoro Villa Hernández). Ibagué, Colombia.
- Viña. A. (1972). Bambuco Simoniano. *Revista San Simón*, (24), p. 56.
- Viña, A. (1983). *Colegio Nacional San Simón Ciento Setenta y unos Años de Historia 1822-1983*. Institución Educativa Colegio de San Simón.
- Viña. A. (1990). *Qué es y qué no es folclor*. En Ariel, Órgano Cultural del Colegio de San Simón. Institución Educativa Colegio de San Simón.
- La familia Viña. <http://estudiosmoslosasuntos.blogspot.com/2011/07/la-familia-vina-protagonista-de-algunos.html>
- Universidad de Ibagué. (2021). *Historia Colección Alfonso Viña Calderón*. [Archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=ktFF9Ez7ZR8&t=7s>

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Reflexione y escriba sobre las personas (familiares, amigos y mentores) que fueron trascendentales en la vida de Alfonso Viña Calderón y lo apoyaron e impulsaron a forjarse como músico, compositor y gestor cultural y educativo.
2. Desde muy temprana edad, Alfonso Viña Calderón labró una vida en la música, ¿qué hechos de sus primeros años y su juventud marcaron su trayectoria? ¿Considera importante estimular el desarrollo de habilidades artísticas desde la infancia? ¿Por qué?
3. ¿Cómo cree que la vida de Alfonso Viña Calderón contribuyó al desarrollo de la región?
4. Haga el tour virtual por la colección Alfonso Viña Calderón. ¿Cuál fue su sala favorita? ¿Cuál instrumento le llamó más la atención? ¿Por qué?
5. Motive a su profesor o a sus padres a programar una visita presencial al Museo de Instrumentos Alfonso Viña Calderón, ubicado en el campus de Unibagué. ¿Qué diferencias encuentra entre las experiencias virtual y presencial? ¿Cuál de las dos prefiere y por qué? ¿Qué ventajas destaca de cada una de las experiencias?

Enelia Caviedes Pérez

La voz femenina que hizo grande la radio

Por: Martha Myriam Páez

ISSN impreso: 2462-9200

ISSN digital: 2462-9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 8 (2023)

DOI: <https://doi.org/10.35707/tol/802>

Ediciones Unibagué

Salvo cuando se especifique lo contrario, las fotografías de la presente crónica hacen parte del archivo personal de Enelia Caviedes.



Enelia Caviedes Pérez

Por cerca de sesenta años, Enelia Caviedes Pérez se mantuvo vigente en la radio tolimense, como locutora, periodista, administradora y líder de causas culturales y comunitarias. Fue pionera en el trabajo de las mujeres en los medios de comunicación, una profesión que hasta los años ochenta del siglo pasado en el Tolima fue exclusividad de los hombres. Su voz prodigiosa le abrió el camino de la radio, pero su carisma, su constancia, su dedicación, su profesionalismo, su tenacidad y su empeño fueron las cualidades que le permitieron forjarse un destino como la voz femenina más poderosa del Tolima.

Su prolongada trayectoria por las emisoras de Ibagué la llevó por Ecos del Combeima, La Voz del Tolima, La Voz del Nevado y Ondas de Ibagué. Llegó a Ibagué el 19 de septiembre de 1960, cuando los ocobos estaban en flor, como funcionaria de la Administración de Impuestos —hoy DIAN—, pero gracias a su melodiosa voz, le ofrecieron un puesto en Ecos del Combeima. Así comenzó su profesión con la que ha podido

acompañar talentos, emprender causas y, lo que más le gusta, ser vocera de la comunidad.

Enelia Caviedes Pérez nació el 31 de diciembre de 1938 en Teruel, un municipio cafetero localizado al noroccidente del Huila, enclavado en la cordillera Central, a 52 kilómetros de Neiva. La familia Caviedes Pérez residía en una finca que Adán Caviedes Durán, el jefe del hogar, había heredado de su padre. Ahí se dedicaban a las labores de campo. Sin embargo, llegó la violencia y debieron salir huyendo para radicarse en la cabecera municipal. “Todos los de esa época somos desplazados de la violencia”, dice Enelia. Sus padres fueron perseguidos por el delito de ser conservadores. “Sufrieron el dolor de la ausencia de su trabajo, de sus vaquitas, como dice la canción de Rodrigo Silva”. Con estas palabras, Enelia se refiere a la canción Viejo Tolima, de autoría de Rodrigo Silva e interpretada por el dueto Silva y Villalba.

En la cabecera municipal de Teruel, su mamá, María Onofre Pérez Salazar, poseía una casa que su padre le había regalado y allí se fueron a vivir. Los esposos Caviedes Pérez debieron adaptarse a su nueva vida y, forzados por las circunstancias, olvidar las faenas agrícolas y emprender actividades desconocidas y novedosas, para sostener a la familia, seis niños pequeños que debían alimentar y educar. Se dedicaron a vender desayunos y almuerzos los días de mercado (sábado y domingo). También pusieron una panadería, donde preparaban pan, bizcochuelos, mistelas ‘y otras sabrosuras’.



María Onofre Pérez Salazar y Adán Caviedes Durán, los padres de Enelia Caviedes

Enelia, la única mujer, inició sus estudios en la escuela urbana de niñas. En el patio escolar había una piedra grande: “Siempre me sentaba en ella a mirar las montañas que rodean Teruel. La profesora me miraba y un día me dijo: ‘¿Qué es lo que mira?, ¿qué piensa?’ Es que yo no sé qué hay detrás de las montañas. Y ella me contestó: ‘Allá está Neiva, la capital. ¿Es que usted nunca ha ido a Neiva?’ No, nunca he ido a Neiva. Nosotros solo conocemos este pueblo”. Cuando años más tarde se fueron a Neiva conocieron la luz eléctrica y los carros, pues en Teruel se iluminaban con velas y solo había una chiva que llegaba una vez al día con el mercado.

En Teruel estudió hasta cuarto de primaria, porque no había colegios de bachillerato. Un amigo de sus padres, al notar el gran interés de la niña por aprender, les dijo que hicieran lo posible por buscarle una alternativa para que siguiera adelante con sus estudios. Cuando terminó el cuarto grado, su mamá decidió que la familia se trasladaría a la capital. Vendieron sus propiedades en Teruel y con unos ahorros que tenían compraron un lote en Neiva, en el barrio Campo Núñez, donde el padre de Enelia construyó la casa, con la ayuda de Gilberto, el mayor de los hijos. Pero, cuenta Enelia, “a los de la Iglesia Católica les dio por construir la iglesia en el lote donde teníamos la casa” y debieron venderla, pero no por el precio que pidió la familia, sino por el que la Iglesia quiso pagar.

Así que la señora María salió en busca de una vivienda que se ajustara al valor que recibieron. Fue así como consiguió una casa más pequeña en el barrio Chapinero de Neiva, enseguida de la escuela Gabino Charry. La casa tenía un solar con árboles de guayabo, de naranjo, de icaco y de tamarindo.

Los padres adelantaban diversas labores para obtener los ingresos que demandaba la manutención y el estudio de los hijos. La mamá era muy hábil y trabajadora, y rápidamente puso en funcionamiento una panadería y una tienda; además, alquilaba habitaciones y les vendía alimentación a jóvenes de Teruel que llegaban a laborar en oficinas y bancos de la capital. El padre ayudaba en las faenas del negocio y también trabajaba en el acueducto de Neiva.

Enelia comenzó a estudiar en el Instituto Tulia Rosa Espinosa, ‘un colegio de señoritas’. Ingresó a quinto de primaria y luego siguió allí el bachillerato, mientras que los varones estudiaron sus primeros años

en la escuela Ángel María Paredes. Gracias a sus buenas calificaciones obtuvo una beca. La llegada del año lectivo era motivo de felicidad para Enelia; ella misma se matriculaba y se iba sola para el colegio. Desde el primer día llegaba con sus cuadernos, libros y útiles.

El Instituto se caracterizaba porque la mayoría de los profesores eran catedráticos que pertenecían a la planta del colegio Santa Librada, fundado por el general Francisco de Paula Santander junto con el San Simón de Ibagué, y otros 29 en Colombia, Ecuador y Venezuela. Las profesoras, egresadas del colegio La Presentación, eran hijas de finqueros y personas de buena posición económica, que desempeñaban la docencia, la única profesión permitida para las mujeres en aquellos tiempos.

El Instituto ofrecía bachillerato clásico y la modalidad de comercio. Brindaba una educación de ‘calidad extraordinaria’, recuerda Enelia. Estudiaban de seis de la mañana a seis de la tarde, incluso los sábados. Practicaban baloncesto y fútbol, y participaban en los campeonatos entre los colegios de la ciudad. Organizaban caminatas para repasar la vida del escritor y poeta huilense José Eustasio Rivera, autor de *La Vorágine*. Cuando regresaban de las correrías, las alumnas debían escribir una crónica sobre lo que habían aprendido. Los escritos de Enelia se publicaban en la revista del colegio.



Enelia, a la derecha, en sus años escolares.

Cuando se graduaban, las jovencitas salían a buscar trabajo. Las empresas de la ciudad, especialmente los bancos, llamaban al colegio para que les enviaran candidatas. A Enelia le ofrecieron empleo en los bancos de Bogotá y Popular, pero al mismo tiempo se le presentó la posibilidad de trabajar en la Administración de Hacienda Nacional —hoy DIAN—. Se decidió por esta última opción, a pesar de que recibiría menos sueldo que, sin embargo, era superior a sus expectativas. Cuando recibió su primer salario, lo primero que compró fue un radio, que aún conserva, pues su papá siempre lo cuidó como un tesoro.



Enelia aún conserva el radio que compró con su primer sueldo. Fuente: Félix Martínez.

En la administración de Impuestos de Neiva trabajó por tres años y medio. Luego, le recomendó a un amigo que si sabía de algún curso en Bogotá le avisara, y él le informó sobre un seminario para liquidadores de impuesto de renta, para vincular a 20 jóvenes de todo el país. Solo quedaba una vacante y ella fue seleccionada, pues el director quería que ese cupo fuera para una mujer. Le dieron la beca y se fue a Bogotá a estudiar en la Escuela Nacional de Impuestos.

En Bogotá vivió en el barrio Ricaurte, en la casa de los amigos de unos tíos suyos. Cuando terminaron los estudios, al cabo de un año, los repartieron en todo el país. Enelia quería que la nombraran en el Huila, pero le dijeron que no, pues el propósito era que los recién egresados

tuvieran la oportunidad de trabajar en regiones diferentes a las de su origen. Le ofrecieron trabajar en Popayán y en Girardot, pero finalmente la destinaron a Ibagué, junto con otra jovencita.

No era la primera vez que iba a Ibagué. Estuvo de paso en su infancia, cuando a su padre le ofrecieron trabajo como administrador de una finca en Cajamarca. Fue por este motivo que salieron de Teruel para Ibagué, donde debieron pernoctar en un hotel de la calle 18. De allí partieron muy temprano hacia Cajamarca en un bus escalera. La aventura solo duró un par de meses, porque la madre y los niños se quedaron a vivir en la cabecera municipal, mientras el padre trabajaba en el campo. La familia no soportó la separación y se regresaron al Huila.

Cuando Enelia llegó a Ibagué, aquel 19 de septiembre, con su compañera de trabajo, alquiló una habitación en Residencias Belén, lugar que les recomendó el director local de la administración de impuestos. Era una casa grande, localizada en la carrera cuarta con calle novena, en el barrio La Pola, donde hoy se erige el Torreón del Centenario. Allí vivían unas 20 personas, provenientes de distintas partes del Tolima y del país. Entre los residentes estaban Rafael Hernández, el actual gerente de la Federación Nacional de Arroceros, que estudiaba en San Simón, y su hermano Ángel María, que luego estudió oftalmología, trabajó en la Clínica Barraquer en Bogotá y ahora vive en Murcia, España, donde tiene una clínica. También residían jóvenes que laboraban en entidades como el Inscredial, Telecom o el Ministerio del Trabajo. El dueño de la casa se llamaba Goyo Benítez y la señora Belén Rubio. Ellos querían y trataban a sus inquilinos como si fueran sus propios hijos.

Tiempo para la familia

Después de un tiempo, Enelia comenzó a sentir nostalgia de su familia, a la que quería mucho. En aquellos días, un viaje entre Ibagué y Neiva tardaba ocho horas. La única empresa que hacía el trayecto, por una carretera destapada, era Rápido Tolima, por lo cual no podía viajar con frecuencia. Así que logró que le ayudaran a conseguir una casa por medio del Instituto de Crédito Territorial (Inscredial), en la segunda etapa del barrio El Jordán. Este era un proyecto del Gobierno Nacional, en el que se adjudicaban lotes a familias de bajos ingresos, que debían gestionar la vivienda con autoconstrucción. Les entregaban el terreno y

3.000 pesos de la época, para comprar los materiales y pagar el maestro de obra. Las casas debían conservar el mismo estilo.

Cuando le confirmaron la adjudicación le informó a su familia, que de inmediato se trasladó a Ibagué, pero como aún era un proyecto, se instalaron en arriendo en La Pola, en una casa frente al actual hotel Casa Morales. Vendieron sus propiedades en Neiva, ahorraron y economizaron para terminar de reunir los recursos para construir su vivienda.

A Ibagué llegaron sus padres y sus hermanos Libardo, Ramiro, Jaime, que fue profesor del colegio San Simón, estudió Ciencias Sociales en la Universidad del Tolima, y Fabio, el menor, que reside aún con Enelia en su casa del barrio Casa Club. Gilberto, el mayor, se dedicó a las labores del campo y fue compositor. Se negó a salir de Teruel y murió en su finca.

Cuando terminaron de construir la casa, la señora María insistió en que la ocuparan, pero como El Jordán era un barrio lejano, le propuso a Enelia que compraran un carro, un verdadero lujo para las familias colombianas. Con grandes esfuerzos lo consiguieron, un Renault 4. A comienzos de los años setenta se trastearon a su casa propia.

Allí vivían muchas familias de empleados oficiales. Enelia recuerda especialmente las familias Fajardo, hoy reconocidos constructores, y la del maestro Germán Gutiérrez, egresado del Conservatorio del Tolima, profesor, director de las orquestas y del centro de música Latinoamericana de Texas Christian University (TCU) en Fort Worth, Texas, Estados Unidos.

En 1978 compraron otra casa en el barrio Casa Club, gracias a un crédito con el Banco Central Hipotecario; propiedad que aún conserva y en la que reside actualmente. Allí murieron sus padres y uno de sus hermanos. Su padre falleció el 24 de noviembre de 1992, el mismo día que murió el padre Rafael García Herreros, recuerda Enelia. Y la mamá murió al año siguiente, el 2 de octubre de 1993. Libardo, su hermano, murió el 31 de mayo de 1992.



Enelia, con sus padres y sus hermanos, en la casa del barrio Casa Club

Rocío Pérez, hija de su hermano mayor, Gilberto, dice que Enelia fue buena hija, es muy buena hermana y magnífica tía. La describe como una mujer “inteligente, bondadosa, recursiva, creativa, que se quita el pan de la boca para dárselo a las personas”. Siempre se preocupaba porque la familia de su hermano Gilberto gozara de comodidades, que los sobrinos tuvieran estudios primarios, secundarios y superiores. “Fui una de las personas beneficiadas con esa ayuda. Me trajo a estudiar a Ibagué, a hacer quinto de primaria en el colegio San Francisco, que quedaba en el Jordán. Pude estar cerca de ella y puedo decir que jamás recibí un regaño de su parte, ni un llamado de atención. Sus palabras siempre son dulces y cariñosas”.

Tiempo de radio

La radio fue el medio de comunicación más importante entre las décadas 40 y 80 del siglo pasado en Colombia, por encima de otros como la prensa y la televisión. Tenía la posibilidad de llegar a los lugares más recónditos, a donde no había carreteras, ni servicios, ni educación; ni siquiera, electricidad. Gracias a su potente alcance y a que se podía escuchar en radios de pilas, los populares transistores, era prácticamente el único contacto de miles de familias con el mundo exterior. Conscientes

de eso, los gobernantes emplearon la radio como escuela de formación para una población prácticamente analfabeta. De esta manera, se desarrollaron proyectos como la Escuela Cultural y Popular (ACPO) y el Bachillerato por radio de la Radio Nacional.

Además de las tareas informativas y educativas, la radio fue entretenimiento y cultura. Las emisoras tenían radioteatros, en los que se presentaban radionovelas, obras de teatro y conciertos; a ese medio llegó Enelia en la adolescencia. En Radio Neiva hizo algunos pinitos, cuando acaba de salir del colegio, por invitación de un amigo. Participaba en un programa a las seis de la mañana, y sus intervenciones eran breves. Allí estuvo por unos tres meses. “A mí me pareció que era una oportunidad feliz, pero no más”. Después se fue a estudiar a Bogotá, y luego se radicó en Ibagué.

Alberto Vargas Vásquez, su jefe en la Administración de Impuestos, la presentó con Camilo Rafal, el dueño de la emisora Ecos del Combeima, quien la contrató de inmediato. Corría el año de 1962. Don Camilo acababa de vincular como director de la emisora al barranquillero Juan Eugenio Cañavera, esposo de María Luisa Landín.

HO1648405

RECEPCIONADO 2-01-1963

Por lo cual se concede licencia para ejercer la profesión de locutor, Clase "B", a la señorita ENELIA CAVIEDES PEREZ.

EL DIRECTOR DEL MINISTERIO DE COMUNICACIONES

con una de sus facultades legales, y en su oportunidad las que le confiere la resolución No. 1277 de 1.960, en concordancia con el Decreto 2405 del mismo año, y

CONSIDERANDO

Que la señorita ENELIA CAVIEDES PEREZ, con C.C. 100000000, de Neiva, ha solicitado licencia para ejercer la profesión de locutor, la otorga con las condiciones establecidas por las disposiciones vigentes. Decreto 2405 de 1.960.

RESUELTO

OTORGAR LICENCIA para ejercer la profesión de locutor, Clase "B", No. 1-01-1963, registrada No. 001587, a la señorita ENELIA CAVIEDES PEREZ.

Perforar: la licencia que se expide por la presente - previniendo deberá cumplirse con las (2) condiciones a partir de la fecha, y deberá sujetar al cumplimiento de las disposiciones legales sobre esta clasificación.

NOTIFICAR, FULCIRAR Y CANCELAR. 2-01-1963

Dado en Bogotá, D.C., a

EL DIRECTOR DEL MINISTERIO,

Capitán de Arma (1) ALFONSO GONZALEZ

EL JEFE DE LA RAYA TRONCAL,

EDUARDO GARCIA RIVERA

Facsímil de la licencia de locución de Enelia Caviedes, expedida por el Ministerio de Comunicaciones sin la cual era imposible trabajar en radio.

En Ecos del Combeima tenía a su cargo el programa *Buenos días Ibagué*, que se transmitía de 5 a 8 de la mañana. En él permaneció por dos meses, pero renunció, pues debía madrugar mucho y salir de allí para la Administración de Impuestos, lo cual convirtió su día a día en una sucesión de agotadoras jornadas.

Cuando se retiró de Ecos del Combeima se cruzó con Antonio Rocha Peñaloza, quien se convertiría en su compañero de vida, de andanzas, aventuras y desventuras. A él se lo habían presentado unos días antes, en la celebración del Día del Locutor. Por eso, le contó que había dejado su trabajo en Ecos del Combeima y se animó a pedirle que la ayudara a ingresar a La Voz del Tolima, emisora que él dirigía. Efectivamente, Rocha cumplió la tarea y habló con Carlos J. Rojas, administrador, y Nicolás González Torres, gerente de la emisora. El ofrecimiento les cayó de perlas, pues la locutora de un programa para niños había renunciado para regresar a su tierra natal en La Guajira y necesitaban con urgencia otra mujer para conducirlo. Comenzó a trabajar el domingo siguiente.

El peso Farina

Festival infantil se llamaba el programa que llegó a conducir y que se transmitía los domingos de 11 de la mañana a una de la tarde. Era un concurso de canto muy popular. Participaban niños de los municipios, de las veredas y de los barrios de Ibagué. Los ganadores recibían un peso como premio. Con ese dinero, los niños compraban crispetas y dulces, entraban a cine al teatro Tolima y llevaban unas monedas a la casa. “Era que un peso rendía mucho”, recuerda Enelia. “Y por ese peso venían de los campos. No importaba que estuviera lloviendo y que los caminos estuvieran feos”.

El primer premio lo otorgaba la empresa Farina, que produce la fécula Farina, un alimento elaborado con harina de plátano, de gran valor nutritivo y empleado en la preparación de coladas para niños. Por eso el premio se llamaba ‘el peso Farina’.



Festival infantil fue el concurso de canto que condujo Enelia

Se reunían en el radioteatro de la emisora unos 300 niños cada domingo. El radioteatro de La Voz del Tolima estaba ubicado en la calle 12, entre las carreras segunda y tercera. Otra emisora que contaba con radioteatro era Ecos del Combeima, localizado en la tercera, entre calles 12 y 13. En el escenario del radioteatro de La Voz del Tolima contaban, además, con un piano que tocaba René Gamboa, un joven egresado del Conservatorio, que luego se fue a Francia para seguir su carrera de barítono y donde reside actualmente.

El programa tenía oyentes como monseñor José Joaquín Flórez Hernández, arzobispo de Ibagué; Guillermo Angulo Gómez, quien fue ministro de Educación; José Ossorio Bedoya y otros empresarios de la ciudad que se vincularon y patrocinaban el programa. Don Salomón Tovar, el dueño de la empresa Vigor, regalaba cada semana 40 docenas de huevos para entregarles a 40 niños, y cinco ponqués; Bavaria donaba 60 canastillas de Pony Malta. Había una fábrica de confecciones de Isaura Rojas de Dávila, quien le regalaba a Enelia los trajes que no compraban en los almacenes. Eran entre doce y quince vestidos, que recibía cada mes y que Enelia entregaba a las niñas para sus presentaciones. Muchas de esas niñas hicieron la primera comunión con esos vestidos, recuerda Enelia. En la tarea de empacar y llevar los regalos al radioteatro participaban las sobrinas de Enelia y niños vecinos del barrio.

En la edición del 13 al 19 de febrero de 1980 de la revista bogotana de farándula Antena se publicó un artículo sobre el programa Festival infantil.

Cante una canción y gánese una docena de huevos!

Texto: Fernando Uribe
Fotos: Archivo Voz

La radio de fuera de Bogotá, incluyendo la de ciudades relativamente grandes, se mantiene en un estado de previsible provincialismo. Si por provincialismo se entiende el desconocer como principal medio de servicio social y apoyo a la comunidad. Esto fue lo que encontramos en nuestra reciente visita a la capital del Tolima, donde tuvimos oportunidad de visitar dos emisoras: Ence del Combeima y La Voz del Tolima. A la primera llegamos cuando se transmitía un programa de música antigua que está encaminado a complacer las solicitudes de los viajeros. Y en la segunda, un desfile de niños



En la foto, Luis Aron Torres recibe una docena de huevos "regalo" por la interpretación de "La de la marcha azul".

Mientras escuchan El Bunde Tolimense, comendante a Bolivia regional del Tolima, los niños participan de pie.

Ence la Emisora Ence del Combeima, Juan Antonio Aron Torres, otro programa de música para la comunidad.

Este original concurso se hace en la radio de Ibagué.

Los niños juegan desde los barrios más apartados a participar en el programa y sus premios son...

aficionados que todos los domingos llegan hasta La Voz del Tolima desde los barrios más apartados y pobres de Ibagué, para cantar una canción y ganarse una docena de huevos, "vigor" además. Cuando una de las chiquillas participantes interpretó a "casi" naturalmente, El Bunde Tolimense, los niños asistentes se pusieron de pie, porque los tolimeses han establecido la tradición de que el bunde es su himno regional. La radio en la provincia colombiana sigue siendo el medio de comunicación más importante y efectivo, sobre todo entre las clases de escasos recursos económicos. Es un "desarrollismo" que debe tener muy en cuenta en el momento de hacer la evaluación de los recursos con que contamos para afianzar o divulgar nuestros valores."

Gilberto Buitrago, director del noticiero Alerta Tolima de La Voz del Tolima, y docente universitario, tiene muy presentes aún aquellos programas. “Por allá en los años setenta, yo estaba muy pequeño, escuchaba el *Festival Infantil*. Recuerdo el esfuerzo que ella hacía de estimular, de conseguir nuevas voces en el canto. Esa era la parte esencial de sus programas”.

Con su trabajo en la radio, Enelia “se ganó el cariño de la comunidad”, recuerda su sobrina Rocío. “Todas las personas la recuerdan, los programas en que trabajó y sus actuaciones en favor de las causas sociales; eso es lo que la identifica y por lo que la conocen en Ibagué. La gente le decía con frecuencia que por qué no lanzaba su candidatura a la Alcaldía de Ibagué o la Gobernación del Tolima, pero ella nunca aspiró a ocupar esos cargos porque su vocación era de servicio. Su talento era acompañar a la comunidad con sus programas, ayudar a las personas y conseguir recursos para todos menos para ella, porque nunca aceptaba nada. La tengo como modelo de ayuda, de inteligencia, de voz, porque su voz es inconfundible para narrar, para hacer locución, para presentar, con esa elegancia que siempre la caracterizó”.

El cantante del año

Pero no solo promocionaban talentos infantiles, Enelia y Antonio también realizaban el programa *El cantante del año Voz del Tolima*. Allí comenzaron su carrera destacados artistas. Entre los que recuerda Enelia están los duetos Viejo Tolima y Los Inolvidables. Debían hacer largas jornadas para los ensayos y las presentaciones. El jurado del concurso estaba integrado por Emilio Díaz, padre del músico y exdirector de Cultura del Departamento, Carlos Emilio Díaz; Gonzalo Valencia, esposo de Leonor Buenaventura, y *el negro* José Ignacio Camacho Toscano.

Rescatando La Voz del Nevado

A comienzos de los ochenta, La Voz del Nevado (localizada en 1.110 del dial del AM), otra de las emisoras tradicionales de Ibagué, comenzó a presentar problemas económicos. La emisora era de propiedad de Rafael Caicedo Espinosa, ex gobernador del Tolima y dirigente liberal, y de otros empresarios. La administración estaba a cargo de Germán Restrepo Caicedo, quien era el gerente de Fedearroz y vivía en Bogotá, motivo por el cual no le quedaba tiempo de dirigir la emisora.

Antonio Rocha y Enelia, amantes de la radio, decidieron rescatar la emisora. Conformaron una sociedad, llamada Radiales, creada para administrarla, y le hicieron la propuesta a Rafael Caicedo que aceptó gustoso. El comienzo no fue fácil, pues había muchas dificultades debido a la falta de recursos. Para empezar, habían trasladado las oficinas para los transmisores, que estaban ubicados en la calle 60 con avenida Mirolindo. Para aquella época era un lugar muy distante del centro al que no era fácil llegar, por lo cual a los empleados y los vendedores de publicidad el cambio les pareció muy complicado.

Enelia y Antonio consiguieron entonces un local en el centro, en el tercer piso del edificio Yulima, en unas oficinas donde había funcionado la sede del Deportes Tolima. El lugar era de propiedad de Jesús María Lozano, médico de la clínica Tolima. Lo tomaron en alquiler, organizaron y adecuaron un espacio en el corredor para hacer radioteatro con los niños, pero ya Enelia no tenía tiempo, porque debía conseguir la pauta para la emisora y seguía trabajando en la administración de impuestos.

Fue una época muy especial para Enelia, para Antonio Rocha y para un grupo de jóvenes que daban sus primeros pasos en el periodismo.

Enelia recuerda a Guillermo y Alfonso Quimbayo, “dos personajes que son muy sabios para la locución y para la redacción”; Próspero Mateus, Enrique Sánchez, Jorge Eliécer Barahona y Miguel Ángel Merchán. Ellos, junto con otros más, querían entrar a la radio y Antonio y Enelia les dieron la oportunidad.

El periodista Gilberto Buitrago fue uno de esos jóvenes aspirantes a ingresar en las lides del periodismo. “La conocí personalmente en el año 87, en mis comienzos como reportero; ella coadministraba La Voz del Nevado con Antonio Rocha Peñaloza. Llegué a acompañar el grupo periodístico del programa *El Comentario*. Ahí ya tuve la oportunidad de compartir con ella, de conocerla, de ver ese amor por los medios de comunicación, hasta el punto de que en su vehículo particular tenía adaptado el equipo de transmisión. Así demostraba el amor y la visión del trabajo a través de los medios de comunicación”.

Allí estuvieron por diez años hasta que vendieron la emisora. Rafael Caicedo Espinosa le encomendó la tarea de venderla a Héctor Vidal Perdomo, quien era el gerente del Fondo Ganadero del Tolima, y se la vendió a Jaime Pava Navarro, que ya había sido dueño, y quien le dio el nombre de Radio Súper.



Enelia (derecha) y Antonio Rocha (centro) administraron durante diez años La Voz del Nevado

El Noticiero Todelar del Tolima

Después de salir de La Voz del Nevado, Enelia y Antonio suspendieron por un breve periodo su actividad radial, pero el periodismo y los medios de comunicación no son fáciles de abandonar, así que a comienzos de 1992 decidieron regresar a la radio y para ello tomaron las riendas del Noticiero Todelar del Tolima que se transmite por la emisora Ondas de Ibagué.

Enrique Molina Abril, locutor máster de Ondas de Ibagué, es testigo de aquellos días. “De Enelia Caviedes tengo gratos recuerdos, agradables, muy satisfactorios, de una dama muy profesional. Fue una mujer excelente en su labor de periodismo; estuvo a cargo del Noticiero Todelar del Tolima, con Antonio Rocha, que fue otro gran personaje de la radio. Entre los dos formaban una dupla excelente. Eran personas muy sencillas, muy dadas a servir, a colaborar. Empleaban términos sencillos para llegar a la audiencia. Para mí fue una alegría poder compartir con ellos micrófono. Fueron meses en los cuales me enseñaron que hay que tratar bien a la gente, escucharla, conocer sus problemas y, si se pueden resolver, hacer la gestión para solucionarlos. En sus programas culturales y musicales era grato escucharla, oír sus anécdotas, sus relatos periodísticos”.



Enelia, en el homenaje al dueto Garzón y Collazos que se realiza cada año en el cementerio San Bonifacio

Estuvieron en Ondas de Ibagué cuando la emisora funcionaba en el octavo piso del Centro Comercial Combeima. Además de Antonio Rocha, también trabajaron en el noticiero Manuel Alberto Caicedo y Edgar Aníbal Molano. “Los cuatro formaban un grupo excepcional para las noticias, porque le ponían todo el profesionalismo”, dice Enrique Molina.

Tiempos nuevos

La muerte de Antonio Rocha, ocurrida el 22 de abril de 1993, la llevó a cerrar su ciclo como directora del Noticiero Todelar del Tolima. Meses más tarde devolvió el espacio a la emisora y se apartó de la radio.

Su primera decisión fue descansar por un tiempo y salió de gira por Ecuador. Cuando regresó le ofrecieron que se hiciera cargo de la programación cultural de los pensionados. Aceptó porque quería tratar con personas distintas a los contribuyentes, a los gobernantes y los empresarios, y emprender otras actividades nuevas para ella. “Voy a mirar otros mundos”, pensó. Programaba actividades para cerca de 600 pensionados de la Gobernación, la Alcaldía y la Nación. Ahí estuvo por algunos años hasta que en el gobierno de Álvaro Uribe se acabó Cajanal. Cuando este ciclo se cerró quedaron unas 35 personas que se continuaron reuniendo en el salón de la junta comunal del barrio Santa Elena. “Es una forma de diversión, porque a las personas mayores nos van dejando solas”.

Pero la radio no la dejó. Antonio Pisco, que trabajaba con Ecos del Combeima, la llamó para hacer un programa, lo mismo que el hijo de Gustavo Garay, el dueño de Tolima FM Estéreo. En principio aceptó trabajar con la familia Garay, pero pidió hacerlo desde su casa; sin embargo, no pudieron acordar el procedimiento y se decidió por el trabajo en Ecos del Combeima. Allí condujo varios programas. *Sí, sí Colombia; Descubriendo artistas, Integración y educación cooperativa y Acciones verdes de Cortolima.*



Enelia Caviedes, en su tarea de difundir la música colombiana

En el programa *Integración y educación cooperativa* divulgaba las acciones de Confecoop, que agrupa las cooperativas del país. Como parte de su labor, recorrió los departamentos de Boyacá, Santander, Antioquia, Valle del Cauca, Quindío, Risaralda y Caldas, donde visitó las cooperativas y se enteró de su funcionamiento. Le encantaba esta labor: “Es como si me hubiera ganado una lotería”.

En su trasegar por los medios hizo alianzas con el sistema cooperativo, la Corporación Folclórica del Tolima, la Universidad del Tolima, Cortolima, la Universidad Cooperativa, la CUN y la UNAD. El trabajo que más le apasionaba consistía en difundir las acciones en pro de las comunidades, como la labor solidaria de la Fundación el Divino Niño o las actividades en favor de los enfermos de cáncer que realiza la Fundación Ezequiel Moreno. También, dar a conocer las gestiones de los líderes comunales. El 20 de julio de 2010, con un grupo de ibaguereños, creó un colectivo que denominaron *Red de intelectuales a favor del país*. Se reunían periódicamente y Enelia recopilaba las conclusiones de cada encuentro y las comentaba luego en sus programas.

Por más de veinte años, trabajó cuatro horas semanales en los programas: *Integración y educación cooperativa*, los sábados a las 10 de la mañana; Acciones verdes de Cortolima, también los sábados, de 11 a 12; y los domingos de 6 a 8 realizaba el programa *Sí, sí, Colombia*. Los

protagonistas de sus programas fueron la música colombiana y los líderes de las comunas y de los barrios, y todo aquel que realizara una labor de beneficio colectivo. A través de esos espacios pudo desarrollar labores sociales positivas y sin limitaciones. Conseguía patrocinadores en entidades públicas y empresas privadas que siempre respaldaron sus iniciativas. Ella las recuerda con gratitud.

Flor María Acosta, quien por más de diez años fue la directora Administrativa de Ecos del Combeima, destaca que Enelia era una persona puntual y ordenada con sus programas. Además, “poseía un dinamismo inigualable”; no solo coordinaba y dirigía sus programas, también apoyaba a la emisora cuando era necesario; escribía y leía en el noticiero las semblanzas de personajes destacados de Ibagué que habían fallecido. Durante el Festival Folclórico, participaba desde el máster apoyando las transmisiones y la programación de la música. Sobre su relación con la comunidad, Flor Marina indica: “Los líderes la adoraban”.

Tiempo para las comunidades

Enelia Caviedes es una periodista que ve su labor como un permanente servicio a la comunidad. Esa vocación la impulsó a integrar grupos que promovieran el folclor, la cultura y las artes y que cumplieran tareas de servicio social. Por esta razón, forma parte de la Corporación Folclórica del Tolima, la Fundación Musical de Colombia, la Academia de Historia del Tolima, la Asociación de Locutores de Tolima, la Fundación Amadehu, un albergue para mujeres embarazadas sin recursos y que llegan a Ibagué en busca de atención médica; el coro Añoranzas y la Asociación de Egresados de Ciencias Sociales de la Universidad del Tolima.

A todos ellos Enelia les brindaba espacio en sus programas, lo mismo que a los líderes de las comunas y de los barrios. “Ellos van todos porque sienten que la radio es de ellos, que es un espacio para contar cosas positivas de lo que les ha pasado, y cuando hay cosas negativas también las comunican”.

En 1968, cuando estaba en La Voz del Tolima, ayudó a fundar el grupo de Alcohólicos Anónimos (AA) en el Tolima, junto con Antonio Rocha. Los buscaron para que Antonio fuera su vocero en la radio. Además, crearon el grupo Al-Anon, del que hacen parte los familiares

de los alcohólicos. En su condición de locutora la enviaron a Medellín para que recibiera formación sobre cómo manejar grupos Al-Anon y Alateen, como se llama el grupo de los niños, hijos de los alcohólicos. También contribuyó en su decisión que un hermano suyo tuvo problemas con el alcohol, una circunstancia que afectó el ánimo de la familia. Eso también la llevó a seguir las lecturas y a aplicar estas enseñanzas en su vida diaria. En el programa *Síntesis La Voz del Tolima* divulgaban las actividades de estos grupos. Durante la celebración de los 50 años de la creación de AA en Ibagué la invitaron. Para ella fue emocionante conocer el camino de superación de las personas que pasaron por esta adicción.

No olvida una de las oraciones más importantes de AA: “Señor, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las que sí puedo y sabiduría para encontrar la diferencia”.

Tiples para la paz

A finales de los ochenta y comienzos de la década del noventa del siglo pasado, nuestro país vivió años convulsionados y violentos por cuenta de la guerra que le declaró Pablo Escobar al Estado colombiano. La nación entera se estremeció por los asesinatos de líderes como Luis Carlos Galán, José Antequera y Carlos Pizarro, y por actos terroristas ejecutados por órdenes del capo del cartel de Medellín. Así mismo, los grupos guerrilleros FARC y ELN ejecutaban acciones bélicas en el territorio tolimense. Fueron tiempos de zozobra e incertidumbre. En medio de esta turbulencia, Enelia, como directora del Noticiero Todelar del Tolima, propuso la creación de *Tiples para la paz*, que ella denominó “un gran movimiento musical, popular”.

El primer programa de este movimiento fue *Los niños vuelven a cantar*, que tenía, entre otros, los objetivos de promover el conocimiento de la música colombiana entre los más pequeños de la sociedad, distribuir en los municipios del departamento diez mil triples y un millón de cancioneros con canciones del Tolima y de Colombia; y, lo más importante, “preservar la identidad de Ibagué como ciudad educadora y musical”. Con su entusiasmo, logró el apoyo de la fundación Ibagué ciudad Educadora, los núcleos de desarrollo educativo de Ibagué y los artistas

de la Coral Ciudad Musical: “Que no se callen las tonadas del pueblo, que no se callen las voces de los niños, que no se callen las notas del pentagrama, porque solo así venceremos el ruido de las armas. No maltratemos más la historia. Recojamos las voces del silencio y reconstruyamos la vida, la esperanza, los niños y los jóvenes”. Así rezaba la invitación a la celebración del programa *Los niños vuelven a cantar*.

Entre 1993 y 1996 se llevaron a cabo versiones de *Los niños vuelven a cantar*. En cada ocasión se presentaban nueve coros, cada uno de 50 niños de los núcleos escolares en los que estaban agrupados las instituciones oficiales de Ibagué.

Una oportunidad para la paz

Enelia no olvida que ella y su familia fueron víctimas de la violencia de mediados del siglo pasado y, por eso, otra de sus obsesiones fue apoyar la implementación del acuerdo de paz entre el Gobierno y las FARC que se firmó en La Habana en 2016. “Como nosotros sufrimos la violencia cuando éramos niños, entonces uno no quisiera que los niños de ahora la sufrieran. Así tenga enemigos (el acuerdo) ha sido significativo. La prensa, la radio, las revistas y los grupos humanos ayudan (en la tarea de difundirlo). Yo estoy empeñada en hacer unos grupos para que conversemos. Cada uno va aportando, lo apuntamos y hacemos una crónica para ayudar y la divulgamos en el periódico *El Nuevo Día*. Todas las veces: este es el pensamiento de toda la gente”.

En una entrevista que concedió a *El Nuevo Día*, que se publicó el 25 de marzo de 2018 con motivo de la celebración del Día del Locutor, Enelia les pidió a las nuevas generaciones de locutores que “el lenguaje que utilicen sea el más comunicador y bondadoso, porque la gente que está oyendo necesita una radio que construya paz y armonía; que los sonidos, algunas veces fuertes, se cambien por palabras que construyan paz, porque la necesitamos. Este es un trabajo que podemos hacer los locutores para mejorar este país”.

La concha acústica Garzón y Collazos

A comienzos de los años 80 del siglo pasado, un grupo de empresarios propuso crear un monumento a la música en Ibagué e invitaron a los

periodistas para contar con su apoyo para construirlo, pero los periodistas pensaron que era mejor un escenario para la música y decidieron promover la construcción de la concha acústica en el parque Centenario.

Enelia, una mujer en apariencia dulce, es en realidad una mujer batalladora, voluntariosa, persistente y determinada, que no cesa en su empeño una vez se impone un propósito. Por eso lideró el proyecto de los periodistas de construir la concha acústica. En un comienzo les dijeron que la dejaran en el estadio, pero no lo consideraron apropiado, pues este no es un lugar apto para escuchar música. Las emisoras de Ibagué se unieron para hacer el trabajo.

En un comunicado de la empresa Radiales, suscrito por Enelia y fechado el 5 de agosto de 1981, se expuso la necesidad de la obra: “la concha acústica será el más grandioso y auténtico monumento a la música. La simple enunciación de este clamor popular ha interpretado tan exactamente la vieja aspiración de la ciudadanía ibaguereña, que está suscitando en la conciencia de los tolimeses un movimiento de gigantescas proporciones y generalizada aceptación. La respuesta ha sido inmediata, fervorosa, sincera y decidida”.

Acudieron entonces a las autoridades. En principio el gobernador Gregorio Rudas les dio su respaldo, lo mismo que el entonces alcalde Augusto Vidal Perdomo. Los sucesores en la Gobernación, Armando Devia Moncaleano, y en la Alcaldía, Francisco Peñaloza, aportaron los recursos. La inauguración se cumplió el 6 de agosto de 1983, en medio de los ocobos florecidos, y contó con la presencia del presidente Belisario Betancur. La organización del evento corrió por cuenta de Adriano Tribín Piedrahíta. Se hizo un recorrido desde el cementerio San Bonifacio hasta el parque Centenario y participaron numerosos artistas. En el escenario cantaron Carlos Garzón y Eduardo Collazos, hijos de los integrantes del dueto Garzón y Collazos. Así nació la concha acústica.

El puente peatonal de la carrera Quinta

Corrían los últimos años de la década de 1980 y la ciudad crecía de manera inexorable. El tráfico por la avenida Quinta, principal de Ibagué, aumentaba con el paso de los días. En las calles 29 y 36 hay dos colegios

importantes con un buen número de estudiantes que a diario debían cruzar la avenida, exponiendo su seguridad.

Enelia se reunió con los rectores del Liceo Nacional y del San Simón, y les expuso la idea de pedir a la Alcaldía que construyeran un puente peatonal para evitar que los estudiantes, en especial, las niñas del Liceo Nacional y la Escuela Anexa, tuvieran que pasar por la carrera Quinta con peligro de que se accidentaran.

A los rectores les pareció una magnífica idea y le llevaron la propuesta al alcalde Armando Gutiérrez Quintero que la acogió y se puso al frente de ella. El puente, que se construyó en la calle 30, se puso al servicio, pero la obra no fue recibida de buen grado por los vecinos del barrio San Simón, porque decían que no prestaba beneficio alguno y el sector se volvió inseguro. “Fue la única forma en que se unieron todos los vecinos. Iban a la emisora a regañarme”. Y le decían: “Es que usted fue la que hizo eso”.



Inauguración del puente peatonal de la carrera Quinta con calle 30

Años después, en 1997, una tractomula derribó el puente y sus restos fueron empleados en otras obras. En 2008, un juzgado ordenó realizar los estudios para restituirlo, pero, seis años más tarde, la Alcaldía

consideró que no era viable ejecutar el proyecto. En enero de 2022, el alcalde Andrés Hurtado anunció que se realizarían los diseños para construir un nuevo puente.

Tiempo para cantar

En medio de todos sus trabajos con la Administración de Impuestos, la radio y las actividades culturales, Enelia también sacaba tiempo para cantar. Es contralto segunda. Estuvo en el coro del Tolima veinte años. Fue a Europa tres veces con el coro para representar al Tolima; recorrieron once países. Cantaron en la radio Televisión de París, la Radio Televisión Española, la Radio Televisión Francesa, la Radio Televisión Holandesa y la Unesco en el Vaticano.

Herencia de sangre

Alejandra Caviedes, comunicadora social-periodista, egresada de la Universidad del Tolima, ex redactora del diario regional *El Nuevo Día*, es hija de Fabio, hermano de Enelia. “Mi tía fue una influencia bastante grande para que hubiera estudiado Comunicación Social y Periodismo, aunque al terminar el colegio ya lo estaba pensando. Pero creo que lo que lo ha formado a uno, lo que se lleva en la sangre, eso no se puede negar y en esa medida siempre recordé que desde muy pequeña acompañaba a mi tía y a mi papá.

Aunque no nací en Ibagué, soy del Huila al igual que ella, la cultura ha sido ese referente, esa escuela me llevó a ser lo que soy. Creo que estar cerca de mi tía, de mi papá, de mi mamá, también me dio la seguridad de estar en este oficio, que no es nada fácil, sobre todo cuando se trata de arte y de cultura, pero que, sin duda, entrega grandes satisfacciones. Aunque no estaba en los programas de mi tía y no estaba en sus proyectos, he podido crear los míos, y he tenido ese apoyo tanto de ella como de la casa.

Luego de egresar de la Universidad trabajé en festivales de cine cargando cables y haciendo producción. Después llegué a El Nuevo Día, donde por fortuna fue la parte cultural la que me recibió. Siempre he creído que ha sido una señal y un legado que tengo que respetar y que mantener. Ella está muy orgullosa de lo que he logrado, porque sabe

que es a mi estilo, pero siempre dándole apoyo a la comunidad, visibilizando procesos, y construyendo región desde lo que he aprendido que es hacer periodismo. Sé que está muy contenta con lo que hago, porque cuando empecé a escribir en *El Nuevo Día* comenzó a guardar todas las páginas de mis escritos. Ahora no me puede escuchar haciendo radio, pero sabe que lo hago con todo el amor, seguramente al igual que ella”.

De Enelia, Alejandra destaca “la honestidad y la honradez, porque ella ha tenido en sus manos muchísimas cosas, pero nunca se ha quedado con nada que no le pertenezca; al contrario, se entrega a la gente; también, su disciplina, eso sí me ha quedado muy marcado y he tratado de replicarlo. Esas cualidades son transversales a todo lo que uno hace”.

Alejandra guarda un grato recuerdo de su infancia y es que cuando tenía cinco o seis años Enelia le permitió hablar frente a un micrófono “y no tuve pena porque estaba al lado de ella. La gente la recuerda con gran aprecio y eso me hace sentir una gran responsabilidad de hacer las cosas bien, porque llevo ese apellido. Muy a mi estilo, muy en mi escena, pero siempre con ese legado que ella me dejó”.

El legado

El periodista Gilberto Buitrago destaca en Enelia los roles que la hicieron descollar. En primer lugar, como comunicadora. “Ella es protagonista, porque una cosa es hablar de la época cuando empezó, a estos días, cuando hay una apertura y más participación de la mujer. En esos años ella estaba prácticamente sola; eran muy pocas las mujeres que trabajaban en los medios tanto en Ibagué como en el resto del país. Enelia abrió la puerta para la participación de la mujer en los medios de comunicación”.

Señala su aporte en lo que Gilberto llama ‘el despertar cívico’. Enelia acompañó muchos labores de Ibagué, como la construcción de la concha acústica Garzón y Collazos, la central de urgencias del hospital Federico Lleras Acosta y otra serie de labores sociales y de beneficio colectivo. “Promovió el civismo, el amor a Ibagué, el querer el departamento. Sin haber nacido aquí ha hecho más por la región que muchos tolimenses”.

Cada año se iluminan los ocobos

*Es el milagro de una florescencia que por magia divina,
fabrica una alfombra multitono para el dulce sueño de las hadas,
de las hadas que protegen el destino de la ciudad amada.
Es el caprichoso pincel de la naturaleza ensayando con rosa,
con lila, con blanco, y amarillo,
la tersura sin par de sus pétalos jóvenes.
Son millones y millones de luces pequeñitas
que pregonan el milagro del color y de la vida.
Es el espectáculo que embelesa a los hombres y cautiva a las deidades.*

*Y la brisa ibaguereña que es fértil y que es buena,
se lleva en sus manos la simiente para que en valles y montañas,
en hontanares y plantíos,
otra vez se dé sublime episodio de la reproducción.*

*Ya tendrán las aloas otras ramas
para el concenstuoso concierto de sus trinos.*

Siquiera florecen los ocobos.

Enelia Caviedes Pérez

Gilberto agrega: “También es valiosa su labor de rescatar el trabajo de las personas que, sin ganarse un peso, se hacen presidentes de las juntas comunales o son líderes de los barrios y se empeñan por sacar adelante sus comunidades”. Valora a las personas y resalta el trabajo colectivo. Siempre buscó integrar a la comunidad con la dirigencia, no solo del gobierno, con el sector público, sino también con el sector privado.

De igual manera, Gilberto destaca el tratamiento que Enelia les da a los demás, bien sea a través de los medios de comunicación o donde ella estuviera haciendo su trabajo. “Además, no es egoísta en su conocimiento. Lo planteo como docente universitario. En esta labor he tenido la oportunidad de invitarla a participar con los jóvenes y no he visto que ella se limite al momento de compartir la información; por el contrario,

invita a los jóvenes a conocerla, a conocer el trabajo de comunicador y expone cómo se hace este oficio que necesita la sociedad”.

Reconocimientos

Como reconocimiento a su labor periodística, cultural, comunitaria y solidaria, Enelia ha recibido innumerables distinciones, por parte de entidades públicas y privadas. La Alcaldía de Espinal (1980), la Alcaldía de Ibagué (1993), la Gobernación del Tolima (2002), la Asociación Edad Dorada de Montecarlo (2008), la Fundación Te Deum (2008), el Concejo de Ibagué (2001) y la Fundación Musical de Colombia (2014), son algunas de las instituciones que le han rendido homenaje en diferentes épocas de su vida y que son testimonio de su invaluable contribución al desarrollo del Tolima.

Enelia hoy

Enelia Caviedes fue una de las damnificadas de la pandemia. Debido al confinamiento obligado para las personas mayores, no pudo volver a realizar sus programas de radio. Sin embargo, eso no ha significado que abandone sus proyectos. Está dedicada a escribir artículos sobre diversos temas, el más próximo versa sobre los 30 años de la fundación de *El Nuevo Día*.



*Enelia Caviedes posa feliz y sonriente, como siempre, al lado de sus recuerdos y su mascota.
Fuente: Félix Martínez.*

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Después de leer la historia de Enelia Caviedes, ¿cuáles eventos de su vida le parecieron más interesantes? ¿Por qué?
2. Enelia Caviedes usó distintos espacios radiales para informar, difundir la cultura tolimense y promover causas sociales y cívicas. Reflexione y escriba sobre la importancia de la radio para el desarrollo regional, ¿Cuál cree que es el mayor potencial de este medio de comunicación? ¿Considera que la radio en su municipio cumple una labor social y comunitaria? De ejemplos.
3. Como le sucedió a la familia de Enelia, el desplazamiento forzado por violencia ha sido una constante en la historia de millones de familias colombianas, ¿cómo percibe este flagelo? ¿Analice y defina el término ‘resiliencia’ en un contexto de desplazamiento forzado?
4. Enelia Caviedes hizo una destacada carrera en el periodismo en una época en la que poco se discutía sobre feminismo e igualdad de género. Su sobrenombre fue ‘la primera dama de la radio’ ¿qué reflexiones le genera ese apelativo? ¿de qué maneras cree que, a través de su labor y profesionalismo, contribuyó al cierre de la brecha de género?
5. En los últimos años el formato pódcast se ha popularizado entre las nuevas generaciones. Escuche algunos de los capítulos de *Voces que inspiran* —el pódcast que se deriva de la serie *Tolimenses que dejan huella*— y enumere las principales diferencias que encuentra entre un pódcast y un programa de radio común.

Guillermo Laserna Pinzón

Un eslabón importante en una gran
diversidad empresarial

Por: Manuel Alberto Caycedo Cañón

ISSN impreso: 2462-9200

ISSN digital: 2462-9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 8 (2023)

DOI: <https://doi.org/10.35707/tol/803>

Ediciones Unibagué

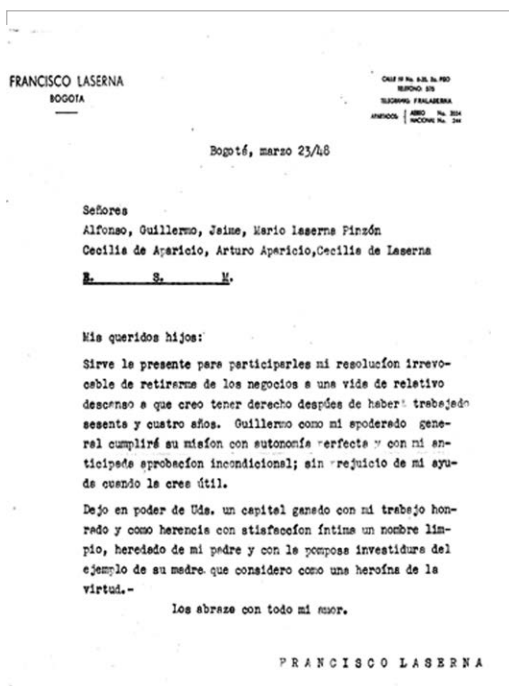
Salvo cuando se especifique lo contrario, las fotografías de la presente crónica hacen parte del archivo familiar de Guillermo Laserna, suministrado por Paulo Laserna Philips.



Guillermo Laserna

Guillermo Laserna Pinzón fue un bogotano nacido el 26 de julio de 1905. Hijo de Francisco Laserna Bravo y Elena Pinzón Castilla, fue el penúltimo de siete hermanos: Francisco, Elena, Alfonso, Guillermo, Cecilia, Jaime y Mario —cofundador de la Universidad de los Andes y exsenador de la República—. Su padre, don Francisco, se desplazó desde su tierra natal antioqueña para hacer empresa en el Valle del Cauca, luego en el Quindío, y finalmente en territorio tolimense. Después de 64 años de trabajo, confió a Guillermo el liderazgo de las empresas de la región, para que él siguiera al mando desde Ibagué hasta el final de sus días. Guillermo siguió y expandió el legado empresarial de la familia Laserna que, desde principios del siglo xx, se había arraigado en el Tolima, y luego se había extendido a Cundinamarca y Boyacá.

Bachiller del colegio La Salle en Bogotá, a temprana edad se hizo profesional. Ingeniero eléctrico del Rensselaer Polytechnic Institute en Nueva York, Guillermo retornó a Colombia en la década de 1930, especializado en equipos para generación de energía y centrales hidroeléctricas. Con el conocimiento ideal para las empresas familiares, trabajó inicialmente con su tío paterno Emiliano en la capital del Quindío, donde generaban energía gracias a las plantas Pelton que su familia había instalado en la ciudad, contó su hijo Paulo. Sin embargo, por desacuerdos con su tío, Guillermo decidió irse a trabajar junto a su padre y ejercer su profesión en una empresa similar en Ibagué: *Luz Laserna*. Esta empresa comenzó a funcionar desde 1917, dándole energía a la capital tolimese, a través de maquinaria impulsada con aguas del río Combeima. Este era un negocio para el que Guillermo se había preparado profesionalmente, aunque con los años se terminaría cediendo el manejo de sus redes al Estado.



Carta de Francisco Laserna Bravo a sus hijos en la que cuenta su deseo de dejar a Guillermo como su apoderado general.

Posteriormente, tomaría la posición de dirigir la empresa familiar en el departamento y su respectiva expansión de frentes de inversión. Allí

comenzó su camino como empresario histórico desde la capital del Tolima, manifestó su hija Carmen. A medida que su familia abría nuevos frentes de producción, la actividad de Guillermo se expandía de forma diversa. Pasó de la generación de energía a la instalación de un sistema de riego en terrenos áridos y llenos de rocas provenientes de una explosión volcánica, donde la siembra del arroz nunca se contempló que pudiera darse; luego vino la explotación minera en la zona de Payandé, la venta de semillas, el ganado vacuno y la radiodifusión, entre otras actividades a lo largo de su vida.

Una familia unida por empresas Laserna

Guillermo Laserna es un personaje destacado cuando hablamos del desarrollo empresarial en el Tolima. Sin embargo, su actividad en el departamento fue solo uno de los múltiples impactos de la familia Laserna en el país. Las empresas en manos de la familia Laserna creadas en varios departamentos —desde la caña de azúcar sembrada en el Valle hasta teatros en Bogotá, pasando por un laboratorio farmacéutico de escala nacional a la incursión de la siembra de arroz en terrenos áridos en el Tolima— son algunas pruebas de la ambición familiar por crear y fortalecer el desarrollo de la empresa de diferentes maneras con presencia nacional e internacional. Los departamentos de Valle del Cauca, Quindío, Risaralda, Tolima, Cundinamarca y Boyacá fueron testigos directos de aquel deseo, cuenta su yerno Fernando Uribe.



Con vestido oscuro, don Francisco Laserna Bravo; Elena hija a su derecha, vestida de blanco; luego de ella, con vestido adornado con flores, Cecilia; atrás de Elena, Guillermo; le sigue a la derecha Jaime, después María Bravo; el pequeño sentado es Mario Laserna; a su izquierda, Francisco hijo; detrás, de corbata, Alfonso y Doña Elena, de negro.

Aunque algunos de estos proyectos comenzaron antes de nacer o durante sus estudios en Estados Unidos, Guillermo dirigió las empresas familiares que tenían la marca de un emprendedor de tiempo completo, su padre Francisco Laserna Bravo. A él se le recuerda como un hombre que desde temprana edad trabajó para ayudar a su familia, y que luego estableció negocios lejos de su natal Rionegro, Antioquia. Don Francisco no recibió mucha educación formal, pero sí tenía una gran motivación, un espíritu aventurero y buena disposición para asumir riesgos a la hora de invertir. Durante un buen tiempo, estuvo acompañado por su hermano Emiliano en los negocios.

La caña de azúcar fue un primer gran paso después de múltiples inversiones junto a su hermano. Los dos partieron de su tierra hacia el Valle, Quindío y Risaralda, donde sembraron caña. Allí adquirieron un lote para realizar esa labor agrícola y, según la historia familiar, cuando aquella zona fue infestada con langostas provenientes del Ecuador, su siembra se salvó a diferencia de todas a su alrededor. Ahí comenzó parte de su suerte, decía don Francisco. Al no desyerbar su lote, el problema sanitario no los había impactado y los hermanos Laserna lograron triunfar con su primera inversión de esa escala. De allí nació la base económica con la cual extendieron su siembra en la zona. Esto los legitimó como empresarios y los incentivó a incursionar en más industrias como el azúcar y los licores.

Esta serie de eventos afortunados y gratificantes para la pareja de osados hermanos les dio lo necesario para seguir apostando por sus emprendimientos a escala nacional. Esto llevaría eventualmente a don Francisco al Tolima.

Llegar para quedarse



Francisco Laserna Bravo.

La familia Laserna incursionó en varias industrias del departamento del Tolima: ganadería, minería, agricultura, bebidas y mensajería. Esta última fue la razón inicial por la cual la familia decidió apostarle a sus empresas en la región. Al enterarse que el gobierno nacional estaba interesado en establecer una ruta de correo entre el occidente y la capital del país, de nuevo la dupla de hermanos, Francisco y Emiliano Laserna, comprendieron que se necesitaría de una ruta a través de la cordillera que uniera al Quindío con el Tolima. A petición del presidente, el General Rafael Reyes (período 1904 a 1909), viajaron a Bogotá y lograron la concesión del transporte de correo en mula llamada el paso del Quindío. Este paso consistía en la ruta Armenia - Bogotá, entrando por el barrio Los Libertadores, para descargar el correo en el centro de la ciudad y seguir con los mulares a la sede de correos de Buenos Aires en la capital del Tolima. De esta forma, se traía el correo desde el suroccidente del país a la sede de los ferrocarriles para llevarlo a Bogotá, dicen los recortes de prensa de la época que hacen alusión a los logros de la familia.



Francisco Laserna Bravo y su hermano Emiliano. Fuente: Arturo Aparicio

El funcionamiento de esta concesión necesitaba alrededor de trescientas mulas y bueyes. Aunque los hermanos Laserna confirmaron que tenían disponibles estos requerimientos, eso no correspondía a la realidad de sus pertenencias en ese momento. Al conseguir el visto bueno del mandatario, viajaron a Ibagué, adquirieron un terreno y comenzaron la compra poco a poco de los mulares. Una de sus adquisiciones fue una finca de gran extensión en la zona de Buenos Aires, *La Palma*, considerada como un ‘churrasquero’, es decir, un terreno poco productivo, pero funcional como estadero de animales que se alimentaban del poco pasto que allí crecía. Un ‘recambiadero’ de mulas. En el mapa aparecía en la zona de la parte baja de la meseta como una estepa semidesértica y en el sitio se tenían ochenta a cien mulas en promedio; unas para viajar y otras de reserva descansando en la vía de Ibagué a Cajamarca. Fue en ese lugar, donde los hermanos decidieron el manejo de sus proyectos viviendo en lugares distintos. Emiliano partió a la capital del Quindío y Francisco quedó a cargo de sus sedes en Ibagué, cuenta la hija de Guillermo, Carmen.

Bajo la asesoría del ingeniero Alfred Svenson de la empresa sueca SKF, los Laserna expandieron aún más sus actividades empresariales al instalar plantas de energía en Armenia y en Ibagué. En el caso de la capital tolimense, Svenson instaló las plantas a orillas del río Combeima y en marzo de 1917 comenzaron a funcionar. *Luz Laserna* prestó sus servicios por alrededor de 50 años llegando hasta la calle 19. Su cobertura contaba con una gran parte del actual centro de la ciudad y su iluminación se recuerda porque sus bombillos iluminaban en forma baja y titilante. En aquel entonces era el único sistema que tenía la ciudad para iluminación en el hogar y en las calles, donde los portales de las casas mantenían la claridad en la noche. La sede administrativa de la empresa funcionó en la calle 12 con carrera 2 esquina.

Estas empresas de energía, en Armenia, Calarcá e Ibagué, sirvieron como lugares a los cuales el recién graduado Guillermo Laserna llegaría desde Estados Unidos a aplicar sus conocimientos como ingeniero eléctrico. Actualmente, de esta empresa solo subsiste la infraestructura que mantenía la maquinaria a orillas de la misma fuente de agua que abastece hoy en día a los ibaguereños, comenta su yerno Fernando Uribe.

El arroz y los Laserna

De igual manera, los Laserna, asentados en el Tolima, incursionaron en la agricultura de la región con una siembra hasta ese entonces poco conocida: arroz en terrenos áridos. Todo comenzó cuando José Raad, un árabe proveniente del Líbano (Oriente medio), los llevó a este negocio. El extranjero les consultó sobre el arriendo de terrenos, cercanos a una piscina, para la siembra de arroz. Esta consulta fue extraña, ya que en esos terrenos áridos la única siembra similar se hacía en la Hacienda Santacruz, ubicada en cercanías a donde hoy está ubicado el aeropuerto Perales. Esa siembra, también manejada por Raad con los conocimientos provenientes de su tierra natal, fue la prueba que los Laserna necesitaban.

El grupo familiar, encabezado por don Francisco, aunque escéptico, aceptó la propuesta con una condición: el pago del arriendo no sería económico, sino que él les enseñaría el método de siembra para que así la familia lo aplicara por cuenta propia. Ahí fue cuando Guillermo, ya siendo parte de *Luz Laserna*, tuvo un rol central y fue quien animó a su padre a tomar el riesgo de expandir este método de siembra. De esta forma, Guillermo tomó el mando para la construcción de un sistema de riego que llegaría hasta sus predios de El Palmar, y así expandir la siembra con el método propuesto por Raad, indica el hijo de Guillermo, Paulo.

A finales de la década de 1930, el reto de crear este sistema de riego era alto, ya que solo se había instalado en municipios como Venadillo. El mismo ingeniero consultor de Luz Laserna, Alfred Svenson, asesoró a padre e hijo para desarrollar este ambicioso proyecto. El sistema debía conducir el agua por gravedad hacia los terrenos de la familia, quienes sabían que para cumplir con ello debían adquirir tierras aptas para su canal. Sin embargo, la familia Laserna no era la única que tenía estos intereses. La familia Sarmiento, intermediada por Eduardo Sarmiento, había llegado desde Valle del Cauca para instalar un sistema similar que les llevara agua hasta su hacienda El Escobal. Guillermo y Eduardo unieron sus fuerzas e instalaron el canal que actualmente conduce agua hasta sus predios desde el río Combeima. Este canal, fruto del trabajo asociado entre familias, terminó llevando el nombre de las dos: Laserna Sarmiento. Posteriormente, este sistema fue replicado por Benjamín Rocha para



Francisco Laserna Bravo.
Fuente: Arturo Aparicio.

suplir a su hacienda El Aceituno, tierra ubicada camino a Doima, que terminó dando nombre al canal del Aceituno.

Toda esa zona, desde las orillas del río Combeima hasta las montañas del oriente ibaguereño, adquirió una vida diferente al pasar de tierras áridas y con mucha roca a lotes altamente productivos. En este punto, vale la pena hacer una aclaración importante para los ibaguereños: aún se cree que el canal que atraviesa la ciudad, que viene del río Combeima por en medio de los barrios y llega hasta la zona de Miro-lindo, forma parte de ese sistema de riego para mojar las tierras arroce-ras. Esto, con los años, se aclaró. Ese sistema abastece a una subestación productora de energía en El Papayo, que se mueve por la gravedad que se genera al paso del agua que viene del Combeima. El canal de riego es uno paralelo a este, que corre por fuera de la ciudad. Con la cons-trucción de este canal, exclusivo para la siembra de arroz, el territorio tolimense abrió una nueva oportunidad para un producto que lo llevó a los primeros lugares en la producción de arroz a nivel nacional, comenta el yerno de Guillermo, Fernando Uribe.

Estos logros excedían su valor como algo meramente familiar, ya que lograron posicionar al Tolima como centro de interés nacional, tan-to por sus nuevos sistemas de riego, como por sus ahora productivas tie-rras. En cuanto a los sistemas de riego, a diferencia de otros, lo novedoso estaba en la utilización que se hacía del agua y su dispersión gracias a

la pendiente del terreno ibaguereño. Sobre el uso innovador de tierras, el aprovechamiento de estos predios se destacaba porque eran sumamente prósperos gracias a su componente base: los desechos volcánicos que habrían dejado las explosiones del volcán Machín. Esta característica permitía que en el terreno arcilloso no se filtrara el agua rápidamente y que de forma natural produjera un sistema de riego propicio para el arroz.

Se sembraron cerca de 25 mil hectáreas en la meseta, de las cuales por lo menos 15 mil se dedicaban a cultivos de arroz. Los terrenos que lograron ese desarrollo iban desde los límites con Alvarado y Piedras, hasta el río Combeima, la quebrada El Tejar y la confluencia de los ríos Combeima y Coello. En 1980, se lograría la licencia para llevar el agua a la meseta. Se calcula, según la Corporación Autónoma Regional del Tolima, que la cobertura para producción arrocerera era de 8 545 hectáreas y unos 109 usuarios, aseguró el historiador Hernando Bonilla.

Con esto, el Tolima lograba por primera vez tener cultivos cíclicos. Este logro era gracias a una característica más que se destacaba de este sistema de riego y era su funcionamiento mediante terrazas y curvas de nivel. En estas se acumulaba el agua y luego se rompía para permitir que poco a poco el líquido se distribuyera al siguiente lote. El agua rindió y así todo se convirtió en un emprendimiento gigante que trascendió el orden nacional. Además, quedaba realizada una obra que contaba con un canal de aproximadamente 30 kilómetros.

Para la época, la capital tolimese era una ciudad de empresas domésticas y algo de comercio básico y se convirtió en un centro arrocerero. La producción del arroz era la primera industria grande que se gestaba en este territorio. Esta producción ha sido elogiada no solo por su calidad sino por el rendimiento. Cuando todo comenzó se lograban treinta a cincuenta bultos por hectárea al año. Hoy, esos números superan los ciento cincuenta bultos por hectárea en ese mismo período. Además, se calcula que con las nuevas tecnologías se pueden alcanzar los doscientos bultos.

Todo este sistema era alimentado por la riqueza de los suelos ya que, aparte de las erupciones volcánicas, el río Coello corrió por la meseta durante mucho tiempo trayendo desechos de esas erupciones. Sin embargo, la siembra y la cosecha del arroz aún necesitaba de un esfuerzo más para que todo el proceso de producción estuviera en manos de la familia: la molienda. Por esta razón, los Laserna montaron el primer

molino de la zona que hoy sigue funcionando en el sector de Buenos Aires, a la salida de Ibagué. Así mismo, junto al ingeniero Svenson, Guillermo —que ya se había metido en la historia del manejo de variedades en el arroz— buscó producir el *Bluebonnet*, una variedad del cereal que además iba empacada, algo que no era la costumbre de la época.

Aunque todo lo anterior significaba un gran avance para las empresas Laserna y para el departamento en métodos de siembra, terrenos prósperos e industrias regionales con completa autosuficiencia, este proceso fue una tarea ardua y de mucho sacrificio. Desde un inicio no fue fácil arar las tierras porque todavía el manejo de la maquinaria, así como los tractores de altísimo costo, eran muy rudimentarios al igual que la tecnología a la que se podía acceder. No obstante, desde esos obstáculos hasta los cambios de las tecnologías, la apuesta de los Laserna, encabezada por Guillermo, dio sus frutos tanto para la familia como para la región.

Más allá del arroz: la expansión empresarial

Durante y después del gran éxito de la siembra de arroz, Guillermo y sus hermanos siguieron actuando a escala nacional con el espíritu emprendedor de su padre Francisco Laserna. La diversificación de los negocios de la familia no paró en ningún momento. Esto los llevó a distintos frentes económicos que vale la pena exponer, tanto en el caso de Guillermo, como en el de los proyectos simultáneos de sus hermanos. Por el lado de Guillermo, sus emprendimientos abarcaron un gran espectro, en el que prevaleció una colaboración entre padre e hijo: la minería, las semillas, las gaseosas, una farmacéutica y la ganadería.



La casa de la Familia Laserna destruida el 9 de abril de 1948 en la capital de la República. Fuente: Arturo Aparicio.

En el campo de la minería, la familia creó la empresa *Explotaciones Mineras* que inició labores en la zona de Payandé y abrió la posibilidad de extraer la piedra caliza. Ese mismo tipo de exploración también ocurría en municipios boyacenses como Garagoa con el yeso; aunque esas minas se acabaron años más tarde con el proyecto de la represa de Chivor.

Después llegaría el interés por el mármol, el cual nació gracias a un escultor italiano llamado Gino Pierotti, quien había salido de su país huyendo del régimen fascista de la época. El artista, al conocer a los Laserna, los presionó para que vieran un negocio potencial en aquel mineral precioso. Para Pierotti, esto significaba material que serviría para seguir con su producción artística como lo hacía en su patria. Toda esa exploración del mármol se encontró inicialmente en la vereda *Aguirre*, la cual tiempo después se llamaría *Salitre*, municipio de San Luis.

Con los años, Guillermo, con apoyo de Pierotti, se convertiría en dueño de una muy buena parte de las zonas de explotación minera en Payandé. Sin embargo, a inicios de los años ochenta hubo líos judiciales, patrocinados por decisiones estatales en la explotación minera. Aunque estos terminarían años después, fue tal el desgaste de los hermanos Laserna que Guillermo les pidió que mejor dejaran en manos de él esa explotación. De esta manera, pasaría de llamarse *Explotaciones Mineras* de los hermanos Laserna Pinzón a *Explotaciones Mineras Flor Amarillo*. La participación quedaría repartida de la siguiente manera: 50 % para Guillermo y el otro 50 % repartido equitativamente entre sus hijos Carmen y Paulo.

El 21 de agosto de 1952, entre el Ministerio de Minas y Petróleos y Guillermo Laserna Pinzón, se suscribió el contrato número 610 para la exploración y explotación de un yacimiento de yeso, en una extensión de 4800 hectáreas, localizado en jurisdicción de Macanal, Boyacá. Con el tiempo, esas minas se cerraron por no producir como se esperaba y por problemas con permisos de licencia de explotación y manejo ambiental. Hoy en día, los propietarios de lo ubicado en Payandé son, por partes iguales, Carmen Laserna y su esposo Fernando Uribe.



Elena Pinzón Castilla, la matrona de la Familia Laserna. Fuente: Arturo Aparicio

En medio de ese trabajo de explotación minera, Pierotti vio la opción de tener a la mano yacimientos de ‘calcáreos’ que servirían para producir cemento. Los Laserna unieron sus mentes para buscar el negocio y fue cuando Mario Laserna logró el contacto con Andrés Uribe Campuzano. Él tenía una empresa que producía cemento llamada *Cementos Diamante*, localizada en Apulo, Cundinamarca. Teniendo como intermediario a Virgilio Barco, que por sus nexos nortesantandereanos conocía a Uribe, le contaron que en el Tolima había unas minas que podrían servir como base para producir cemento. La propuesta era tal que hasta había confirmados terrenos con posibilidad de compra para montar una fábrica en Ibagué, en el sector de Buenos Aires. Uribe envió unos geólogos para que estudiaran la zona. El industrial cementero no mostró interés en hacer sociedad alguna y respondió a la propuesta argumentando que lo que allí se producía no servía para sus intereses. Sin embargo, meses después, los Laserna y Pierotti se enteraron de que los Uribe habían comprado una buena parte de la montaña vecina a su explotación minera. Con esa actitud, el cementero demostró que los Laserna tenían razón y que él no quería compartir empresa alguna en la zona. Después de muchos años y cientos de hectáreas de terreno

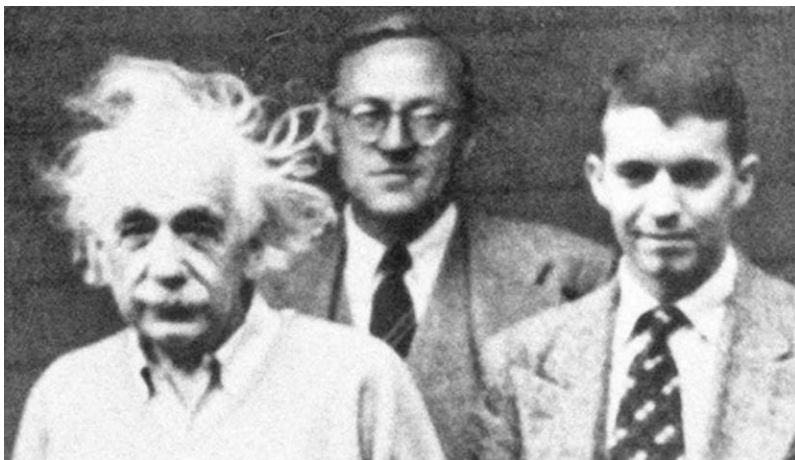
explotadas en Payandé, esta fábrica constituye hoy en día una de las más grandes en el país, utilizando mineral extraído de la zona que fue visio-nada por don Francisco y su descendencia. Actualmente, este negocio le pertenece a una multinacional mexicana, *Cemex*, narra el yerno de Guillermo, Fernando Uribe.

Otro de los frentes en los que logró influir Guillermo fue en el campo agrícola, específicamente, en el de las semillas, al crear *Semillas El Zorro*. Esta empresa sirvió de base para la siembra de diferentes productos durante muchos años, pero con el tiempo y las políticas estatales no logró llegar al fin para el que había sido constituida. Armando Restrepo, agrónomo de confianza de Guillermo, fue quien lo ayudó a su creación y su desarrollo posterior. La compañía alcanzó un buen lugar en el campo nacional por la creación de variedades que mejoraban las condiciones de siembra. De hecho, hicieron historia junto a *San Isidro y El Aceituno* por la producción de semillas para productos como el arroz y el maíz que terminaron siendo certificadas nacionalmente, cuenta su hija Carmen.

Hasta ese momento, todo lo hecho por la familia Laserna era, en parte, aprender sobre la marcha. Así sucede con el ser emprendedor que busca arriesgar algo para alcanzar sus metas. Como sus negocios eran prósperos en distintos lugares, empezaron a pensar en nuevos horizontes. Don Francisco vio que en Bogotá había opciones de negocio. Uno de ellos era la fábrica de gaseosas *La Leona*, que se asoció después con los *Posada Tobón*, fundadores de *Postobón*, quienes años después la llamaron *Leona Pura* hasta convertirla en la famosa Limonada *Postobón*. Empezaron a mercadear la gaseosa en mulares por las calles de la capital colombiana, basados en las experiencias que habían tenido con las mulas trayendo mercancías, correo y pasajeros desde el occidente del país a Ibagué. Para ese momento, era una forma novedosa de llevar las botellas de gaseosa a los puntos de venta. Mientras trabajaban en eso, miraban opciones de compra de tierra en una Bogotá que cada día crecía más.

Los teatros fueron un frente de inversión en común que tuvieron los hermanos Laserna: *cine María Luisa, Faenza, San Jorge, Colombia*, entre otros. Al frente de ellos estaban Francisco, el hermano mayor, Elena, Alfonso, Guillermo, Cecilia, Mario y Jaime Laserna, quienes heredaron esas propiedades. Entre ellos, Helena se destacaba por tener un Centro

Literario en casa y fue quien, según su hermano Mario Laserna, los inspiró para aventurarse y contemplar también las instituciones educativas como otra fuente de inversión. Gracias a lo anterior, Mario Laserna, ex-senador de la República, recibió el visto bueno y el apoyo económico de su padre Francisco, para convertirse en uno de los fundadores de la Universidad de los Andes.



Albert Einstein y Mario Laserna Pinzón. En esos tiempos se hablaba de la idea de crear la Universidad de los Andes. Fuente: Arturo Aparicio.

La cabeza de los Laserna siempre imaginó que Mario sería el abogado de las empresas familiares, pero vio, años más tarde, que terminaría estudiando física y matemáticas a escondidas suyas. Mario justificó su elección académica dándole a su padre la idea de montar un laboratorio químico que produjera fármacos llamado QUIBI. De esta forma, lo convenció de que su cambio de rumbo igual apoyaría a los negocios familiares. El éxito de esa empresa estuvo en que produjo el primer suero fabricado en el país, en una época en la que todos los tratamientos se hacían con suero traído del exterior. En aquel momento, se convirtió en el gran productor farmacéutico en territorio colombiano. Sin embargo, los pagos estatales no eran los más cumplidos, y aunque el Estado era su mejor cliente, tuvo problemas financieros. Hoy en día, el laboratorio aún existe, pero después de ser propiedad de los Laserna y sus socios, pasó a ser en gran parte estatal y luego de otro particular. Hay quienes afirman que el negocio no fue exitoso desde su creación, por la forma

altruista cómo se manejó y porque las transnacionales lo acabaron, manifestó el hijo de Guillermo, Paulo Laserna.

Guillermo también incursionó durante un buen tiempo de su vida en la ganadería. En un principio trajo desde Estados Unidos las razas de ganado Brahman y Santa Gertrudis. Con esta última alcanzó a concursar, pero por su peso no se adaptó a los terrenos de la meseta y decidió llevarla a otros sitios del país. En la zona ya se criaba el Brahman; sin embargo, sí fueron pioneros en el Santa Gertrudis. Tenía la ventaja de que el ganado, en general, se rotaba con la cosecha de arroz en gran parte de la meseta. Cuando no había cosecha, el vacuno consumía el tamo del arroz que quedaba al recoger la cosecha.

Toda esta serie de emprendimientos que se han presentado aquí, entre tantos otros de menor impacto, son prueba del espíritu emprendedor de la familia Laserna y del apoyo que dio Francisco a sus hijos en diversos campos profesionales. Así lograron tener un impacto significativo en diferentes regiones del país, como por ejemplo, Guillermo en el Tolima.

El hombre detrás del empresario



Guillermo Laserna acompaña a su amigo Santiago Vila el día de su matrimonio con Alicia Mejía Caicedo; al extremo izquierdo, Guillermo Molano García. Diciembre de 1941 en Ibagué

Detrás de todo personaje público siempre habrá un ser humano. Aunque por tradición familiar, Guillermo era de ideología conservadora, tuvo amigos de origen liberal. Entre ellos, Santiago Vila, el cual cuenta la historia de cuando fue detenido en un momento por el gobierno conservador y el mismo Guillermo se prestó como garante para su libertad.

En el ámbito privado, Natalia Phillips fue la pareja de Guillermo. Mientras ella pasaba la mayoría de su tiempo en Bogotá, el polifacético empresario lo hacía en territorio tolimense. Con ella formó una familia y vio nacer a sus hijos, Carmen y Paulo. Con el tiempo, sus hijos heredarían su legado empresarial: la minería, las fincas en la zona de la variante en Ibagué, las emisoras en A.M. y F.M. y otros frentes de la economía familiar.



Guillermo Laserna Pinzón y sus nietos.

El impacto social de Guillermo Laserna

Aunque un resumen de la vida de la familia Laserna, y particularmente de Guillermo, tenga un enfoque tan claro en lo económico, es inevitable que ese desarrollo empresarial no haya impactado de forma social a la región.

En el caso de Guillermo en el Tolima, los Laserna lograron tener un impacto social y cultural por medio de cuatro aspectos principales: la minería, la agricultura (de las que ya se habló anteriormente), los medios de comunicación y la organización gremial. Así lo destacan recorres de prensa tolimenses y nacionales como *El Tiempo*.

En la década de 1950, se presentó la posibilidad para que los Laserna incursionaran en un medio de comunicación en la capital tolimense; con los años, este quedaría en control total de Guillermo como su único dueño y, posteriormente, sería heredado a sus hijos. Este medio de comunicación es lo que hoy conocemos como *La Voz del Tolima*, emisora puesta en funcionamiento desde el 15 de diciembre de 1954. Inicialmente, estuvo en el dial 950 A.M. y luego cambió al preferencial 870 A.M. Su emisión comenzó en los estudios de la calle 12 # 2 - 37, piso cuarto del edificio Cuéllar Velandia en Ibagué. Los transmisores fueron localizados en Buenos Aires, pero ante la llegada de la planta de *Cementos Diamante*, se canjeó por un lote en Picalaña. Sus transmisores de onda corta fueron famosos tanto nacional como internacionalmente y sirvieron para que se escuchara fuera del país. Formó parte del Circuito Todelar de Colombia y pasó de ser estatal a manos de socios locales como Guillermo Laserna, Nicolás González, Álvaro Bravo, Luis Carlos Ramírez Gutiérrez, Eduardo Sarmiento, Juan y Tulio Jiménez, Jorge Mejía, Santiago Rendón y Fernando Restrepo, quienes, a su vez, constituyeron una sociedad denominada *La Voz del Tolima LTDA* con ese patrimonio.



Guillermo Laserna con su hijo Paulo Laserna.

Algunos años después, hubo diferencias entre socios y se definió su venta a una cadena radial a la que Guillermo ofreció el pago de una suma mayor a la que cualquiera pudiera ofrecer. Con ello, quedó como único propietario de la emisora, que más tarde trasladó sus estudios a propiedades de los Laserna en la Calle 12, entre las carreras primera y segunda donde aún funciona. Con el tiempo, les cedería sus derechos a sus hijos Carmen y Paulo; después, Paulo quedaría como único dueño.

Ha sido la emisora por la cual han pasado reconocidas voces tolimenses y periodistas de amplia trayectoria; el único radioteatro que ha funcionado en Ibagué lo tuvo esa estación, entre otros logros históricos para los medios de comunicación locales. Nicolás González y Guillermo Laserna vieron también el negocio de otra emisora y adquirieron *La Voz de Honda* en 1967, pero no tuvo la misma suerte que la de la capital tolimense y llegó a su fin en 1984, contó su hijo comunicador, Paulo.

En cuanto a la organización gremial, Guillermo tuvo un rol central en organizaciones hoy ampliamente conocidas como *Fedearroz* y *Serviarroz*. La primera es la agremiación que recoge a todos los arroceros

del país y la segunda reúne a los arroceros de la meseta de Ibagué y sectores circunvecinos; inició sus labores como la *Cooperativa Serviarroz Ltda.*, y ya cumplió 50 años en funcionamiento. Por su parte, la historia de *Fedearroz* habla del año 1947 en el que Gildardo Armel, un cultivador de Ortega, logró hacer sentar en el mismo sitio a Delio Suárez, José Raad y Guillermo Laserna para hablar de unirse y lograr metas comunes. En 1948 ya pudieron obtener la atención de muchos otros arroceros del país y fortalecer aquello que, con el tiempo, se llamaría la Federación Nacional de Arroceros. De esta forma, se consolidaba un grupo que buscaba resolver las dificultades que el Estado no lograba mejorar. Las zonas de Ibagué, Espinal, Saldaña, Ortega, Alvarado, Venadillo, Lérída, Ambalema y Armero lograron mejorar las condiciones de siembra y distribución del producto, semillas y costos de agroquímicos, dice su yerno Fernando Uribe.



Guillermo Laserna Pinzón. Fuente: Arturo Aparicio.

Esta agremiación llegó a tener tal fuerza nacional que el propio Congreso, por ley, en 1963 creó la Cuota de Fomento Arrocero. Esto ha permitido invertir en el campo de la investigación, transferencia y tecnología, así como en la comercialización del grano. En el 2020

cumplió 73 años de existencia y cuenta con 20 seccionales, plantas de semilla certificada, planta de agroquímicos, centro de investigación, plantas de secamiento, almacenamiento, trilla y secamiento de arroz. La Unión de Arroceros también fue parte de su labor gremial, integrando a sus creadores desde el 26 de julio de 1965; a partir de ella, se crearía la marca ‘Arroz Supremo’. Fue, igualmente, socio fundador y aportante inicial en la Corporación de Cuencas del Tolima - Corcuencas, contó su yerno Fernando Uribe.

El legado de Guillermo

Guillermo fue considerado como un empresario muy serio en sus negocios, disciplinado en sus cuentas y en sus compromisos. Sus conceptos en todos los sectores en los que intervino fueron tenidos en cuenta no solo por el éxito logrado en sus propios proyectos, sino porque, además, era destacable su forma de afrontarlos. Era muy estricto al negociar y en la forma como esperaba ser correspondido. Siempre estuvo alejado del protagonismo, y casi que solo en el medio radial del que fue dueño participó dando declaraciones, narró su hijo Paulo.

A los 96 años dejó de existir, luego de una temporada en la que su salud no fue la mejor. Dejó sus negocios en manos de sus hijos y su yerno. Indudablemente, fue un bastión en los emprendimientos de la familia pero, sobre todo, en aquellos que se desarrollaron en territorio tolimense, aseguran sus dos hijos al recordar su legado.

Fuentes: Paulo Laserna Phillips (hijo)
Carmen Laserna Phillips (hija)
Fernando Uribe (yerno)
Dorotea Laserna (sobrina)
Hernando Bonilla (historiador)
Arturo Aparicio (recortes de prensa y fotos)
Prensa *El Espectador*, *El Tiempo*, *Crónicas Magazine* y *el Nuevo Día*

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Escriba una reseña de no más de diez líneas para presentar a Guillermo Laserna a alguien que no ha leído el texto; destaque los rasgos que considere más relevantes del personaje y los aspectos de su vida que constituyen un buen ejemplo para las nuevas generaciones.
2. ¿Cuáles cree que fueron los valores y cualidades que le permitieron a Guillermo Laserna convertirse en un próspero empresario?
3. ¿Cómo imagina que Guillermo Laserna alternaba la vida familiar y su papel como padre y esposo con sus responsabilidades como empresario?
4. La historia de Guillermo Laserna es también la historia de toda una familia con espíritu innovador y emprendedor que, por décadas, ha incidido en grandes proyectos de desarrollo industrial a lo largo y ancho del país. ¿Qué opina sobre la participación de grandes familias empresarias en la industria colombiana?
5. Guillermo Laserna y su familia consolidaron empresas en varios campos (agricultura, agroindustria, ganadería, minería, bebidas, farmacéutica, educación y medios de comunicación) ¿Cuáles considera qué han sido los aportes de mayor impacto para el Tolima? ¿Por qué?

María Magdalena Echeverry de Polanco

La científica que puso al Tolima en el mapa
de la genética mundial

Por: Jhonny Alexander Lozano Bermúdez

ISSN impreso: 2462-9200

ISSN digital: 2462-9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 8 (2023)

DOI: <https://doi.org/10.35707/tol/804>

Ediciones Unibagué

Salvo cuando se especifique lo contrario, las fotografías de la presente crónica hacen parte del archivo personal de Magdalena Echeverry.



Magdalena Echeverry de Polanco

“**H**ay dos momentos claves en la vida de una persona: el primero es cuando decide a qué se va a dedicar, cuál va a ser su oficio, cómo se va a ganar el pan. El segundo es cuando decide con quién va a compartir su vida, con quién se va a despertar todas las mañanas, quién va a ser el padre o la madre de sus hijos. Uno se la puede pasar de rumba toda la vida, pero en esos dos momentos, hay que tomarse todo con seriedad”.

El consejo es contundente y contrasta con la voz dulce que lo dice. Así es María Magdalena Echeverry de Polanco. La genetista, la abuela, la mamá, la esposa, la patrona de Santafé de los Guaduales; la hija del memorable doctor Raúl Echeverry Echeverry, la hermana con funciones de madre, la maestra incomparable. Ella tiene un espíritu de alquimista capaz de amalgamar fuerzas presuntamente incompatibles. Ella es más que dualidad; es multiplicidad, diversidad, universo. “María Magdalena es sistemática y obsesiva con el método científico; pero también se

sorprende como una niña cuando descubre algo nuevo” afirma Mabel Bohórquez, compañera de investigación. “Hacer las cosas bien es un *modus vivendi*” ese es un su mantra, su manera de definirse, el secreto que la ha llevado a ser la primera persona en recibir un doctorado en genética de una universidad colombiana en 1998, a ser investigadora emérita de Colciencias y de la Universidad del Tolima, a recibir las órdenes de la democracia en grado de comendador en 1999 y del Congreso de Colombia en Grado de Caballero, otorgada por el Senado de la República de Colombia en el 2009.

El escenario es Santafé de los Guaduales, una reserva ecológica ubicada en la vereda Cañadas Potrerito de Ibagué. Allí, María Magdalena juega de local. A sus 74 años, ella deambula con propiedad y suficiencia, mientras da instrucciones a sus empleados y habla de su vida. El lugar transmite paz. “Lo hemos dotado de la mejor energía posible, porque le hemos puesto mucho amor a este proyecto”. Cerca a la entrada de la reserva hay una laguna pequeña. Las tortugas se acercan con curiosidad cuando hay conversación. Los colibríes hacen visita de médico a las flores. Las mariposas se empeñan en justificar la reputación del lugar. Ellas bailotean por todo el sitio y en el sendero que lleva su nombre deleitan a los visitantes. El lugar y la voz de Magdalena tienen una complicidad singular. De pronto, sientes que estás en casa y que la impresionante trayectoria científica de una mujer líder en investigaciones en genética poblacional fluye en el discurso apacible de una anfitriona cariñosa.

Nacer en Bogotá, pero vivir amando el Magdalena



Magdalena, la tercera niña de izquierda a derecha en una boda en Armero, Tolima

María Magdalena visita sus primeros recuerdos con la mirada perdida entre la naturaleza de Santafé de los Guaduales. Le cambia la voz y también el nombre. Ahora se llama Magolita y es una niña que juega a ser dama de honor en una boda. Ella lleva la cola de una novia que con distinción se aproximaba al altar. Armero era el lugar del matrimonio, pero Magolita vivía en El Espinal. “En la boda todos estaban elegantes. Todos tenían vestidos de paño, a pesar del calor de Armero”. Magolita evoca una añoranza de unión, de celebración, de alegría con su familia en sus primeros años de vida.



Magdalena en un traje especial para el retrato. Una de sus fotos favoritas de la infancia

En el bochorno de El Espinal, la familia Echeverry Arango habitaba una casa tan grande que servía de bodega. *Cogra*, la empresa para la que trabajaba el destacado botánico Raúl Echeverry Echeverry, padre de Magdalena, guardaba bultos de ajonjolí, de algodón, de arroz y otros productos propios de la región en la casa. “Mis hermanos y yo jugábamos y mi abuelita se angustiaba mucho de pensar que todos estuviéramos trepando entre bultos y corriendo entre camiones que llegaban a recoger la mercancía”.

Magolita nació en Bogotá por accidente. No hay nada que la conecte con la capital. En El Espinal, en cambio, no solamente recuerda los juegos en la ‘casa bodega’, sino también su llegada al colegio Sagrado Corazón de El Espinal. “Me llevaron como la mascota del colegio porque yo estaba muy pequeñita”. Las religiosas encargadas del colegio la adoptaron, la educaron y le sembraron en el alma un amor entrañable que todavía recuerda con gratitud. Magolita prácticamente nació en la academia. Siempre estuvo rodeada de libros, de conocimiento, de profesores y de ciencia. Las monjitas eran sus cómplices. Ellas la mimaban, le enseñaban y la llevaban a las clases de niñas más grandes. “Una vez me oriné encima de una de las monjitas, mientras daba clase” confiesa entre risas una Magdalena que se sonroja mientras se remonta a una infancia en la que tuvo siempre juegos y conocimiento a la mano.

En la casa de Magolita las mañanas eran calurosas y tranquilas, pero una vez, un Jeep interrumpió la jornada. Por instrucciones del General Gabriel París el carro había llegado con algunos militares que con ademanes ceremoniales bajaban una caja gigantesca. Los niños se



*La señora Ana Joaquina Arango,
madre de Magdalena*

agolparon con curiosidad para sorprenderse. El cajón gigante se abrió y vieron un artefacto metálico voluminoso con una barriga de vidrio: un televisor había llegado a la casa como obsequio del general al doctor Echeverry. Magolita fue una de las primeras personas en ver televisión en El Espinal. “Veía mucho Perry Mason, una serie americana que me encantaba. También recuerdo la llegada de Pacheco y la aparición de Gloria Valencia de Castaño”. La amplitud de la casa permitía que el aparato convocara a varios vecinos del sector que se informaban y entretenían con la novedad mediática.

Magolita tuvo una madre que murió joven. Doña Ana Joaquina Arango tuvo 42 años para dejar un legado de 5 hijos y una conducta compulsiva por la perfección, algo que Magolita evidentemente heredó. “Mi mamá era una mujer mágica. La limpieza y el orden eran su obsesión. Siempre tuvo todo al día y administraba una familia que demandaba atención y afecto por igual”.

Doña Quina, mujer de ideas liberales y una fe religiosa a prueba de todo, presidía la casa con suficiencia. “Mi mamá era amante de las promesas a los santos y a los papas”. Cuando la familia apenas empezaba a crecer, su hermano Gustavo había batallado con una enfermedad que se pierde en la estela del recuerdo. Doña Quina, entre la angustia y la esperanza, acudió al recurso de la promesa a los santos. “Mi mamá prometió que si Gustavo se mejoraba, Augusto y yo nos íbamos a vestir de franciscanos durante todo un año”. Cumplir la promesa tenía como desafío que los niños se aguantaran los trajes durante todo el día en el calor insoportable de El Espinal. Por fortuna para los hermanitos Echeverry, el párroco le propuso un plan de pagos alternativo a la promesa de doña Quina. “El padre le dijo a mi mamá que vestir a los niños de franciscanos todo un año era muy duro para ellos. Entonces le cambió la promesa para que solamente durante la misa los mandara vestidos de cura y monja, pero ya no teníamos que hacerlo todo el día. Para nosotros fue un alivio. Yo tenía unos 6 años y fue una maravilla que no tuviéramos que estar vestidos de franciscanos todo el día”.

Magdalena disfruta del viaje en el que se remonta a su infancia. “Yo podría pasarme todo el día contando historias de mi niñez”. Del catálogo de anécdotas de Magolita hay dos que realmente vale la pena reseñar. La primera tiene lugar en la casa de El Espinal. Ana Joaquina,

la madre de Magdalena, recibía la asistencia de una mujer llamada Carmen. Doña Quina aseguraba que Carmen era la persona que mejor planchaba en el mundo. “Mi mamá vivía enamorada de la forma en la que esa señora planchaba”. Lo extraño de esta mujer era que siempre tenía dos acompañantes: sus mascotas. Nada raro en que una mujer fuera al trabajo con sus mascotas si no tenía a quién dejárselas, pero en este caso, las mascotas eran un tigrillo y un chulo. Sí, un ave rapaz y un felino cazador por naturaleza. El dúo de animales despertaba una curiosidad imparable en Magolita y sus hermanos mayores. “Entonces nosotros jugábamos al circo. La señora sacaba al chulo de la jaula y nos dejaba el tigrillo para hacer el juego”. La escena de unos niños menores de 10 años jugando con látigos improvisados y un ave carroñera volando por la habitación es extraña y peligrosa, pero los niños disfrutaban del espectáculo circense que Carmen les alcahueteaba. “Obviamente mi mamá ni se enteraba de que nosotros jugábamos con el tigrillo y el chulo”. El circo se acabó una tarde cuando el tigrillo, por una maniobra de Carmen que lo molestó, le mordió la mano a su dueña y ella terminó en el hospital. “No recuerdo qué pasó con la señora, pero nunca me voy a olvidar de esas mascotas que nos prestaba para jugar al circo”.

La segunda anécdota de Magolita en su infancia tiene tintes navideños. Entre el olor a natilla y el calor del aceite para los buñuelos, Magdalena recuerda que toda la familia se reunía para armar un pesebre monumental en casa. “Mi papá, mi mamá, mis hermanos... todos nos poníamos a la tarea de armarlo porque era una atracción para toda la comunidad. Incluso el padre de la parroquia de la catedral iba a visitar y a bendecir el pesebre”; ríos con aguas móviles, efectos de nieve o tormenta de arena, luces, un volcán que hacía erupción. Todo lo que Magolita describe de ese pesebre nos ubica frente a una obra colosal que resumía el ingenio, la creatividad y la unión familiar que se respiraba en la casa de los Echeverry Arango.

En esas navidades ocurría algo extraño en la familia. El matrimonio del doctor Raúl y doña Ana Joaquina tenía que apelar a la recursividad para alegrar los diciembres de los hijos cada vez más numerosos. Magolita confiesa que siempre todos recibían regalos. “Como éramos tantos hermanos y tan seguidos, siempre alguno estaba en edad de necesitar un coche, otro un caminador, otro un triciclo, otro una cicla y así. Eso sí, nadie se quedaba sin regalo”. Ante tantos hijos por complacer, don

Raúl se ingenió una táctica que le permitió mantener la ilusión de los niños, pese a que económicamente la tarea del regalo de navidad era prácticamente inviable. “Todos los regalos que se recibían en navidad misteriosamente empezaban a perderse en octubre. Gustavito, se perdió tu bicicleta, Augustico se robaron tu triciclo. Después mágicamente todos volvíamos a recibir regalos, pintados de otro color. La cicla que era verde, ahora era roja; el triciclo azul, ahora era amarillo. Mi papá fue muy ingenioso y tenía que serlo porque mantener a tantos hijos no era nada fácil”.

El dolor de la madurez

El espíritu de Raúl Echeverry Echeverry está presente en cada recuerdo evocado por Magdalena. Muchas historias que narra tienen como destino irremediable el nombre de su padre. Aparte de ser un referente científico que tenía en su propia casa, el doctor Raúl era un hombre de convicciones innegociables. Un episodio que marcó de manera significativa a Magdalena tuvo como protagonista a su padre. Raúl obtuvo una beca que le permitió estudiar una especialización en México. Allí, la familia se haría aún más grande y a Magdalena le quedaría en el alma la experiencia de haber vivido en Pátzcuaro, Michoacán. Es tan grande el recuerdo de ese tiempo, que Magdalena puede dibujar con palabras y precisión asombrosa la magnificencia del paisaje y la monumentalidad que el lugar le ofrecía.



Magdalena con su familia en México

Pátzcuaro es una ciudad colonial. Tiene una isla con una estatua inmensa de Morelos. La estatua está hueca y llena de murales de la revolución mexicana. “Es hermoso ver la forma en que los mexicanos narran su historia con la pintura”. La familia fue muy feliz durante su estancia en México. La llegada de un nuevo integrante los llenó aún más de amor y unión. “Allá nació mi hermano ‘el charro’. Así le decimos, pero su nombre real es: Jesús Ernesto Guadalupe de la Salud”. Las amigas de doña Quina la convencieron de incluir los nombres Guadalupe de la Salud en el registro de su hijo para homenajear a las vírgenes patronas de orden nacional y local. “Mi mamá les comió cuento y mi hermano se quedó con el recuerdo de México en el nombre”.

La juventud de María Magdalena se repartía entre estudiar en el Colegio Oficial (hoy Santa Teresa de Jesús) y asistir en labores de hogar a su mamá. “Parte de mi formación consistía en prepararme para ser algo más que una hermana mayor. Parecía que mi mamá ya intuía que necesitaba a alguien para cuando ella faltara”. Así fue. Desafortunadamente, doña Ana Joaquina Arango Palacio falleció en 1969. Un aneurisma acabó con la vida de una mujer a quien Magolita describe como inteligente, trabajadora y perfeccionista. “Mi mamá mantenía la casa impecable. La familia tenía mucho trabajo, pero ella siempre hacía todo con un nivel de perfección tremendo. Mantenía los pañales de los bebés impecables. Ella metía algodones con perfume en los armarios y cuando uno los abría olía a rosas”. Doña Ana Joaquina tuvo un episodio cerebrovascular. Después de estar dos semanas internada en una clínica murió a los 42 años. El vacío natural que dejaba en la familia requería de mucho carácter y templanza por parte de sus hijos y de su esposo.

El *hasta que la muerte los separe* que bendice el cura en la iglesia tiene tintes románticos e incluso cursis cuando se celebra una boda. Pero cuando la sentencia se confirma en la realidad el mundo parece desvanecerse en migas luctuosas y desesperanzadoras. La familia Echeverry Arango enfrentó la partida de Ana Joaquina tomando decisiones sobre el futuro. En esa tarea de reconfigurar la familia y barajar de nuevo para enfrentar el porvenir, Raúl tuvo una determinación infranqueable que influyó en el destino de María Magdalena. “Yo tenía una tía que era monja y ella me envió una carta diciéndome que Dios me pedía que, ante la muerte de mi mamá, yo dejara mis estudios y me dedicara al cuidado de mis hermanos y a acompañar a mi papá”.

En 1969 era común que los hermanos mayores asumieran desde una edad temprana responsabilidades casi paternas. Si bien Magolita había recibido algo de entrenamiento por parte de su mamá, ella todavía se consideraba una ‘niña consentida’. Cuando evoca esta encrucijada, su gesto se profundiza. Su mirada se vuelve aguda y evoca el momento justo en que el dolor la hizo madurar.

“Cuando recibí la carta de mi tía la monja decidí consultar con mis abuelas Waldina y Carlota sobre qué hacer con mi futuro”. Las dos abuelas coincidieron por separado en el diagnóstico: “Hable eso con su papá porque es un tema complicado”. La prudencia de las abuelas llevó a Magolita a tener una conversación trascendental con su padre y mentor. Raúl leyó la carta y guardó silencio. En la noche, al finalizar el novenario por el alma de Ana Joaquina, Raúl agradeció la presencia de familiares y amigos. Con calma y la cadencia en el discurso, propia de los maestros, el hombre dejó claro que sus hijos seguían siendo responsabilidad propia. Reprobó que se hicieran planes repartiendo a los niños entre tías y abuelas. Después, delante de todos, les habló a sus hijos y con franqueza sentenció: “esta es una casa en la que no hay mamá, pero la familia no se ha acabado”. Por último, Raúl se dirigió a María Magdalena: “Yo no quiero mártires en mi casa. No quiero mujeres que no hayan estudiado, ni se hayan casado por estar cuidando hermanos o a su papá. Usted sígue en la universidad. Vamos a salir adelante de esta situación”.

María Magdalena y sus amores



Magdalena en una de sus primeras prácticas universitarias

Hay un sendero en Santafé de los Guaduales que conduce a un domo con apariencia de lugar de culto prehispánico. Este temazcal es un sitio único en la región. En las entrañas de la bóveda hay un centro lleno de piedras. “Esas piedras se calientan para el ritual, se mezclan con unas hierbas aromáticas y se inicia la purificación”. El techo del recinto recrea las mismas estrellas que se podrían observar en una noche de cielo abierto en ese punto del mundo. Sobre la cubierta hay diseños que Laura, la hija menor, dibujó para ambientar la experiencia. El temazcal es una suerte de sauna antiguo que apela al principio de que el calor puede purgar malestares espirituales y dolencias físicas. María Magdalena Echeverry, una académica y científica destacada en el país, habla con profundo respeto sobre las prácticas ancestrales y los saberes empíricos. “El cosmos tiene muchas maravillas. Yo amo la ciencia, pero me encanta contemplar la magia que habita en las plantas, en la gente, en la vida misma”.



Magdalena recibe su grado como licenciada en biología y química, 1973

María Magdalena se instala en el interior del temazcal y empieza a develar cómo empezó a enamorarse de la ciencia. “Yo siento que mi compromiso con la investigación se dio gracias a las salidas de campo que hacíamos con mi papá”. Se graduó de su licenciatura en biología y química en 1973 en la Universidad del Tolima. Mientras adelantaba sus estudios, Magdalena tuvo la oportunidad de viajar dos veces a la sierra de la Macarena. Estas salidas de campo eran organizadas por su padre, quien a la vez fungía como maestro. Roberto Jaramillo Mejía, botánico de la Universidad Nacional, era el coequipero de viajes. “Yo aprendí mucho de ellos dos. El doctor Jaramillo tenía una pasión inmensa por la fotografía. En todas las salidas tomaba las fotos. Él tenía una caja mágica en la que cargaba dados, cartas, dominós y otras amenidades; pero también cargaba una estufita y sacaba sopas de sobre y café para darnos cuando nos quedábamos varados”.

Magdalena cuenta que el doctor Jaramillo tenía un liderazgo admirable y una calidad humana inolvidable. Su papá era un coleccionista compulsivo. Sus amigos lo conocían como ‘el vigilante de la tierra’. El legado del padre aparece continuamente en el relato de María Magdalena. Con una sonrisa generosa, ella señala el nombre de las dos especies que llevan el nombre de su padre: *Baccharis raulii* Díaz & Cuatrecasas y *la Meliosma echeverryana* Cuatr.

Al lado de sus dos maestros, María Magdalena tuvo en esas salidas de campo un escenario ideal para apasionarse por la investigación. Los caminos, las trochas, los ríos, los cerros de la Macarena configuraron en su alma un derrotero por seguir. El anhelo de buscar respuestas estaba en su impronta, hacía parte de su genética. Pese a que Raúl quería que su hija siguiera la línea botánica que él había trazado con altura, la inclinación de Magdalena hacia la genética fue imparable.

“Yo crecí junto a la genética como ciencia”. Haber atestiguado generacionalmente los descubrimientos más prominentes de esta disciplina sembró en Magdalena una curiosidad progresiva. Develar los secretos de la vida. Asomarse a la intimidad de células que en una tensión constante entre azar y propósito danzan para tejer evolución. Magdalena es una investigadora rigurosa y metódica, pero el amor que siente por la genética se escapa en la musicalidad de su discurso cuando habla de ella.



Raúl Echeverry en una de las fotos más preciadas por Magdalena

Para volver ciencia ese sentimiento, ella se valió de una especie exitosa como pocas. Es usual que las odiamos, es común que busquemos formas de matarlas y su presencia es perturbadora y molesta. Sin embargo, Magdalena entabló una relación científica con ellas: las moscas.

“Hice mi tesis de maestría sobre la *Drosophila pseudoobscura* y el doctorado sobre la *Drosophila repleta*. Ambos estudios de la Universidad de los Andes. Estas especies le permiten a uno observar cambios, adaptaciones, mutaciones; a fin de cuentas, son una ventanita para mirar la evolución. Estas especies han evolucionado por inversiones en sus cromosomas”.

En el marco apacible de Santafé de los Guaduales, habla con tono magistral sobre cómo la genética despliega su universo. Explica con sencillez, con claridad y cadencia la forma en que las moscas participan de la dinámica evolutiva. “Es mucho lo que se puede aprender cuando se observa en detalle lo que hacen las moscas como especie, pero lo más maravilloso de todo es que se le puede enseñar a los estudiantes y eso es muy gratificante para mí”.

Magdalena desarrolló un programa de investigación en la Universidad del Tolima. Se establecieron comparaciones entre las especies *drosophila repleta* que habitan el desierto de la Tatacoa y el desierto de la Guajira. Este ejercicio permitía observar en dos poblaciones de moscas que no tenían posibilidades de cruzarse entre sí, por la distancia geográfica, las formas de adaptación y mutación que se daban en estas especies.

Con la compañía de la investigadora Marina Ordóñez, Magdalena hacía cruces entre machos y hembras de las moscas de cada desierto, luego hacían seguimiento, observaban y sacaban conclusiones. Este ciclo se repetía cada año, durante su permanencia en la Universidad del Tolima.

Las travesías detrás de las moscas llevaron a Magdalena a cruzarse con la ‘reina del desierto’. Existió en la Tatacoa una mujer que nunca usó zapatos y que tenía como destino manifiesto custodiar la obra de Dios en la Tierra: Rosalía. Ese nombre se pronuncia con nostalgia, admiración y gratitud. “Rosalía murió en el 2009, no pude ir a su entierro porque estaba de viaje en Santiago de Compostela. Ella era una mujer increíble, valiente, autónoma; era la reina del desierto”.

Rosalía recibió muchas veces a Magdalena cuando llegaba a monitorear los avances de las moscas. “Ella era una mujer fuerte, invencible”. Todos los adjetivos de la descripción apuntan a un cariño inmenso y a una admiración profunda. Magdalena en Rosalía vio encarnadas todas las virtudes de resistencia y valentía que una mujer puede albergar en su esencia.



Magdalena en uno de sus periplos de investigación por el desierto de la Tatacoa

El baúl de la buena esperanza

María Magdalena está rodeada de Raules. La inusual coincidencia se empezó a fraguar cuando un gigante de barba poblada y pinta de *hippie* se interesó en ella. “Yo estaba en el grado de mi hermano Raúl y ahí él

me conoció.” Raúl, por su parte, estaba seguro de que cuando vio a ‘la mona’ por primera vez, ella iba a ser la mujer de su vida.



*Magdalena y Raúl en su matrimonio,
Ibagué, abril de 1974*

En Santafé de los Guaduales hay un concierto de aves que adornan el lugar con su apacible canto. El verde del sitio es sobrecogedor. Las postales que ofrece son de una belleza irrepetible. En ese marco, aparece un hombre con un físico propio del Polo Norte. Con la barba blanca y el cabello tan rebelde como su espíritu, Raúl Polanco deambula por el sitio con firmeza, da instrucciones y pone su impronta en todo lo que hace.

Ese hombre parecido a Papá Noel es el amor por el que Magdalena suspira con ternura. Desde el 6 de abril de 1974, Raúl y María Magdalena oficializaron ante Dios la decisión de permanecer juntos por siempre. Pero antes del matrimonio hubo una historia de cómo se conocieron: “Yo estaba en el grado de mi hermano Raúl en la universidad”. Magdalena se embarca en el recuerdo para contar detalles sobre cómo construyó con Raúl un amor para toda la vida. La primera parada nos lleva al baúl de la buena esperanza. “Una vez llegó él con un baúl en el que tenía su propio traje de bodas, su partida de bautismo y las argollas. Ya estoy listo para casarme, dijo. A ese baúl lo llamamos el de la buena esperanza.

Poco a poco lo fuimos llenando de cosas y, cuando estuvimos listos, nos casamos”.



Magdalena en el grado de su hermano mayor Raúl

Cuando hablan de la época en la que fueron novios, Magdalena y Raúl entrelazan sus discursos con la complicidad que han forjado en 48 años de unión. “Él me llevaba serenatas y me cantaba: Novia mía, Mi Magdalena... ¿cuáles eran las otras?” “Cuando estemos viejos, Serenata de amor y Rumores de serenata” completa él. Magdalena sonríe y con la cara iluminada empieza a tararear las canciones. Yo me alejo del rol de cronista y les ofrezco la posibilidad de crear una lista de reproducción con las canciones. Coleccionamos los títulos en *Spotify* y dejamos la selección musical que acompasaba los primeros cuadros de amor que tenían a Magdalena y a Raúl como protagonistas.

Del matrimonio Polanco Echeverry retoñaron cinco hijos. Cuatro mujeres y un hombre. Guadalupe María nació el 8 de julio de 1975. El 28 de octubre del siguiente año llegó Diana Nayibe. María Magdalena ‘gusanito’ nació el 23 de septiembre de 1982. Raúl, el único hombre, nació el 9 de junio de 1984 y finalmente, Laura sería la última hija de la unión y nacería el 21 de enero de 1988.

“Yo no tengo hijos favoritos. Ellos siempre discuten por cuál es el favorito. A veces dicen que Raúl es el favorito por ser el único varón. Otras veces dicen que es Lupe por ser la mayor. Después que no, que la



Los hijos de Magdalena: Raúl, María, Diana, Guadalupe. Aún no nacía Laura, la menor

favorita es Laura por ser la menor o Diana por alguna cosa o ‘gusanito’ porque es la más picacona. Ellos tienen esas discusiones amistosas, pero no. Todos son igual de favoritos. Los hijos son una maravilla”.

Magdalena y Raúl siempre hicieron de sus hijos parte del equipaje en sus aventuras. “Yo me cargaba a mis muchachitos para todo lado”. Magdalena narra sus experiencias como madre y científica a la vez. Este es, sin duda, un renglón singular en la historia de vida de ella. Ciencia y maternidad no tienen que estar separadas. Ella encontró en sus hijos vitalidad, compañía y fuerza para seguir en su obsesivo camino científico.

La unión entre Magdalena y Raúl es el encuentro de dos almas que han tejido una historia de amor y comprensión por más de cuatro décadas. “Conmigo irás mientras proyecte sombra mi cuerpo y quede a mi sandalia arena” dice Antonio Machado en el poema *Arde en tus ojos*. Sin duda, ‘la mona’ y ‘el gordo’ seguirán alimentando sus almas mutuamente en un tiempo que avanza apacible, en unos días en los que siguen trabajando en su proyecto ecológico ‘Santafé de los Guaduales’. Seguirán los dos amantes en la custodia irrenunciable a la naturaleza que los ha hecho sentir siempre que el lugar correcto del mundo es el espacio que hay entre sus miradas.



Magdalena y Raúl en la entrega de la Orden en grado de caballero del senador de la República, 2009

La mujer que hace ciencia

La mujer ha tenido que combatir con muchos mitos. Uno de ellos dice que la mujer debe dedicarse al hogar y que, si quiere estudiar, entonces no debe tener hijos. Eso no es así. Uno puede hacer las dos cosas a la vez. La científica, la madre, la esposa. Esa versatilidad que de forma dulce encarna Magdalena es el testimonio de su legado. Sin perder su amabilidad y desparpajo habla de ciencia con una naturalidad que asombra. La sencillez de su discurso contrasta con el universo de teoría que sustenta su práctica científica y docente.

“La genética es maravillosa. Es una disciplina que se puede estudiar desde cualquier ciencia. Nos ayuda a entender mucho de lo que pasa en nuestra vida y en el mundo”. Magdalena hizo la maestría y el doctorado en el Instituto de genética de la Universidad de los Andes.

“Yo estaba enamorada de mis moscas” confiesa con una carcajada. Pero en el 2003 llegó una invitación por parte de su yerno que orientaría su interés de investigación. “Él se fue a estudiar a Inglaterra y después

de hacer su doctorado consiguió trabajo en el Cancer Research UK. Ahí pidió que le colaborara, que me pasara de genética de moscas a la humana para estudiar el cáncer”. No fue fácil para ella. La dedicación a las moscas le había dado un lugar en el mundo académico, le había dado un espacio pedagógico en el que podía mostrarle a sus estudiantes una pequeña parte de la evolución. “Luis Guillermo me insistió y finalmente acepté. Esa decisión trajo buenas oportunidades, porque el cáncer es un tema que recibe mucha más atención y financiación que las moscas”.

La disposición de recursos para adelantar investigaciones en torno al cáncer permitió que afloraran ejercicios valiosos para la comunidad científica.



Mapas de genética de una de sus investigaciones en especies de Drosophila



Magdalena recibe su doctorado en genética, 1998

La oportunidad de acercarse a la genética humana le permitió a Magdalena proyectarse aún más en el competitivo mundo de la academia. Su amplia experiencia en trabajo genético con moscas le permitió insertarse rápidamente en las dinámicas propias de la genética humana. “Lideramos el proyecto Chibcha desde aquí de Colombia. Ese proyecto permitió dotar un laboratorio de genética en la Universidad del Tolima con equipos de primera”. Las inversiones gestionadas por Magdalena en su grupo de investigación no solamente han contribuido en lo instrumental; desde lo formativo, la región también se ha visto beneficiada con el número importante de científicos que han sido formados gracias a los recursos obtenidos en el marco de este y otros programas. “Hemos podido becar a varios estudiantes para hacer maestrías,

doctorados, estancias doctorales, pasantías”. Sin duda, la labor de Magdalena Echeverry como promotora de nuevas generaciones es digna de reconocimiento y exaltación.

Todo el trabajo de Magdalena no ha pasado inadvertido. Un artículo publicado en el portal *Tolima Online* señala que en 1999 la Cámara de Representantes le otorgó la Orden de la democracia en grado de comendador. Diez años más tarde, el Senado de la República le confirió la Orden del Congreso en grado de caballero por sus aportes a la comunidad científica. Estas distinciones se suman a los reconocimientos de Colciencias y de la Universidad del Tolima como investigadora emérita.

Todos los reconocimientos y el prestigio que ha cosechado se manifiestan en la sencillez de su oralidad cuando explica genética, cuando expone la biología, cuando habla de mutaciones. “¿Cómo se puede explicar qué es el cáncer?”, le pregunto. Ella sonríe como alguien que está acostumbrado a contestar la misma pregunta varias veces. “Usted tiene varios trillones de células en su cuerpo. Cada célula tiene un núcleo y ahí usted encuentra 46 cromosomas, 23 los aporta su mamá, 23 su papá”. La explicación se va a la génesis misma de la vida. Después de versar con naturalidad y claridad sobre las interacciones de los genes ella concluye: “el cáncer casi nunca tiene un componente de riesgo hereditario. Puede tener un trasfondo genético, pero eso no significa que el cáncer de colon que mató a un bisabuelo a los 80 lo vaya a heredar el bisnieto”. Su discurso es sencillo, concreto y claro. Cada frase tiene un propósito pedagógico. Hablar de cáncer es un ejercicio complejo, trascendental; ella, en contraste, lo naturaliza. Magdalena, lejos de la angustia y la desazón, ofrece una explicación racional de todas las mutaciones que pueden aparecer en esa tensión insondable entre azar y propósito que tenemos en nuestras células.

Lo mágico e inexplicable de la vida

Fernando Savater afirma que es muy pretencioso que un mamífero aspire a descifrar todos los misterios del cosmos. Hay fenómenos que escapan a la eficacia de la explicación científica. Pese a que su carrera como genetista ha tenido una impecable y metódica trayectoria demostrando hechos, ella afirma que lo esotérico, lo ancestral y otras formas de ver el mundo han sido estigmatizadas por parte de la mirada colonialista de occidente. “La mente es un campo insondable, un universo que todavía

nos resulta muy desconocido”. Magdalena cree que el miedo ha retenido a la gente a explorar las posibilidades que la mente puede traer.

Magdalena es una mujer de curiosidad infinita. Cuando era niña devoraba las novelas clásicas de Dostoievski; leía a Dumas a Tolstoi y varias obras monumentales más apropiadas para adultos. A medida que fue creciendo empezó a interesarse en el tarot. “Las cartas, el péndulo, el tarot todo eso son mecanismos para conectarse con la forma de pensar de la persona que consulta”. Con claridad, ella explica cómo la consciencia de la gente es capaz de orientar las decisiones que muchas veces parecen confusas. “En el fondo nosotros siempre sabemos qué es lo que queremos y podemos hacer. Pero la gente cree que necesita de esos instrumentos para concentrarse. En últimas es una cuestión de escuchar y orientar”.

Abrir la puerta de lo espiritual, de lo abstracto frente a alguien que es sinónimo de ciencia es peculiar. Sin embargo, Magdalena mezcla pragmatismo y naturalidad cuando habla de la muerte, de la fe, de la religión. “En el mundo de la ciencia en ocasiones se menosprecia a quienes creemos. Yo no tengo problema. Sé y soy consciente de que somos producto de la evolución, pero eso no tiene que reñir con mi fe católica”. La capilla de Santafé de los Guaduales da testimonio de su sentir y de sus creencias.

“Después de un viaje maravilloso con Raúl cuando hicimos el camino de Santiago de Compostela, vendí una propiedad que mi mamá me había heredado. Con ese dinero decidí construir la capilla”. Para ella, ese recinto es una forma de expresar gratitud de forma pública y tangible por todo lo que ha vivido como profesional, esposa, madre y amiga. “No sé cómo te llames. Te pueden llamar Dios, Cristo, Jehová; pero te he sentido, me he sentido protegida y he atestiguado tus milagros. Doy gracias por todo”.

La gratitud y el amor se hacen carne en Magdalena. Para ella, su apego más fuerte a la vida es su relación con Raúl. “Yo soy consciente de que Raúl y yo ya hemos vivido más de tres cuartos de nuestra vida. Aspiro a recibir a la muerte de forma tranquila, digna y sin dramas. Eso sí, reconozco que la partida de él me resultaría difícil de afrontar”.

Ella habla con amor a flor de piel. Magdalena demuestra de todas las formas posibles el vínculo fuerte que la une a su esposo, el hombre

de cabello largo y barba blanca que custodia Santafé de los Guaduales y cuida de su enamorada esposa.

Epílogo

De mi madre he aprendido la valentía de ser mujer, el valor del afecto. He aprendido a escuchar, a valorar a las personas por su capacidad de construir con otros. He entendido la profundidad de la sonrisa como lenguaje universal y que el llanto es la posibilidad de un nuevo camino. Su filosofía es el amor. A ella le agradezco infinitamente por su historia porque soy parte de ella.

Laura, la hija menor, hace un resumen amoroso y preciso de lo que representa María Magdalena Echeverry de Polanco.

Esa niña que jugueteaba entre bultos de insumos con sus hermanos en los pasillos de una casa inmensa en El Espinal llegó a la cúspide del reconocimiento científico. En el trayecto tuvo ganancias profesionales, sociales y afectivas; pero nunca perdió esa mirada curiosa. Conversar con María Magdalena es sentirse en casa. Su grandeza estriba en la sencillez de su discurso. Con la calidez de una mujer generosa se brinda a quienes buscan su sabiduría.

Las nuevas generaciones tienen en Magdalena una referencia ejemplar de un talante que construye inmensidad. Quienes ejercemos la docencia podemos reconocer con facilidad la presencia de alguien magistral. Magdalena es maestra. Sus enseñanzas trascienden y su espíritu apasionado por la ciencia han sembrado en sus estudiantes un legado de rigor, ética y profesionalismo que seguirá dando frutos.

Este relato se construyó desde la voz de su propia protagonista. El escenario inmejorable de Santafé de los Guaduales dotó el paisaje para que los recuerdos y las enseñanzas se materializaran en palabras. Este proyecto editorial ha buscado a los hijos e hijas de la región que han impactado en el departamento. No busquen la huella de María Magdalena solamente en su obra científica, ni en sus laboratorios, ni en su proyecto ecológico, ni en los reconocimientos institucionales; solamente hablen con quienes han tenido la dicha de estar frente a ella, porque en nuestras almas habitarán siempre las marcas de su amor a la ciencia, de su cálida sencillez y de su pasión por la vida.

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Magdalena Echeverry tuvo una infancia llena de aventuras y anécdotas, ¿cuál de todas las que narra en esta crónica le pareció más interesante? ¿Por qué?
2. Por décadas, esta genetista tuvo a las moscas como objeto de estudio pero, por los azares de la vida científica, hace 20 años empezó a investigar sobre cáncer en humanos. Indague sobre los principales hallazgos que ha logrado esta genetista en ese campo y ‘dialogue’ con ChatGPT sobre la importancia de esos descubrimientos para la humanidad y para el estudio de dicha enfermedad.
3. Uno de los aportes más importantes de Magdalena Echeverry ha sido su trabajo como formadora de investigadores en el Tolima. ¿Por qué cree que es importante esta labor? ¿Qué impacto tiene para el desarrollo de un departamento que cuente con más investigadores y científicos?
4. Magdalena Echeverry asegura que una mujer puede ser científica, madre y esposa al mismo tiempo. ¿Qué opinión le genera esa afirmación? ¿Qué obstáculos cree que enfrentan las mujeres en su día a día para alternar su vida laboral con la familiar?
5. Ser científica y, particularmente, genetista, no han sido impedimento para que Magdalena Echeverry profese una fe católica y tampoco para profundizar en su interés por lo esotérico. ¿Coincide o discrepa con la manera en que ella integra estas visiones aparentemente contradictorias? Explique su respuesta.

José León Armero García

El padre de la república de Mariquita

Por: Guillermo Pérez Flórez

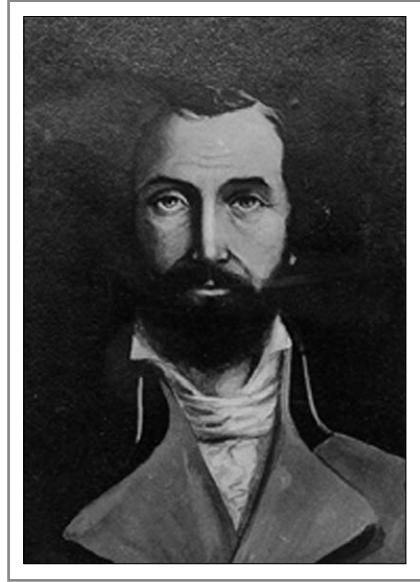
ISSN impreso: 2462-9200

ISSN digital: 2462-9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 8 (2023)

DOI: <https://doi.org/10.35707/tol/805>

Ediciones Unibagué



José León Armero García

La Universidad de Ibagué me ha conferido el honor de escribir una crónica sobre uno de los juristas y líderes más destacados de nuestra heredad, quien en los albores de la independencia nacional condujera un proceso político en tierras que hoy son el Tolima. En buena hora acomete la tarea de recuperar para las actuales y futuras generaciones la memoria de quien dejara una importante obra jurídico-política y diera muestras de tener un compromiso inimitable con el suelo en donde vio sus primeras luces.

José León Armero es uno de los personajes sobresalientes de nuestra historia durante el siglo XIX. Sin embargo, con el paso del tiempo ha quedado casi en el olvido. En 2015 formé parte de un grupo ciudadano que decidió celebrar los 200 años de la Constitución de Mariquita. La iniciativa contó con apoyo de la Gobernación del Tolima y gracias a esto fue posible hacerlo. Esta experiencia me permitió constatar el

desconocimiento que existe en la ciudadanía sobre esta gesta intelectual y política, y sobre Armero.

Armero García no fue tolimense. Al momento de su nacimiento, en San Sebastián de Mariquita el 19 de marzo de 1775, aún faltarían 96 años para que Tolima existiera. No había llegado aún ese 12 de abril de 1861, en el que el general Tomas Cipriano de Mosquera, de un plumazo, juntara las provincias de Mariquita y Neiva para crear el estado del Tolima. Nunca supo que la tierra en la que nació y por la que dio su vida se llamaría así. Sin embargo, Armero pintó el boceto del perfil humano de lo que años más tarde sería esta región: un pueblo de hombres de Estado, pensadores del derecho, de la educación y de la acción política. Este habría de desarrollarse con el paso de los años.

Antes de entrar en materia, una precisión. Este texto no pretende ser una biografía. Algunas personas como José Vicente París Lozano, Hugo Viana Castro, Álvaro Cuartas Coymat, y otros historiadores han realizado consagrados ejercicios, y es poco cuanto puede agregarse, en razón a que las fuentes históricas no abundan. De hecho, muchos de los documentos que podrían servir a esos fines fueron destruidos durante la reconquista, para que no fueran utilizados como pruebas en su contra por Pablo Morillo. Una buena parte de este período nacional y regional quedó reducido a un mundo de cenizas, imposible de reconstruir sin rigurosas investigaciones académicas. Mi propósito, entonces, es darle una contextualización al tiempo y a su obra para intentar revalorizarla. Se trata de una vivencia que tiene lugar durante la segunda década del siglo XIX, dentro del marco de la primera república, equívocamente denominada ‘Patria Boba’.

Una historia para valorizar

Fiel a la tradición castellana, nuestra historiografía tiene la tendencia a glorificar los acontecimientos militares. Se concibe la historia como un mundo de héroes y heroínas que se consagran en batallas y gestas heroicas, o un ejercicio de narración de episodios luctuosos. Es un enfoque que privilegia la espada sobre el pensamiento. Mirada así, la historia deviene en fechas, recuentos sobre batallas y anécdotas de guerreros. Esto explicaría por qué el estudio de la primera república y su vida provincial ha sido más bien limitado; una etapa que surgió de los cabildos a través de declaraciones y de expedición de constituciones.

El período 1810-1816 ha sido injustamente denominado ‘Patria Boba’, concepto utilizado por Antonio Nariño, uno de sus grandes protagonistas, en el periódico *Los toros de Fucha*, en un cruce de espadas en 1823, en el cual se siente incomprendido por el cambio de opinión sobre el modelo centralista y el acogimiento del federalista. La expresión rápidamente fue acogida en los textos de historia, y se convirtió en lugar común. Pero el calificativo infravalora la dimensión de los acontecimientos, el ejercicio intelectual de una generación que pagó con su vida y sus bienes la osadía de pensar un país que comenzaba a nacer. A esa generación perteneció José León Antonio Armero García.

Permítanme unas breves reflexiones previas que pueden contribuir a recuperar parte del valor histórico de Armero y de su obra.

La narrativa sobre la independencia tiene como mito fundacional los episodios del 20 de julio de 1810 en Santafé de Bogotá, con la declaración del cabildo, el florero de Llorente y la celeberrima intervención del tribuno José Acevedo y Gómez. Este relato pone a la capital como el origen del proceso separatista, y deja de lado acontecimientos ocurridos en otras provincias, que jugaron un papel clave durante este período, cuyo estudio podría ser de utilidad para entender la compleja realidad nacional. Esa lectura desestima, por ejemplo, que Cartagena, Cali, Pamplona, Socorro y Santa Marta conformaron juntas de gobierno y reaccionaron a la ‘vacancia regia’ antes que Santafé; proyecta la falsa idea de que durante la colonia esta tenía una importancia similar a la que hoy tiene, cuando la realidad es otra. Santafé era un punto de referencia importante por ser el lugar de residencia del virrey, pero desde la perspectiva económica y comercial otras provincias y ciudades tenían mayor relevancia.

He querido hacer esta referencia porque creo que la historia de Armero y la constitución de Mariquita, al igual que otros acontecimientos de ese período, son clave para entender el proceso de construcción del país, e incluso para entender muchos de nuestros problemas estructurales, como nos lo mostrarán los acontecimientos que tuvieron lugar en esta provincia. Es una historia que nos muestra un campo que aún hoy, en el siglo XXI, no logramos atender de manera satisfactoria: el de la gobernanza territorial. Algo que fue el principal objeto de debate político durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX, y objeto de guerras civiles.

La provincia de Mariquita

Para 1810 el virreinato de la Nueva Granada estaba dividido en dieciséis provincias: Antioquia, Cartagena, Casanare, Chocó, Mariquita, Neiva, Nóvita, Pamplona, Santafé, Santa Marta, Socorro, Tunja, Riohacha, Panamá, Popayán y Veraguas. Un territorio que abarcaba lo que son Colombia y Panamá. Cada provincia tenía su capital, su propia dinámica económica y sus propios ejes gravitacionales, y protagonizaron episodios históricos de trascendencia. Cundinamarca, por ejemplo, fue el primer estado del mundo hispánico en expedir una constitución escrita. Lo hizo un año antes que Cádiz. Las constituciones de Antioquia (1814) y Mariquita (1815) fueron las primeras en abolir la esclavitud mediante la libertad de vientres, sentando un precedente que serviría de base para que el Congreso de Cúcuta (1821) aprobara una ley similar.

Mariquita era un territorio más grande del que hoy es el Tolima. A lo largo de su existencia, su mapa tuvo variaciones; no permaneció estático durante la época colonial ni durante la republicana; período durante el cual se acentuaron los cambios. Esto ha generado confusión y dificultad para el estudio. En palabras del profesor Hermes Tovar, la provincia de Mariquita iba desde el río La Miel hasta el río Saldaña y desde el río Magdalena hasta la cordillera central.

Durante el período colonial fue provincia y corregimiento. En 1800 su espacio incluía a San José de Nare (hoy Antioquia), colindaba por el nororiente con Muzo, que pertenecía a Tunja; por el nororiente y el oriente con La Palma y la Mesa e incluía una amplia franja de la rivera oriental del Magdalena, y a las poblaciones de Síquima, Bituima, Anolaima, la Mesa de Juan Díaz, el Colegio, Tocaima, Viotá y Nilo, hoy cundinamarquesas. Por el suroccidente iba hasta límites con Caloto (provincia de Popayán) y por el sur con la de Neiva. Estos linderos nos muestran cuán extenso era, y eso que para 1815 ya ha sufrido mutilaciones. La Mariquita en donde se escenifica el sueño republicano de Armero tenía seis departamentos: Ambalema, Espinal, Honda, Ibagué, Mariquita y La Palma, cuyos delegados aprueban la Constitución. Era un espacio geográfico que se corresponde casi con lo que actualmente es el departamento del Tolima.

La ubicación geográfica le confería un valor estratégico trascendente, derivado de tener a Honda, el principal puerto del virreinato sobre el

Magdalena; considerado también la ‘Garganta del Reino’, como solía llamarla el Regente Visitador General de la Real Audiencia, Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, y ser, además, el principal conector vial con Santafé. Esta circunstancia la hizo codiciada por Cundinamarca, y dio lugar a tensiones políticas que se expresarán durante y después de la primera república. Honda representaba la salida al mar. Esto fortaleció los vínculos con Antioquia, provincia con la que compartía identidad minera. Años más tarde, ya en el siglo xx, los fortalecería con el departamento de Caldas, en una alianza que se materializaría con el cable aéreo entre Manizales y Mariquita, para darle salida al café de esa región. De hecho, la exploración de las tierras que hoy pertenecen a Sonsón se inició con la apertura de un camino entre Santiago de Arma de Rionegro, Mariquita y Honda. Este proyecto lo inició José de Mesa Armero y Flórez, abuelo de José León y suegro de Juan Blas de Aranzazu, padre del concesionario de tierras de postrimeras del siglo xix, José María Aranzazu Tornero, la concesión Aranzazu. Juan Blas fue padrino de bautismo de José León Armero.

A finales del siglo xviii Mariquita había perdido la importancia minera, e inclusive comenzaba a dejar atrás la relevancia conferida por la Real Expedición Botánica. No obstante, aún seguía siendo un territorio estratégico para el comercio. Siguiendo a Tovar, se puede afirmar que la historia de su territorio estaba vinculada no solo con la prosperidad y decadencia de San Sebastián de Mariquita sino con el surgimiento de Ibagué, como capital del estado del Tolima. Una circunstancia que rompió la dinámica comercial y minera que desarrollaban Nare, Honda y Mariquita.

Armero y su familia

Armero procedía de una familia de latifundistas y esclavistas, como muchos otros líderes de la independencia, no solo en la América hispánica. A pesar de ello, él y su familia experimentaron una transformación interior y se comprometieron decididamente con la causa americana. Fue una metamorfosis sobre la manera de entender el mundo y la política, y decidieron que este orden debía terminar. Era un liberal ilustrado viviendo en un régimen feudal, poblado de esclavitudes, exclusiones y discriminaciones. Como criollo, él mismo fue una víctima de discriminación.

Su padre, Francisco José de Mesa-Armero y Ruiz-Montero, fue un próspero comerciante, que también abrazó la causa separatista. Él será el primer presidente de la Junta de la independencia de Mariquita. Su madre, María Margarita García de la Pedraza, era prima hermana de su padre. Esta endogamia habría de repetirse con José León, quien contrajo matrimonio con María Estanislao Aranzazu y Armero, una prima hermana, a la sazón, tía paterna de Juan de Dios Aranzazu González, quien llegó a ser presidente de la República, por encargo. Sus hermanos fueron seis: Pedro, Francisco, Ignacio, María Matea, Cristóbal Marcelo y José Francisco Doroteo. Cristóbal Marcelo incursionaría en la diplomacia como encargado de negocios en Lima.

José Vicente París Lozano en su ensayo *Vida de José León Armero*, escrito con ocasión del centenario de la constitución de Mariquita, sostiene que este era hijo de Manuela Racines, ‘hermana del patriota hondano Antonio Racines’, dice. Sobre ella no pude encontrar casi nada; solo un registro de defunción en Buga. A diferencia de María Margarita, que otros autores, entre ellos Cuartas Coymat, designan como la progenitora. Un detalle básico que muestra la carencia de fuentes fiables para profundizar con precisión en la vida de nuestro personaje. Estas contradicciones son normales, las fuentes no abundan. De hecho, existen discrepancias en torno a la fecha exacta de su muerte, al igual que la fecha misma de fundación de la ciudad, que oficialmente se tiene como el 28 de agosto de 1551; sin embargo, fuentes documentadas postulan otra, la del 8 de agosto de 1552.

Armero fue diputado al Congreso Constituyente de Cundinamarca en 1810; plenipotenciario y gobernante especial en 1811; gobernador de Mariquita en 1812; vicepresidente interino en 1813 (cargo que luego ejerció en propiedad); teniente asesor y luego presidente de Gobierno de Mariquita, y el padre de una utopía. Una vida consagrada por completo al servicio público y a la abogacía.

Un cambio de época

Armero vivió en tiempos de grandes acontecimientos políticos. Al año siguiente de su nacimiento fue expedida la Constitución de Filadelfia (1776), que marcó un hito en la historia e inauguró una época en la que el mundo cambiaría para siempre. Luego, tendría lugar la

Revolución Francesa (1789), otro episodio de grandes repercusiones. En ese momento, se estaba cocinando un nuevo modelo político, económico y social. Si se miran desde la perspectiva del presente, cuando son solo referencias históricas, estos dos acontecimientos pierden algo de la magnificencia y del significado que tuvieron. Sin embargo, fueron auténticas revoluciones en las mentes y en los corazones de la gente.

Para entender la dimensión de los cambios, hay que hacer un esfuerzo e intentar un ejercicio de empatía histórica. Fue una época de notable influencia de la Ilustración, la cual contribuyó a quebrar el orden político europeo, construido con una arquitectura monárquica de influencia teológica, un mundo gobernando por reyes y papas, en el que conviven la corona y el crucifijo, que son la base de la gobernanza. Las revoluciones americana y francesa inauguraron una era republicana, a partir de conceptos y valores diametralmente opuestos al modelo monárquico, con nuevas gramáticas, éticas y estéticas. Generaron vientos de cambio que se juntaron con otros que ya soplaban en el hemisferio americano, conformando auténticos ciclones que recorrerían y sacudirían todo el continente.

En la Nueva Granada, el movimiento social más significativo anterior a la independencia fue la Revolución de los Comuneros (1781). Esta fue una reacción contra los tributos, y un fruto del hartazgo hacia unas formas y unos métodos de ejercicio del poder. Todo esto influirá en varias generaciones, entre ellas la de Armero. El líder de esta revuelta, José Antonio Galán, llegó a Mariquita el 18 de junio de ese año, tratando de alentar a quienes trabajaban en las minas de plata, forzados y en condiciones inhumanas. Fue allí en donde incrementó su espíritu revolucionario y reorientó el levantamiento ya no solo contra las autoridades virreinales sino también contra los hacendados criollos y españoles.

La Revolución de los Comuneros no fue un caso aislado de inconformidad popular. En Perú se dieron manifestaciones de protesta indígenas. La de mayor realce entre 140 movilizaciones que algunos expertos han contabilizado, fue la de Tupac Amaru, un año antes de la comunera. Las revueltas populares comenzaron a ser el signo de los tiempos. El imperio español daba muestras de agotamiento. La América hispana se había poblado de malos gobernantes, de gobiernos incapaces y esto sería el germen de estallidos sociales y revoluciones. Los pueblos

americanos comenzaban a tener conciencia de sí mismos, a construir nuevos valores morales y éticos, y a adquirir una identidad propia.

Una patria para los criollos

Existe otro hecho que dará fermento a esta crisis. Durante el siglo XVIII, con los borbones, se acentúa la preferencia de los peninsulares sobre los criollos para ocupar cargos civiles y eclesiásticos. Se trata de una anti-pática discriminación que dará lugar al surgimiento de dos categorías sociales, las cuales terminarán expresándose políticamente, y se convertirán en los núcleos duros de la confrontación política al inicio de la independencia. De hecho, los criollos fueron quienes tomaron la iniciativa de la independencia.

La discriminación a los criollos (hijos de españoles nacidos en América) no es el objeto de este texto, pero es un asunto que ha dado lugar a intensos debates y contribuye a entender este periodo. Al margen de las causas que la hayan causado, como sofrenar el poder de las élites locales (que comienzan a acumular poder económico) o la de profesionalizar la burocracia (la versión benévola), o la teoría de la degeneración formulada desde el cientifismo racial en boga (la más equivocada y odiosa), es evidente que contribuyó a conformar categorías sociales que se mantendrán en pie durante años.

A propósito de esto, Justo Cuño Bonito y Diana Soto Arango en la introducción del libro *Memorias de un oficial del ejército español* (2019), del capitán Rafael Sevilla, lugarteniente de Pablo Morillo, afirman que la confrontación por la independencia “no muestra el choque de dos mundos, sino una sola realidad tormentosa y desgarrada: no muestra América contra España sino a españoles americanos contra españoles peninsulares y por tanto, lo que muestra, es el relato más cruento de una guerra civil y las terribles consecuencias del conflicto” (p. 8).

Esto fue así en un comienzo, como veremos. La división entre peninsulares y criollos no dio lugar a dos mundos, pero ello habría de cambiar con el paso del tiempo. En algún momento de la guerra de independencia, Bolívar intuyó que mientras fuese percibida como una guerra civil española, la causa no tendría futuro. Él entendió que la patria del criollo no era la patria del indio, ni la patria del mestizo ni la patria del negro. Por ello, rompió esa división con una propuesta

violenta: el decreto de guerra a muerte el 15 de junio de 1813 en Trujillo. La declaración escenificó una renuncia de los criollos a su españolidad, y desde entonces serían americanos. Liévano Aguirre (2010), en la biografía sobre Bolívar, dice que esto contribuyó a definir la guerra, pues alteró la correlación de fuerzas al incluir al mestizo, al indígena, al negro, al mulato y al pardo.

El hecho de nacer en América, aun siendo hijo de españoles, era un estigma. Esta tierra, se decía, hacía disminuir las aptitudes y virtudes que daba la Península. Los criollos eran percibidos como ‘medio indios’, como una clase social o una ‘raza’ inferior. Ahora bien, los criollos comenzaron a acumular fortuna, aunque no tenían en sus manos el gobierno de las provincias, ni todas las fuentes de riqueza ni controlaban a los indígenas absolutamente; esto los animó a luchar por el poder político. Tras la independencia conformaron una ideología que habría de proyectarse a lo largo del tiempo: el criollismo. Con esto se dio la prevalencia de un sector social sobre el resto de las culturas. Dicha preminencia se prolongaría durante casi dos siglos, y solo se vería alterada por los fenómenos migratorios que se dieron en el siglo xx. Aun así, un alto porcentaje de las élites gobernantes latinoamericanas son herederas de los criollos. No pueden entenderse los cambios políticos en el siglo xx y en lo que va del xxi en este lado del mundo sin tener en cuenta este factor. Se trata de la prolongación de una rivalidad social histórica, proveniente de la época colonial entre los criollos y las demás culturas no superada por la independencia.

José León Armero García procedía de una familia con orígenes andaluces. Su ingreso al Real Colegio de San Bartolomé, como lo señala Cuartas Coymat (2010), estuvo precedido de “informaciones de legitimidad, limpieza de sangre y buenas costumbres” (s.p.). Un examen riguroso que excluía las ‘razas malas’ y que, al mismo tiempo, garantizaba la reproducción cerrada de la élite, a imitación de los judíos, pues abría las puertas al conocimiento y el ingreso a una clase gobernante, era el pasaporte para la burocracia civil y eclesiástica. Según la tesis de maestría de María Teresa Ripoll (2005), de la Universidad de los Andes, entre 1605 y 1820 ingresaron a las aulas del San Bartolomé 115 alumnos: 56 de Honda, 33 de Mariquita y 23 de Ibagué. Mientras que al Rosario entraron 62, lo cual indicaba la preferencia que existía en la región.

Algunas de las referencias históricas emparentaban a José León Armero con Francisco Antonio Moreno y Escandón, a quien Carlos III encargó orientar una de las diez reformas universitarias. No pude comprobar el parentesco. Sin embargo, sí un rasgo común: el interés por la educación. Los dos entendían que esta era uno de los generadores de la desigualdad social. Los colegios reales eran centros de pensamiento que garantizaban la continuidad y la estabilidad del orden, al formar la clase gobernante.

La rivalidad entre peninsulares y criollos era tal que el viajero, cronista y espía inglés, Tomas Gage, citado por Severo Martínez Peláez en su libro *La patria del criollo* (1998), afirma que “criollos y españoles eran dos grupos de habitantes, tan opuestos entre sí, como en Europa los españoles y los franceses” (p. 39). De igual forma, el odio que se profesaban entre sí era tal que “me atrevo a decir que nada contribuiría tanto a la conquista de América (por los ingleses, S.M.) como esa división” (Martínez, 1998, p. 39).

Armero vivía en un parteaguas, en un tiempo de crisis, en el que lo viejo no terminaba de morir ni lo nuevo de nacer, para invocar a Gramsci. En esta etapa, las monarquías tambaleaban, y las repúblicas comenzaban a caminar. Era el fin de la escolástica. La razón ya no se supeditaba a la fe, ni la filosofía a la teología. Por ese entonces, soplaban vientos de cambio. Estos vientos llegaron a Mariquita de una manera inocente, si se quiere, de la mano del gaditano José Celestino Mutis, quien estaba a la cabeza de la Real Expedición Botánica.

La influencia de Mutis

Mutis se radicó en Mariquita en 1783. En aquel momento, José León Armero tenía 8 años. Gracias a la amistad que trabó con su padre, le impartió clases de ciencias físicas, matemáticas y naturales, conforme a los nuevos tiempos; algo que ejercería una influencia notable sobre una generación. Mutis era un ilustrado y transmitiría la influencia a su círculo. El principal cambio que logró en esa generación fue la forma de mirar el territorio, muy diferente a la de los antepasados, que venían a ‘hacer las américas’ con el sueño de regresar a la Península cubiertos de fortuna. La Real Expedición puso a Mariquita en el radar científico de Europa. Allí creó Mutis el primer Jardín Botánico de América Latina;

realizó investigaciones sobre la canela y la nuez moscada; formó una escuela de pintores con Matiz y Rizo a la cabeza, que dio origen a un estilo pictórico; y cruzó correspondencia con científicos europeos, entre ellos Linneo en Suecia.

Es muy posible que Armero haya continuado la amistad con Mutis en Santafé, cuando ingresó al Colegio de San Bartolomé en 1798. En esta época el prócer ya estaba en la capital, pues la casa botánica fue reubicada en Santafé en 1791 por orden del virrey José de Ezpeleta. Este es un indicio quizás de que comenzaba a despertar ‘sospechas’ entre las autoridades virreinales. Mutis en Santafé contribuyó a sacudir la vida intelectual, puso en boga la importancia de las matemáticas y estimuló a los estudiantes para que se abrieran a las ideas científicas y filosóficas de la Ilustración. Además, introdujo la ‘duda’ de Descartes entre sus discípulos, y esto los impulsó a cuestionar el sistema vigente. Hay quienes afirman que “la actividad revolucionaria de los discípulos de Mutis comenzó por la duda”, entre ellos John F. Wilhite, de University of Cincinnati, en su texto *Los discípulos de Mutis y La Ilustración en la Nueva Granada: la educación, la historia y la literatura* (1995, p. 5). Este contribuyó a abrirle puertas y ventanas a una generación y a que por ellas entrara la luz y la razón, creando condiciones propicias para contrvertir el mundo vigente.

La ciencia y la razón se enfrentaron a la fe. Mutis despertó interés por la naturaleza y la ciencia; así mismo, comenzaron a proliferar las tertulias literarias y de diverso género, y los periódicos, en parte gracias a Manuel del Socorro Rodríguez. Mutis no fue un activista político, como varios de sus discípulos, ni vivió la independencia, pero dejó las semillas. Con la Real Expedición Botánica, las élites neogranadinas descubrieron una riqueza poco apreciada por los conquistadores y colonizadores, su flora y su fauna.

La estancia de Armero en Santafé le fue provechosa, no solo por los estudios sino porque tejó amistad con una pléyade de hombres que estaban inmersos en tertulias y lecturas de libros sobre la política francesa y norteamericana, las cuales los transformaron políticamente. Armero García recibió la influencia de esa atmósfera santafereña. En ese momento, se estaba incubando un proyecto de perfiles nacionalistas, que en sus inicios no era de corte republicano. “Viva el rey, muera el mal

gobierno” (Los Comuneros, 1781, citado por Gómez, 1996, s.p.). Al terminar sus estudios, se radicó en Mariquita, en donde ejerció la profesión de abogado. Allí contrajo matrimonio en 1806, y también se enteró de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Madrid, Cartagena, Santafé y otros lugares. Lo suyo era amor al territorio.

El estallido de la revolución

El año de 1808 es especialmente convulso para la corona española. Había discordias entre la familia real, léase entre Carlos IV y su hijo, el príncipe de Asturias, quien tras la renuncia de su padre se convertiría en Fernando VII. Sin embargo, Napoleón tenía otros planes y provocó la renuncia de ambos, para entronizar a su hermano José I Bonaparte. De repente, la paz que se respiraba en Santafé, “que parecía no poderse alterar jamás” (p. 261), a decir del abogado neogranadino, Santiago Arroyo Valencia (1896), comenzó a evaporarse, a medida que llegaban las noticias de la Península. Algo pasaba en Europa. La familia real de Portugal debía emigrar a Brasil.

En el orden monárquico colonial, la legitimidad se soportaba sobre la figura del rey, que era el alma del régimen, su centro de gravedad. Sin un rey legítimo, este no podía sostenerse. De allí que su quiebre comenzara de manera abrupta, con los episodios que se dieron en Bayona. Por supuesto que ya existían razones de inconformidad con la Península. Dicha inconformidad social habría madurado tarde o temprano y dado lugar a la independencia. Sin embargo, las quejas aún no habían encontrado cauce para expresarse ni configurado un consenso entre las provincias del reino. La paz que se respiraba en la capital del virreinato era aparente o al menos frágil.

En España se produjo una reacción popular de solidaridad con la corona, especialmente con Fernando VII. Varias ciudades se rebelaron y conformaron juntas leales a la corona. Se apeló a las tesis de la vieja Escuela de Salamanca, a su concepción sobre la soberanía popular, al principio del consentimiento de los ciudadanos y al derecho de rebelión contra los tiranos. El poder era del rey porque el pueblo se lo otorgaba. Entonces, nace el juntismo. En Aranjuez se creó una Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino, encargada de ejercer los poderes ejecutivo y legislativo mientras el país estaba bajo el dominio francés. En

1812, esa Junta es reemplazada por las Cortes de Cádiz, que funcionaban como un parlamento, y les ofrecían representación a los españoles americanos. Las Indias tendrían nueve diputados, y la península, treinta y seis. Esa oferta creó expectativas en la Nueva Granada y cada provincia comenzó a organizarse para elegir a los representantes, de cuyo listado habrá de salir el diputado que le correspondería al virreinato.

Mariquita postula una terna integrada por Juan Eloy Valenzuela, José María Domínguez del Castillo, Tomás de Andrés Torres, siendo escogido este último. “Los diputados que componen este Congreso, y que representan la Nación española, se declaran legítimamente constituidos en Cortes generales y extraordinarias, y que reside en ellas la soberanía nacional” (Cortes de Cádiz, 1810, s.p.). Este principio se consagró en la Constitución de Cádiz, en la cual se declaró también que “la soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales” (1812, art. 3). Tal concepción se trasladó a las colonias americanas y comenzó a expresarse en los cabildos, que eran la base de la representación popular. El rey no reinaba, estaba prisionero. Había renunciado al trono de manera forzada, no mediante un acto libre. Tampoco tenía facultad para endosar la soberanía a un tercero.

Esta conceptualización salmantina dio lugar a muchas interpretaciones, y planteó un asunto complejo: ¿quién era el pueblo? ¿quién lo representaba? En la Nueva Granada cada provincia tenía su propia interpretación y varias de ellas se sentían con derecho a ser el centro político.

La primera ciudad en hablar de independencia no fue Santafé, fue Pamplona el 4 julio de 1810. Esta ciudad había sido desmembrada de Tunja junto con la Villa del Socorro en 1795, por un reclamo comunero que pedía para esa villa un corregidor de justicia mayor, nacido allí y autónomo respecto a Tunja. Ese reclamo muestra la insatisfacción de los socorranos en torno a la gobernanza de su territorio. Podemos imaginar que si había desacuerdo porque desde Tunja se gobernara el territorio, cuál no sería la molestia si se hacía desde Santafé, mucho más remoto. Pamplona, por su parte, seguía la estela del movimiento juntero de Venezuela, que ya se había activado. También en Cartagena de Indias había voces que reclamaban independencia.

Entre el 22 de mayo y el 14 de junio de 1810 se presentaron allí movimientos populares en ese sentido. Durante esas semanas su cabildo presionó para que se estableciera un triunvirato con los regidores. Ante la negativa, el gobernador fue destituido, deportado y reemplazado. El cabildo, en su nombre y con la aprobación de Don Antonio Villavicencio, comisario enviado por el Consejo de Regencia, instauró una Junta Autónoma de Gobierno. Los casos de rivalidad entre provincias no eran los únicos. De hecho, entre Santafé y Mariquita existían tensiones, debido a las pretensiones de los líderes santafereños de conformar un modelo centralista e incorporar a Cundinamarca. Para ese naciente estado era vital integrarla, y lo consiguió mediante un Tratado de Unión de catorce cláusulas, firmado el 2 de abril de 1811, entre Jorge Tadeo Lozano por Cundinamarca y José León Armero por Mariquita.

Cuando comenzó a gestarse la independencia, los mariquiteños escogieron a Armero para que los representara en un congreso próximo a reunirse. Él era partidario de un modelo federalista, pero con sentido pragmático. Al ver que no había consenso, y que Ambalema, Honda e Ibagué se habían armado para combatir entre sí, aceptó firmar ese tratado de anexión. Aplazó sus aspiraciones. Supo que ese no era el momento para la causa federal. En Honda, las élites se sentían muy ligadas a Santafé. De hecho, su cabildo designó a Antonio Viana para negociar ese tratado porque temía que Armero, que era amigo de Camilo Torres, afiliara la provincia a la causa federal. Adicionalmente, algunos vecinos de esa Villa pedían auxilio al gobierno de Cundinamarca, argumentando que allí existía un partido proeuropeo dispuesto a apoyar la regencia y las Cortes de Cádiz.

La provincia fue agregada a Cundinamarca bajo algunas condiciones, entre ellas que fuera gobernada por un subpresidente con las facultades de corregidor Intendente, que tendría un adjunto en el Consejo de Estado y que su población estaría representada en el Congreso. Darío Ortiz Vidales, en su ensayo *El Tolima en la Independencia* (2007), publicado en el Manual de Historia del Tolima, sostiene que el tratado se realizó para “revestir con algunos visos de legalidad” (p. 229) lo que ya era un hecho. Aquí quiero subrayar dos cosas: la primera, los problemas de gobernanza del territorio; y la segunda, el pragmatismo de José León Armero, al no intentar imponer su criterio, y buscar el más amplio consenso.

La crisis política que se vivía en la provincia no se limitaba a Honda, Ambalema e Ibagué. Ortiz Vidales (2007) recuerda que en el sur se presentaron incidentes, y que las autoridades de Chaparral se quejaban de que los esclavos reclamaban “ser libres y propietarios de tierras, por ser estas comunes” (p. 229). Al citar documentación recopilada por Hermes Tovar, se afirma que

el rumor de los hechos acaecidos en la Capital del Reino a partir del 20 de julio de 1810, al discurrir de boca en boca, se fue agigantando hasta transformarse en otra cosa. Los esclavos de Chaparral que asumieron que los pronunciamientos de la Junta Suprema de Santafé habían decretado su libertad y que, por lo tanto, en adelante tendrían los mismos derechos que disfrutaban los demás habitantes del Virreinato (Ortiz, 2007, p. 229).

Ortiz afirma que varios de los esclavos se dieron a la fuga y otros dejaron de atender sus trabajos; solo laboraban cuando querían y los dueños no se atrevían a proceder por temor a una reacción cruenta. Los esclavos de Chaparral querían llevar el concepto de independencia hasta las últimas consecuencias. Este episodio ilustra la atmósfera de confusión que se respiraba en la Nueva Granada, luego de que se tuviera conocimiento de que el rey había sido apresado y en su lugar había un usurpador.

Cada una de las provincias vivió este momento político de manera singular. No se puede hablar de un solo proceso. Por eso es impreciso pensar la independencia a partir del 20 de julio.

La utopía republicana

Mariquita cumplió lealmente el tratado con Cundinamarca. Tanto así que cuando Nariño y el Colegio Electoral declararon la independencia absoluta de España en 1813, junto con Neiva son las primeras provincias en solidarizarse. Luego vendría el naufragio de ese proyecto y Nariño caería prisionero. Armero, entonces, se dedicó a tejer su utopía republicana desde el territorio natal.

La declaración de independencia de Mariquita se produjo el 22 de diciembre de 1814. Fue una especie de huida hacia adelante. Para esa fecha, España ya había superado la crisis política causada por Napoleón, y Fernando VII había recuperado el trono. Napoleón aceptó reconocerlo como rey, tras cinco años de cautiverio y lo liberó. Una vez en él, la

mayor obsesión de aquel fue recuperar y poner orden en las colonias. Para ello, organizó la mayor expedición militar que hubiera tenido lugar en la historia de España: 43 naves, 18 buques de guerra y un ejército de 10 642 hombres viajaron a América. Con esta expedición lo arriesgaba todo, razón por la cual recibió muchísimas críticas, pues dejaba casi desprotegido su reino. Más tardó esta expedición en zarpar (el 17 de febrero de 1815), que Napoléon en volver al ataque, aunque tras la pérdida de Waterloo sería apresado y recluido en Santa Elena, y la pesadilla de Fernando terminaría.

En la Nueva Granada pronto se supo que la expedición liderada por Morillo estaba en marcha. La primera república hacía agua, tanto en la Nueva Granada como en Venezuela. Sin embargo, Armero siguió con sus planes. El 3 de marzo de 1815 se reunió en Honda la Serenísima Convención Constituyente y Electoral, con representantes de Ambalema, Honda, Ibagué, Espinal, Mariquita y la Palma, a fin de expedir una constitución, que fue aprobada el 21 de junio de 1815, y sancionada por Armero el 4 de agosto en el Palacio de la Gobernación en Honda. Quiero resaltar que para ese momento los días de esplendor minero de Mariquita estaban lejanos, cuando de sus ingenios se extraía una tonelada de plata al mes. Ese extractivismo dañó su economía y generó despoblamiento en los resguardos indígenas. De hecho, las autoridades virreinales se vieron en la necesidad de eliminar algunos y reasignar tierras. Los indígenas prácticamente desaparecieron, y los que subsistieron fue gracias al mestizaje. Las prohibiciones de Felipe V expedidas en 1720, con miras a impedir que se forzara a los indios a trabajar en las minas, de poco sirvieron. En Mariquita no había prosperidad económica; carecía de ingresos para sostener un Estado y prestar los servicios públicos que se quería.

Armero, sin embargo, le puso corazón a su sueño; ordenó fundar escuelas y colegios. Fue de las primeras decisiones como gobernador, en medio de una precariedad fiscal enorme no había cómo pagar maestros, así que, los miembros del senado lo eran *ad-honorem*. Pero él creyó que era posible salvar la república y se dedicó a las tareas de gobierno. Su constitución (Título XXI) consagró el fomento a la literatura, las ciencias y la educación pública, y esto tuvo mucho mérito. Decía su carta:

Por cuanto la sabiduría y erudición igualmente que la virtud difundida generalmente en el pueblo son necesarias para la preservación de sus derechos y libertad y por cuanto éstas dependen de las ventajas de la educación en las diversas partes del Estado, y entre los diferentes órdenes del pueblo, será la más estrecha obligación de las Legislaturas y Magistrados en todos los períodos venideros de esta República fomentar el interés de la literatura y de las ciencias, mejorando las escuelas públicas actualmente establecidas y extendiéndolas a otros pueblos, estableciendo aulas de Gramática en las ciudades y villas, y promoviendo generalmente la Agricultura, las Artes, el Comercio y las manufacturas: sostener y adelantar los principios de humanidad y general benevolencia, los de caridad pública, buena fe y todos los afectos sociales y sentimientos generosos entre el pueblo. (Constitución del Estado de Mariquita, 1815, pp. 329-330)

Al decretar la creación de dos escuelas primarias en Honda, Mariquita, Ibagué, Ambalema y Espinal, con separación de sexos, estableció que en ninguna hubiera preferencia ni distinción entre ellas. No hablaba de indígenas; palabra que quizás le sonaba peyorativa. Cada ayuntamiento debía proveer las casas, las bancas y demás utensilios. Trabajaba intensamente. Los niños tenían la obligación de aprender las obligaciones como ciudadanos, y los derechos que de ellas se derivaban. Escribió un instructivo que definía la evaluación de los maestros y se cuidaba de que los niños no fueran víctimas de ‘excesos en los castigos’ (Decreto sobre la instrucción pública primaria, 1814). De hecho, ordenó abrir concurso para llenar las plazas de maestros, inclusive estableció un régimen disciplinario básico para ellos, a partir de los resultados que lograran con los estudiantes. Era una revolución educativa que no alcanzó a materializarse. Las preocupaciones de Armero respecto a la educación primaria coincidieron con las de Francisco Antonio Moreno y Escandón respecto de la educación superior: “la instrucción es necesaria a todos, y la sociedad debe proteger con todas sus fuerzas los progresos del entendimiento humano, y proporcionar la educación conveniente a todos sus individuos” (Constitución del Estado de Mariquita, 1815, p. 298).

El documento principal que se tiene a mano sobre la obra de Armero es la Constitución de 1815. Sin embargo, además de su compromiso con la libertad de los esclavos, tantas veces subrayado, y con la educación, existen otros aspectos para destacar, uno de ellos tiene que ver con el control del poder.

Hay un aspecto de inmensa trascendencia, el derecho a la rebelión, de la cual habló la Escuela de Salamanca, ya citada.

El fin de la Institución, continuación y administración del Gobierno, es asegurar la existencia del cuerpo político, protegerlo y proporcionar a los individuos que lo componen el poder de gozar con tranquilidad y seguridad sus derechos naturales, y las bendiciones de la vida; y siempre que no se logren estos grandes objetos, tiene el pueblo un derecho a que se altere la forma de su Gobierno, y tome aquella que mejor convenga a su seguridad y felicidad. (Constitución del Estado de Mariquita, 1815, p. 291)

El siglo XIX significó el derrumbe de España como imperio. En menos de dos décadas perdió sus principales dominios de ultramar y la geopolítica mundial comenzó a reconfigurarse. Al mismo tiempo, significó el ascenso de las ideas liberales. La divisa de libertad, igualdad y fraternidad se extendió por el mundo. Entonces, se produjo un rechazo a todo cuanto viniese de España y de sus instituciones; rechazo a su intelectualidad, a sus escuelas de pensamiento. La élite criolla estuvo influida por las ideas de Rousseau, Diderot, Voltaire, Montesquieu y demás pensadores ilustrados y, por las ideas de libre mercado de Adam Smith, lo cual estaba en las antípodas de España, como puede verse al analizar los poderes de la Casa de Contratación de Sevilla. Desde 1520 los Austrias habían impuesto un monopolio que obligaba a las colonias españolas de América a comerciar únicamente con España. Los virreinos no podían intercambiar entre ellos ni con ninguna otra potencia. El tráfico de mercancías estaba centralizado en la península y controlado por la corona. España terminó siendo sinónimo de oscurantismo; otros países emergían como los faros para iluminar las mentes y animar los corazones.

A pesar de ese generalizado rechazo, y de que Armero se había vuelto republicano, no sucumbió a la tentación de hacer tabla rasa e inventar de nuevo el mundo. Fue consciente de la debilidad política y, quizás por eso mantuvo casi intacta la relación con la Iglesia Católica, reconociéndola como la religión oficial. Había libertad de imprenta, pero solo la Iglesia podía reproducir textos religiosos. Armero y los constituyentes de 1815 se mostraron conservadores en materia religiosa. Afirmaron que

la Religión Católica, Apostólica, Romana, es la única Religión de este Estado, y no se permitirá otro culto público ni privado”. Por tanto, protesta permanecer siempre en esta santa Religión, fuera de la cual no hay esperanza de salud eterna; confiesa y promete defender las infalibles verdades que ella enseña, dictadas por Dios; detesta y anatemiza todas las herejías que ella condena y reprueba; pero ningún extranjero será molestado por el mero motivo de su creencia. (Constitución del Estado de Mariquita, 1815, p. 299)

Por otra parte, ordenaron que el Gobierno mirara la religión

como el vínculo más sólido de la sociedad, como su más precioso interés, y como la primera ley del Estado: se dedicará a sostenerla y hacerla respetar con su ejemplo y con su autoridad, pues no puede haber felicidad sin libertad civil, libertad sin moralidad, ni moralidad sin religión. (Constitución del Estado de Mariquita, 1815, p. 299)

Igualmente, consagraron instituciones de estirpe monárquica, como los juicios de residencia, aunque introdujeron cambios para quitarle interferencia política y darle un carácter judicial independiente.

El Juicio de Residencia era un procedimiento al que debían someterse los altos funcionarios (virreyes, presidentes de audiencia, oidores, alcaldes, alguaciles, carceleros) al retirarse de los cargos. Originalmente lo adelantaba quien iba a sustituirlos, y se llamaba de residencia porque obligaba al investigado a permanecer en la ciudad mientras se adelantaba el juicio. En estos juicios podía participar la comunidad. Esta institución hundió sus raíces en las Cortes de Toledo de los Reyes Católicos en 1480 y estuvo vigente en el derecho indiano hasta 1812, cuando las Cortes de Cádiz la abolieron. A pesar de la inspiración monárquica, tenían un componente popular que merece destacarse, dado que en él los funcionarios daban cuenta de sus actos directamente al pueblo. Los historiadores han encontrado raíces de esta institución en la constitución del emperador Zenón en el año 475. Llegó a la legislación castellana a través de las Siete Partidas y eran auténticas rendiciones de cuentas. Dichos juicios tenían como finalidad controlar el poder y exigir responsabilidad por los daños derivados de su ejercicio público. Eran tan rigurosos que en algunos casos ni siquiera la muerte del residenciado ponía fin al proceso y sus herederos debían responder por las multas impuestas a sus causantes.

La constitución de Mariquita consagró esta figura en el título XIX, y preceptuó que todo funcionario estaría sujeto a residencia al terminar sus empleos. El control del poder es un asunto en el que las democracias no pueden transigir, pero como puede verse, no es una invención de la democracia ni del republicanismo, como equivocadamente se piensa en estos tiempos. Armero quiso darle fuerza a este principio, creando una ‘Alta Corte de Residencias’, de manera que fuese una entidad judicial la que la adelantara y no quien reemplazaba al funcionario. En todos los departamentos de la provincia circularía una lista de quienes cada año concluían su función, convocando a las personas que se sintieran agraviadas, para que dentro de los dos meses siguientes se produjera un juicio de residencia y presentaran dentro de él sus quejas o demandas, relativas al ejercicio de las funciones de los funcionarios. Dejaba en claro que no incluía quejas relativas a su conducta u opinión privadas, y daba a los funcionarios garantías y seguridad jurídicas. Una vez cerrada la residencia no podían ser acusados, ni juzgados en ningún tiempo por razón de los empleos ejercidos. Si el residenciado había incurrido en delitos, quedaría privado de los derechos como ciudadano hasta la rehabilitación hecha por la Legislatura, a mérito de sus posteriores servicios y conducta ejemplar.

En lo social Armero fue progresista. Introdujo la noción del estado de bienestar, con otras palabras. Siempre se ha dicho que el estado social en Colombia fue producto de la reforma constitucional de 1936, que nació con la Revolución en Marcha de López y Echandía. Sin embargo, existe en la de Mariquita un antecedente que nos permite afirmar que ahí está su verdadero origen. Se declaraba que

los socorros públicos son una obligación sagrada, que la sociedad debe mantener a los ciudadanos desgraciados, ya sea procurándoles ocupación, o ya asegurándoles modos de existir a aquellos que no están en estado de trabajar. La seguridad social consiste en la unión de todos para asegurar a cada uno el goce y la conservación de sus derechos. Esta seguridad está fundada sobre la Soberanía del Pueblo. (Constitución del Estado de Mariquita, 1815, p. 298)

De otra parte, la Constitución introdujo también un concepto de democracia participativa, al decir que: “cada ciudadano tiene un derecho

igual para concurrir a la formación de la Ley...”. Con esto se supera el marco de la democracia representativa que se abría paso con el modelo republicano.

Merece destacarse el concepto de la propiedad de la tierra. Se consagraba que “la propiedad del suelo de un Estado libre, es uno de los derechos esenciales del Cuerpo colectivo del Pueblo”, de manera que se colectivizaba y estatizaba toda propiedad de la tierra que no tuviese el carácter de privada.

En muchos aspectos, el texto constitucional es un desiderátum, dada la escasez de recursos fiscales del Estado. Una carta de navegación. Quizás por ello también consagraba principios éticos:

Los derechos de los otros son el límite moral de los nuestros, y el principio de nuestros deberes relativamente a los demás individuos del cuerpo social. Ellos reposan sobre dos principios que la naturaleza ha grabado en todos los corazones, a saber: haz siempre a los otros todo el bien que quisieras recibir de ellos. No hagas a otro lo que no quisieras que se te hiciese... Ninguno es hombre de bien ni buen ciudadano si no observa las leyes fiel y religiosamente, si no es buen hijo, buen hermano, buen amigo, buen esposo y buen padre de familia. (Constitución del Estado de Mariquita, 1815, p. 298)

Con estos principios éticos, los constituyentes de 1815 definieron el tipo de sociedad en el que querían vivir. La primera república muestra aspectos que marcarían nuestro destino, y por esta razón merecería estudiarse con menos aprensión.

La violencia política como destino

Las primeras voces de independencia, como se ha dicho, se dieron en el marco del derecho a través de declaraciones de los cabildos, tanto de las capitales de provincia como de ciudades y villas subordinadas. Los episodios de 1810 no fueron de tipo militar.

En el trabajo de París Lozano (1915) sobre Armero hay un dato clave para entender la atmósfera antiespañola que para ese momento ya se respiraba en la provincia. La independencia representaba la pérdida de privilegios no solo para la corona y la metrópoli, sino para la clase que detentaba el poder civil, eclesiástico y económico en el virreinato.

Supongo que era difícil consensuar una agenda de intereses comunes en medio de tanta diversidad demográfica y en una sociedad tan clasista. Un universo integrado por españoles, criollos, mestizos, mulatos, indios y negros, con instituciones económicas de subordinación y explotación racial.

La apelación a la violencia como instrumento de resolución del disenso también está presente en esta etapa. En enero de 1815 Armero firmó un decreto por el cual expulsaba de la provincia a todos los españoles que en ella estuvieran radicados, y les prohibía entrar a su territorio. Infero que era un desarrollo de la declaración de guerra a muerte a españoles de Bolívar en Trujillo dos años atrás. Armero recogió la categoría de ‘americanos’ consagrada en ella, y dijo que el fin era vivir entre ‘americanos y no entre caribes’. Este episodio es traído a cuento por el antropólogo Moreno Sandoval (2016) en el libro sobre historia de Mariquita.

En virtud del decreto se embargaban las haciendas y caudales de José Joaquín de la Flox, un español que en aquel tiempo era un hombre acaudalado de Ibagué. Sobre él pesaba el cargo de haber “levantado tropas compuestas de sus numerosos esclavos, y amenazado con ellas a los patriotas de Ibagué” (Moreno, 2016, p. 242). Flox fue remitido a Honda y allí coincidió con otros veinticuatro españoles prisioneros, entre los cuales había un fraile capuchino, el padre Pedro Corella. Armero los sometió a todos a un consejo de guerra; unos fueron condenados a destierro, otros a presidio y nueve a la pena capital. No existe prueba documental respecto a quién finalmente dio la orden, si Armero o Bolívar, quien días antes había estado en Honda. En cualquier caso, para esa fecha la independencia ha cobrado una deriva violenta.

Así, el 30 de enero de 1815, a escasas semanas de que comenzara a sesionar la Serenísima Convención, José León Armero autorizó el fusilamiento de nueve españoles, que fueron condenados a la pena capital por ir en contra de los intereses de la independencia. Bolívar, en un escrito al consejo de guerra de Santafé, aseguró que dicho fusilamiento había sido ordenado sin su autorización, aunque lo justifica al decir que el Gobernador de aquella provincia ejerció “un acto de justicia con nueve enemigos indignos de toda clemencia” (Cuartas, 2010, s.p.).

Traigo a cuento este episodio que, por supuesto, no es el único que se da en este periodo, porque sirve para indicarnos cuán fracturada y violentada estaba la sociedad neogranadina, y para subrayar que el proceso separatista nunca fue el resultado de un consenso político ‘nacional’, como el que se dio en otras latitudes. Posiblemente, la causa de todo esto sea que nuestra independencia se precipitó debido a ese factor externo llamado Napoleón, sin que hubiese alcanzado a cuajar un consenso político nacional, y en el momento en el que se decretó, se profundizaron las fracturas sociales. Esta es una de las grandes diferencias entre la independencia de las colonias en América y las colonias inglesas; es una marca de la historia de América Latina y, por supuesto, de la colombiana.

Esa falta de consenso hace que la primera república fracasase por “la imposibilidad de constituir un gobierno legítimo para el conjunto del reino” (Restrepo, 2005, p. 101). Una vez las ciudades capitales reasumieron la soberanía en nombre de sus provincias, “las ciudades secundarias se declararon a su vez ‘pueblos soberanos’, reclamando para sí el derecho a la soberanía” (Restrepo, 2005, p. 101). Este es un aspecto que está bien trabajado por Isabela Restrepo Mejía en su artículo *La soberanía del ‘pueblo’ durante la época de la Independencia, 1810-1815*.

En las antípodas de esta experiencia se encuentra el caso de los Estados Unidos. La declaración del 4 de julio de 1776 recoge el propósito unitario de las trece colonias. Nadie ha derrocado a Jorge III como rey de Gran Bretaña e Irlanda. La declaración del Congreso es un proyecto político que goza del consenso unitario. En esto se esforzaron los constituyentes americanos.

Los representantes de los Estados Unidos de América, convocados en Congreso General, apelando al Juez Supremo del mundo por la rectitud de nuestras intenciones, en nombre y por la autoridad del buen pueblo de estas Colonias, solemnemente hacemos público y declaramos: Que estas Colonias Unidas son, y deben serlo por derecho, Estados Libres e Independientes; que quedan libres de toda lealtad a la Corona Británica, y que toda vinculación política entre ellas y el Estado de la Gran Bretaña queda y debe quedar totalmente disuelta; y que, como Estados Libres o Independientes, tienen pleno poder para hacer la guerra, concertar la paz, concertar alianzas, establecer el comercio y efectuar los actos y providencias a que tienen derecho los Estados independientes.

Esas trece colonias habían desarrollado culturas políticas y sociales distintivas, que se expresaban en sus respectivas leyes. También compartían preocupaciones filosóficas comunes. Sin embargo, para sus líderes lo prioritario era tener éxito en su guerra revolucionaria: una tarea que solo podían lograr si actuaban de manera coordinada; aspectos relativos a sus identidades individuales tendrían que rendirse y supeditarse a un proyecto militar y político ‘nacional’, que era independizarse. De ahí que pusieran al frente a Washington. Después de haber ganado su independencia gracias a la acción unificada, los revolucionarios se enfrentaron a otros dilemas, como la manera de estructurar las interrelaciones entre la nación, los estados y el pueblo. Todo afloró en el criterio pragmático de su cultura.

A diferencia de la americana, la independencia de Colombia no representó un proyecto político consensuado entre las diferentes capas sociales ni entre las diferentes regiones. Es parte de la fatalidad nacional. El reino de la Nueva Granada era un espacio en el que cohabitaban varios mundos, con diferentes cosmovisiones, que no supieron entenderse ni unificarse.

La independencia representó un cambio político indiscutible, al pasar de monarquía a repúblicas, a pesar de que muchas de las instituciones económicas coloniales mantuvieron vigencia durante buena parte del siglo xx. Además, el poder se mantuvo en manos de los herederos de la élite criolla, dándole a la política un sentido casi dinástico que apenas se comienza a desandar.

La reconquista

Si la conquista, la colonia y la primera república tuvieron agudos ciclos de violencia, la reconquista no fue la excepción. Morillo no era el hombre para reconciliar a españoles y americanos. Por el contrario, su accionar abrió nuevas heridas y profundizó las existentes. La piedad que albergaba en su corazón se agotó apenas casi pisar tierras americanas. Ordenó fusilar no solo a Armero, sino a muchos otros. Cientos de mujeres y de hombres fueron apresados y fusilados. Fueron pocos los que se salvaron. La diplomacia brilló por su ausencia. Ni Morillo, ni Sámano ni ninguno de los generales que lideraron la reconquista tenían

condiciones para construir la paz. Cuño Bonito y Soto Arango (2019) traen la opinión del general O'Leary, quien asegura que Fernando VII escogió mal al pacificador, pues no bastaba una persona con talentos militares excepcionales.

Fueron pocas las acciones en tierras americanas que se pudieron reivindicar. Quizás la más importante, y que tiene relación directa con nuestra historia, sea haber puesto a salvo los trabajos de la Real Expedición Botánica. El capitán español, Rafael Sevilla, ya citado antes, nos cuenta en sus memorias el hecho:

El 2 de junio me comisionó su excelencia para inventariar todo lo que había en la casa llamada de botánica. Era un verdadero museo de historia natural del país. Cuadrúpedos, aves, reptiles e insectos raros, objetos preciosos del reino mineral, colecciones de maderas; muestras de cristal de roca, de oro y platino; la macana y la maca del último cacique de Bogotá; la riquísima custodia que había regalado la ciudad de Cartagena, la terrible águila viva que había traído de Popayán, como símbolo de la libertad, la cual al ser recogida había devorado a un hombre, y otra infinidad de curiosidades, era lo que tenía yo que encajonar, clasificar inventariar. Imposible me habría sido cumplir solo aquella comisión. Afortunadamente, entre los prisioneros aristócratas estaba el doctor Mutis, sabio naturalista, que había sido jefe de policía bajo el gobierno rebelde. Este señor, trabajando diariamente desde las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde, con centinelas de vista siendo yo simplemente su ayudante, en menos de 30 días ordenó y empacó lo principal de aquel museo en ciento cuatro cajones de barra en cuadro. Lástima grande que un hombre de tanta ciencia y bellas cualidades se hubiese metido en las revueltas políticas. Yo trabajé también cuánto pude. (Sevilla, 2019, s.p.)

En esos cajones iban las siete mil láminas que se pintaron durante la Expedición Botánica, que hoy reposan y gozan de adecuada protección en el Real Jardín Botánico de Madrid, más de dos mil de las cuales fueron dibujadas en Mariquita.

Armero terminó su travesía existencial el 1 de noviembre de 1816 en la plaza del alto de Rosario en Honda, aunque hay quienes afirman que su fusilamiento, por la espalda como se ejecutaba a los traidores, se produjo el día anterior. Otra discrepancia producto de la precariedad de fuentes. Hay acuerdo respecto al hecho de haber sido decapitado y su

cabeza exhibida en una jaula de hierro para que sirviera de escarmiento y desmoralización de quienes pretendían rebelarse. Esta situación se llevó a cabo después de haber pasado por la horca, a manos de un esclavo. Hay certeza también del nombre del verdugo: Ebernio Murillo, comandante del pelotón de fusilamiento. En el libro de defunciones de la Párroquia de San Bartolomé, el cura administrador certificó que al cadáver arcabuceado se le dio sepultura eclesiástica, el primero de noviembre. Esto abre la posibilidad de que su deceso se haya producido el día antes. Tenía 41 años y había adelantado una breve, pero meteórica carrera: en 1810 asumió como diputado del Congreso Constituyente de Cundinamarca, un año después se desempeñó como plenipotenciario y gobernante especial, gobernador de Mariquita en 1812, en 1813 ejerció como vicepresidente interino; teniente asesor y luego presidente de Gobierno de Mariquita. Fue la figura más cimera que tuvo esta tierra durante la independencia, con sus luces y sombras, desde luego. Pero nadie puede negarle que fue el inspirador de una utopía política y el precursor de una tradición regional, que otros grandes del Tolima habrán de continuar.

Quiero cerrar esta crónica con una parte de su legado que aún se conserva. El escudo de armas de Mariquita, aprobado el 7 de diciembre de 1815 por la sala unida de la República. Este escudo se adoptó mediante decreto el 12 de abril de 1861, el mismo día en que nace el Estado del Tolima, y se volvió a adoptar en 1886 como departamento del Tolima. Tiene elementos de trascendencia. Los centrales son el Magdalena, una banda de color plata y un cisne de oro, con una garra levantada en la que porta una antorcha y en el pico una llave, “símbolos de la vigilancia que corresponde a este puerto interior, escala y segunda puerta de la confederación. Una cinta tricolor de amarillo, verde y encarnado” (Ley del 7 de diciembre de 1815, s.p.). Todo envuelto en dos ramas de canelo entrelazadas. Este escudo representa nuestras esencias vitales: el agua, las montañas, la naturaleza y el valor estratégico de su ubicación. Los canelos están para testimoniar la importancia del patrimonio histórico, cultural y ambiental que se está muriendo en nuestras manos.

Desconozco quién asesoró al gobierno de la provincia para el diseño de este escudo, pero es evidente que fue algo bien pensado y de inmenso valor simbólico, el cual se conserva aún en nuestros días.

Una apostilla final, para dejarle a alguien un punto de partida, para otra crónica. Repasando textos no dejan de conmoverme las condiciones inhumanas que soportaron los mitayos y esclavos, no solo por el trato cruel del que eran objeto, sino porque manipulaban el azogue. El mercurio es una sustancia que causa deformidades congénitas en fetos en desarrollo y en niños daña órganos internos, el sistema nervioso central y el inmunológico. Los niños sufrían retraso mental, ataques, trastornos del lenguaje. Debido a esto los indígenas y los negros que laboraban en las minas experimentaban temblores y pérdida de memoria. Llevaban una vida miserable. Por esto huían de las minas, dejaban abandonadas sus mujeres e hijos, y jamás volvían a los pueblos de origen. Este trato miserable está documentado en decenas de textos. Moreno y Escandón, en un informe sobre el Estado del Virreinato de Santafé, en el siglo XVIII, expresa: “no se puede dar mayor pobreza que la que profesan los indios, cuya situación no se creería soportable a la vida humana si no lo acreditara la experiencia” (1772, s.p.). Resulta lamentable que, tantos años después, haya sectores de la población aborigen que padezca situaciones de miseria, como la que describe el Fiscal y Protector de Indios, Moreno y Escandón.

Espero haber contribuido con esta crónica a su propósito principal: recuperar la memoria de Armero, a quien pocos tolimenses conocen, a pesar de ser el padre de la república de Mariquita, la génesis del Tolima. Uno de los líderes que más huella ha dejado en su construcción. Perdido en el olvido y sin que ni siquiera sepamos en donde reposan sus restos mortales.

Referencias

- Arroyo Valencia, S. (1896). *Memoria para la historia de la revolución de Popayán, 1808-1824*. Librería Nueva.
- Colombia. Decreto sobre la instrucción pública primaria. Decreto fechado en la ciudad de Honda, el 24 de diciembre de 1814.
- Colombia. Ley del 7 de diciembre de 1815. Sala Unida de la Provincia de Mariquita, ley sancionada por José León Armero, quien era el gobernador y general al mando.
- Colombia. Constitución o forma de gobierno acordada por los delegados del pueblo reunidos en Convención Constituyente y Electoral del Estado de Mariquita de 1815.
- Cuartas Coymat, A. (2010). *José León Armero, prócer, jurista y mártir*. Academia de Historia del Tolima.
- España. Cortes de Cádiz. Decreto firmado por Ramón Lázaro de Dou, Presidente, dado en Real Isla de León 24 de septiembre de 1810. <http://bdh.bne.es/bnsearch/detalle/bdh0000070166>
- España. Constitución de Cádiz de 1812. Capítulo I. De la Nación española.
- Gómez Latorre, A. (1996). Manuela Beltrán y la revolución de los comuneros. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-328178>
- Liévano Aguirre, I. (2010). *Bolívar*. Grijalbo.
- Martínez Peláez, S. (1998). *La patria del criollo*. Fondo de Cultura Económica.
- Moreno y Escandón, F. A. (1772). *Estado del virreinato de Santafé, Nuevo Reino de Granada*.
- Moreno Sandoval, A. (2016). *Mariquita: 25 siglos de historia*.
- Ortiz Vidales, D. (2007). El Tolima en la Independencia. En C. Pardo Viña (Coord.), *Manual de Historia del Tolima, Tomo I*, (pp. 225-254). Pijao Editores.
- París Lozano, J. V. (1915). Vida del licenciado Don José León Armero. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 110, 66-91.
- Ripoll, M. T. (2005). *La élite cartagenera de fines del siglo XVIII y su tránsito a la República* (Tesis de maestría, Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia). <http://hdl.handle.net/1992/10792>
- Sevilla, R. (2019). *Memorias de un oficial del ejército español*. En J. Cuño & D. Soto (Ed.). Espuela de Plata.
- Wilhite, J. F. (1995). Los discípulos de Mutis y la ilustración en la Nueva Granada: la educación, la historia y la literatura. *Revista Colombiana de Educación*, (35), 1-10. <https://doi.org/10.17227/01203916.5383>

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. La vida de José León Armero García fue marcada por el periodo denominado ‘Patria Boba’. Con ayuda de fuentes documentales describa el porqué de este nombre y su relevancia para el país.
2. Nueva Granada fue el nombre que recibió el conjunto de provincias cuyos territorios forman hoy el Estado colombiano. Consulte los motivos por los que las provincias conformaron juntas de gobierno.
3. ¿Qué importancia tuvo la Carta Política sancionada por José León Armero García en 1815? Describa al menos dos aportes.
4. En el texto se describe el escudo de armas aprobado el 7 de diciembre de 1815 para la Provincia de Mariquita y su relación actual con el departamento del Tolima. Mencione los elementos que lo componen y explique qué vivencias evoca este símbolo para su vida.
5. Escriba una reseña de no más de diez líneas para presentar el personaje a alguien que no ha leído el texto; destaque en su escrito los rasgos que a su juicio son más relevantes porque definen mejor al personaje y constituyen un buen ejemplo para los jóvenes.

Mariana Varela Navarro

Dibujar a una mujer artista

Por: Alberto Fernández R.

ISSN impreso: 2462-9200

ISSN digital: 2462-9219

Tolimenses que dejan huella; Vol. 8 (2023)

DOI: <https://doi.org/10.35707/tol/806>

Ediciones Unibagué

Salvo cuando se especifique lo contrario, las fotografías de la presente crónica hacen parte del archivo personal de Mariana Varela.



Mariana Varela Navarro

La trayectoria de Mariana Varela es un ejemplo del papel fundamental que las mujeres han desempeñado en el campo del arte en Colombia. La distinción de género no es casual. Además de enfrentarse a la inestabilidad propia de una profesión como la de artista, tuvo que compatibilizar su tiempo en el estudio con los trabajos domésticos, el cuidado de la familia y la educación de las nuevas generaciones; todas estas tareas feminizadas y, por tanto, carentes de un adecuado reconocimiento social. Y aún así, a lo largo de más de seis décadas, ha logrado articular un discurso sólido que recoge parte de la memoria de tres de las principales víctimas de la violencia en el país: los campesinos, las mujeres y la naturaleza. Ello gracias a la constancia, la disciplina y la pasión con las que siempre ha encarado su quehacer artístico, así como esa mirada aguda con la que interpreta el mundo en el que vive.

El impulso innato de crear

Mariana Varela Navarro nació en Ibagué en 1947. Es la segunda de los cinco hijos del médico Jaime Varela y la modista Isabel Navarro. Ella creció en una de las primeras casas que se construyeron en el barrio Interlaken, cuando apenas esta zona dejó de ser una finca privada y comenzó a edificarse. Se trató de un proceso de urbanización que siguió el modelo de ciudad-jardín, el cual prevé viviendas espaciosas con antejardines y patios interiores en los que se aprovechó la abundante vegetación ya existente. Por esta razón, su infancia estuvo marcada por la presencia de la flora y la fauna propias de la región, y de materiales de construcción con los que solía jugar. Esto no es un dato menor; todo lo contrario. La imagen de la naturaleza tolimense, de ese imponderable bosque húmedo tropical que domina el paisaje ibaguereño, atraviesa su obra como si se tratara de la raíz de una planta adhiriéndose al suelo. Y ese juego infantil con arena, barro y otros elementos que encontraba en el entorno constituye uno de sus primeros entrenamientos en el trabajo manual, que es un aspecto capital en toda su práctica artística; constituye una de esas primeras manifestaciones de ‘ese deseo innato de querer hacer’, de esa suerte de impulso creativo que es inherente al artista.



Junto al árbol de mango de su casa en Interlaken, con su hermano mayor, Jaime Enrique.

Esa infancia apacible contrasta con la situación que vivía el país. Durante la segunda mitad de los años cuarenta y buena parte de los cincuenta, el enfrentamiento mortal entre los adeptos del Partido Conservador y del Partido Liberal alcanzó tal magnitud que la historiografía ha convenido en llamar a este periodo como La Violencia. Se trata de una violencia que aquejó particularmente las zonas rurales, siendo las del Tolima unas de las más afectadas. Esto provocó un éxodo de campesinos que explica el abrupto y desordenado crecimiento demográfico de Ibagué en ese momento. Una violencia que Varela y su familia no vivieron en carne propia, pero de la que no fueron totalmente ajenos: aun le vienen a la mente esas fotografías de campesinos muertos en medio del conflicto publicadas en la prensa local. Una violencia que también se manifiesta en su obra.

Varela inició su vida académica en la Escuela Normal Superior. De esa época recuerda que solo le interesaba el arte. A tal punto que ya había adquirido una notable destreza para el dibujo, que hizo que algunos de sus profesores le encomendaran la tarea de ilustrar parte de las clases. Esto, su habilidad para representar un anfibio o el mapa físico de Colombia con los que ella y sus compañeras de curso aprendían biología y geografía, fue lo que finalmente le permitió aprobar las asignaturas sin apenas distraerse de esos tempranos intereses. También recuerda con particular alegría que, gracias a que tenía libres todas las tardes de los miércoles, su padre —quien supo identificar y estimular sus habilidades técnicas desde que era muy niña— la inscribió en un curso de cerámica en la desaparecida Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Tolima. Tras modelar la arcilla con las manos o el torno, ‘salía de ahí extasiada’, remarca. A falta de ese tiempo libre, Varela no pudo continuar asistiendo al curso mientras estudió el bachillerato en el colegio La Presentación. No obstante, continuó su precoz y, hasta cierto punto, autodidacta entrenamiento. Terminaba lo antes posible sus tareas escolares, cuando directamente no las hacía, para dedicarse a dibujar con los lápices de colores, pintar con las témperas o leer los libros de arte que siempre tuvo a su disposición en la casa familiar. Y así fue hasta que a mediados de los años sesenta partió hacia Bogotá para empezar sus estudios universitarios.



Los siete integrantes de la familia Varela Navarro en los años sesenta.

Pese a no residir en el departamento desde el final de la adolescencia, ha mantenido el vínculo con este lugar. No solo porque, como se ha mencionado, las imágenes y experiencias de sus primeras etapas vitales han determinado, en buena medida, su quehacer artístico. Su trayectoria profesional ha encontrado un significativo respaldo institucional en la región, como lo demuestran sus exposiciones individuales organizadas en la Biblioteca Soledad Rengifo en 1983, la Sala Darío Echandía del Banco de la República en 1991 y la Sala Darío Jiménez de la Universidad del Tolima en 2001. Y porque Varela también se ha preocupado por el desarrollo de la escena local. Ella apoyó ese primer museo que funcionó en los espacios de la Gobernación durante los años setenta —incluso, donando un dibujo para la incipiente colección— al igual que ha hecho con el Museo de Arte del Tolima, que abrió sus puertas en 2003.

Por todas estas razones, Varela hace parte de la larga tradición artística regional que evidencia que el Tolima es mucho más que un territorio musical. Una tradición en la que se inscriben creadores como Julio Fajardo, Jorge Elías Triana, Manuel Hernández, Alberto Soto, Carlos Granada, Darío Ortiz y Rodrigo Facundo. Una tradición en la que ella es una pieza fundamental por las cualidades intrínsecas de su obra, su perspectiva femenina en un ambiente hasta hace muy poco

eminentemente masculino y su destacada labor como maestra de las nuevas generaciones de artistas colombianos.

Entrenar la mirada

Mariana Varela cursó la carrera de Artes Plásticas entre 1965 y 1969. Lo hizo en la Universidad Nacional de Colombia, y durante una época particularmente convulsa en dicha casa de estudios. Cofundador junto a Orlando Fals Borda de la entonces Facultad de Sociología, el sacerdote Camilo Torres se unió al Ejército de Liberación Nacional (ELN) en 1964 y cayó abatido en combate tan solo dos años más tarde. Varela recuerda que el ejemplo de Torres, y la leyenda que surgió tras su muerte, alentó a los estudiantes a enrolarse en las filas del grupo guerrillero, que entonces se encontraba en proceso de expansión, mientras las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) apenas estaban surgiendo. Era la época de la Guerra Fría, Estados Unidos trató de frenar el avance del socialismo en América Latina en alianza con las élites locales, tras el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. En este contexto no es difícil imaginar que esta institución educativa, un foco tradicional de las ideas de izquierda en el país, se convirtiera en una voz crítica, cuando no incómoda, para el gobierno colombiano. Basta recordar los continuos enfrentamientos entre los alumnos y las fuerzas del Estado durante la administración del presidente Carlos Lleras (1966-1970).

Al mismo tiempo, dicha universidad jugó un papel clave en el campo artístico durante esos años. Esto, en gran medida, como consecuencia de la rectoría de José Félix Patiño (1964-1966). Gracias a la reforma que lleva su nombre, modernizó la estructura administrativa de la universidad y los planes curriculares de las carreras; vinculó a destacados intelectuales al cuerpo docente y adelantó un ambicioso plan de desarrollo de la infraestructura del campus. Dicho plan contempló la construcción de espacios culturales importantes como la Biblioteca Central y el auditorio León de Greiff. Para el rector Patiño, la función de la universidad no podía limitarse a dotar a los estudiantes de información, sino que esta tenía que formar profesionales integrales con capacidad de incidir en la sociedad. De ahí que la cultura fuera tan importante en su ambiciosa reforma.

Tras acordarlo con las autoridades universitarias, el Museo de Arte Moderno de Bogotá, que Marta Traba dirigía desde 1962, se instaló en el campus de la Nacional en 1966. Además, Patiño nombró a Traba como directora de Extensión Cultural y profesora de la cátedra de historia del arte latinoamericano. Esta intelectual se había consolidado como la figura más influyente de la escena local; fue conocida como ‘la papisa del arte’ colombiano. Un título que, en medio de la sátira que reviste, bien refleja el poder que llegó a detentar. En retrospectiva, la propia Traba señaló la importancia de este periodo para el arte colombiano: “el traslado del museo al campus universitario nos permitió seguir de cerca la promoción emergente de la Escuela de Bellas Artes. Fue un momento excepcional”.

La joven Varela realizó sus estudios universitarios en ese particular contexto educativo y cultural. Escuchó las discusiones políticas que protagonizaban los alumnos de los últimos años de Sociología; participó en las ‘pedradas’ contra el ejército en los barrios contiguos a la universidad; leyó asiduamente a los escritores del Boom Latinoamericano y vivió el auge de *The Beatles*. Así como también fue una testigo privilegiada de la transformación del medio artístico, como ella misma relató a la *Revista Ciencias Sociales y Educación* de la Universidad de Medellín en 2015: “En Bogotá se empezaron a abrir más galerías, todas muy buenas, y se crearon la Bienal de Coltejer, en Medellín, y la de Artes Gráficas en el Museo La Tertulia, de Cali. Vinieron artistas foráneos con sus obras, pudimos contemplar el ‘aura’ de estos trabajos que hasta el momento solo veíamos en libros; se crearon varias revistas que publicaban temas sobre arte, y era muy interesante ver por la televisión los debates de Marta Traba”.

Aprobó los cinco años que duraba la carrera con matrícula de honor. Cuenta que para ello fue fundamental el apoyo familiar y, desde luego, su esfuerzo personal. Según ella, como le gustaba tanto lo que estaba haciendo, le imprimió mucha pasión, quizás uno de los rasgos más característicos de su personalidad. Su formación consistió, fundamentalmente, en el entrenamiento de la mirada y la adquisición de habilidades técnicas. Es decir, en el desarrollo de un punto de vista propio que pudiera ser expresado a través del dibujo, el grabado, la pintura, la escultura, la cerámica u otra disciplina artística. Se trató de una formación

que, en esencia, seguía los lineamientos del academicismo francés, que concebía el arte como la búsqueda de la belleza, ese concepto que una parte significativa de la teoría contemporánea ve con desconfianza, e incluso directamente lo rechaza.

De esta experiencia, destaca el cohabitar junto a sus compañeros en el edificio de Bellas Artes, obra de los arquitectos Eric Lange y Erns Blumenthal, construido entre 1936 y 1940, y declarado Bien de Interés Cultural en 1996; un ejemplo excepcional de la temprana arquitectura moderna en el país, y un espacio privilegiado para la enseñanza artística. También destaca el estudio de la Colección Pizano, ese conjunto de reproducciones de piezas notables de la Antigüedad, el Renacimiento y el Barroco, realizadas sobre los originales que se encuentran en el Museo Británico y el Museo de Louvre, principalmente; sin duda, una herramienta valiosa en ese proceso de aprender a mirar.

Tras finalizar sus estudios universitarios, y gracias a una beca que le concedió el gobierno colombiano, vivió en París entre 1971 y 1974. Pese a que a partir de la década de los cuarenta Nueva York le arrebató su hegemonía como centro emisor de los modelos artísticos internacionales, la capital francesa mantenía ese imaginario que la proyectaba como un lugar idóneo para la creación, y por consiguiente continuaba atrayendo a intelectuales de todo el mundo. Asistió al Taller 17 para estudiar grabado bajo la tutela de Stanley William Haytter, quien implementó un novedoso procedimiento que permitía obtener tiradas de imágenes en varios colores con tan solo una pasada de la plancha bajo la prensa. Haytter fue un artista abstracto y el trabajo en el taller estaba orientado en esa dirección, que no era la de Varela. Sus imágenes de la época eran figurativas, de un realismo tan radical que bien podrían catalogarse con el discutido término de hiperrealistas. Aun así recuerda que su estancia allí fue muy enriquecedora: “el taller siempre se caracterizó por ser un espacio de investigación constante”.



Mariana Varela durante su estancia de estudios en París

En términos generales, estos años fueron muy estimulantes, fruto del ambiente del taller y de la ciudad. En medio de ese ambiente, Varela desarrolló uno de los principales rasgos de su producción artística: la visión micro del mundo. A donde iba siempre llevaba consigo una libreta de apuntes en la que comenzó a dibujar objetos comunes, tan corrientes que parecen insignificantes, tanto así que generalmente pasan desapercibidos ante las miradas menos entrenadas. Es la temprana manifestación de su interés por lo cotidiano. Pero no es la cotidianidad en su conjunto. Solo le importaban ciertos fragmentos de la realidad, ciertos detalles de la vida ordinaria, que son los que reproduce en sus imágenes.

Regresó a Europa en 1984. Esta vez lo hizo en calidad de profesora de su *alma mater*, como parte de una comisión de estudios. Vivió en Roma, esa suerte de gran museo al aire libre, donde perderse en una calle del centro histórico puede suponer llegar a una plaza o una iglesia

que resguarda obras de los grandes maestros del arte occidental como Rafael, Miguel Ángel, Bernini o Caravaggio. La ciudad que también fue su punto base para recorrer Italia y empaparse con su rico acervo cultural, para ver de manera directa esas imágenes que ya conocía por los manuales de historia del arte. Allí realizó una especialización nuevamente en grabado en el Taller CG, un espacio más modesto, pero quizás más provechoso desde el punto de vista de su proceso creativo como tal.

Entrenar la mirada del otro

Mariana Varela fue profesora de la Universidad Nacional de Colombia entre 1975 y 2002. Es interesante la reflexión que ella hace sobre la propia enseñanza artística, la cual divide en dos niveles. Por un lado, están los docentes, quienes se encargan de áreas más académicas como la historia y la teoría del arte; y, por otro lado, están los maestros, quienes se centran en transmitir el conocimiento técnico a partir de su experiencia personal en el estudio. Ella fue de estos últimos.

Realmente su incursión en el campo de la enseñanza se remonta a sus días de estudiante en dicha universidad, cuando su habilidad con el lápiz y esa pasión por lo que hacía la llevaron a ser monitora de la clase de dibujo, una área básica y, por tanto, fundamental en la formación artística. Desde ese momento descubrió que le gustaba transmitir conocimientos a los otros. Con ese primer acercamiento como experiencia previa, le ofrecieron ser profesora de esa misma disciplina cuando regresó al país tras su estancia en París. Así se integró al cuerpo de profesores del Departamento de Bellas Artes (con la mencionada reforma Patiño, la antigua Escuela pasó a ser un departamento de la Facultad de Artes).

Tras su estadía en Roma, además de continuar con su trabajo en las aulas, asumió tareas administrativas. Primero fue nombrada encargada del Departamento de Dibujo entre 1985 y 1987, y luego fue escogida como directora del Departamento de Bellas Artes entre 1988 y 1990. En el marco de esta nueva etapa profesional, dedicó sus esfuerzos a repensar el programa de artes, a adaptarlo a las necesidades del momento, junto a un grupo de profesores. De este proceso nacieron los talleres experimentales, que se plantearon como un espacio en el que los alumnos pudieran desarrollar en total libertad sus intereses e inquietudes; como

un espacio para dar rienda suelta a la creatividad. Unos talleres que pasaron a ser el nuevo eje vertebrador de la carrera.

Los talleres experimentales fueron dirigidos en un principio por Varela. En la citada entrevista de la *Revista Ciencias Sociales y Educación* de la Universidad de Medellín explicó la dinámica de estos talleres: “cada uno (de los estudiantes) traía un problema particular y mi tarea era entender cuál era el sentimiento que le animaba a proponer su ejercicio de determinado modo y medio, para poderlo guiar adecuadamente en su búsqueda y solución”. Aquí su principal herramienta de trabajo fue la historia del arte. Recurrió a esas imágenes paradigmáticas que otros habían creado para asentar una cultura visual en sus pupilos, y a partir de ella generar nuevos planteamientos para resolver sus problemas. Se trata, en el fondo, de aquel entrenamiento de la mirada de su época de estudiante; una mirada que encarna una forma particular de pensamiento. Esto implicó crear un banco de ilustraciones en una época sin internet. Se requirió esfuerzo y dedicación para encontrarlas en libros y demás material bibliográfico repartido en bibliotecas públicas, así como en la suya personal, que ella misma reprodujo con su cámara fotográfica.

No solo dirigía a sus alumnos, sino que Varela se implicaba activamente en sus proyectos, que no pocas veces la sorprendían. Su intención fue siempre la de ayudarles a resolver sus problemas, pero en el camino también aprendió de ellos: de sus ideas, de esa vitalidad que generalmente se asocia a la juventud. Este tramo de su carrera docente fue una manera muy orgánica de mantenerse vinculada a ese arte que se estaba produciendo en el presente.

Varela se comprometió totalmente con esta faceta de su actividad profesional, que siempre compaginó con su trabajo en el estudio. Su compromiso fue tal que, en los años ochenta, cuando nació su hija María de la Paz y aumentaron sus labores domésticas, no se apartó de las aulas. Prefirió sacrificar parte de las horas que le dedicaba a su obra. Esta situación es común entre las artistas mujeres, quienes con frecuencia han tenido que repartir su tiempo entre el cuidado de su familia —un trabajo profundamente feminizado y sin el reconocimiento que merece— y sus proyectos personales. En el caso de Varela hay que añadir la educación de la comunidad, que es otro trabajo feminizado y poco

valorado. Y aun así ha conseguido construir un cuerpo artístico sólido, tanto como el de sus compañeros hombres, que en su mayoría no se ven abocados a esta situación.

Finalmente, como parte de esta etapa, Varela se desempeñó como directora del Museo de Arte de la Nacional entre 1999 y 2003. Tras la breve pero significativa estadía del Museo de Arte Moderno de Bogotá en el campus entre 1966 y 1968, las autoridades universitarias decidieron crear una institución que continuara prestando este servicio a la comunidad educativa, y así contribuir con la formación de esos profesionales integrales a los que aludía el rector Patiño. A la larga, este museo se ha posicionado como un importante dinamizador de la escena artística nacional. En sus salas, varias generaciones de nuevos artistas han tenido la oportunidad de presentar su trabajo con los más altos estándares de calidad y así, en la mayoría de los casos, enfrentarse por primera vez al público. También ha apoyado la carrera de los profesores de la Facultad, que son agentes activos en el medio local. A través de su gestión, Varela contribuyó en todos estos procesos.

El dibujo como forma de pensamiento

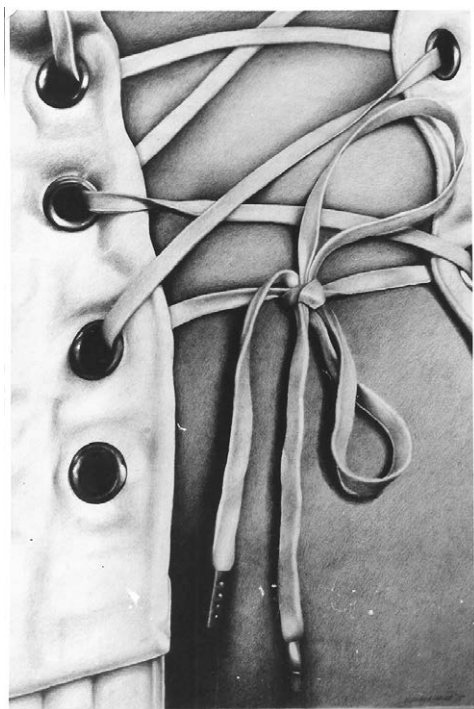
A partir de los años setenta, surge una generación de destacados dibujantes colombianos, entre los que se cuentan Darío Morales, Miguel Ángel Rojas, Oscar Muñoz y Ever Astudillos. También Mariana Varela hace parte de esta generación que se interesó en la delicadeza del trazo del grafito sobre un soporte; hizo de la sencillez de la línea independizada de la pintura, despojada del color y la textura de los pigmentos, uno de sus principales medios de expresión. Un medio íntimo y económico, en el sentido que se trata del trabajo solitario del artista en el taller, con unos materiales mínimos a los que cualquiera puede acceder como un lápiz y un trozo de papel.

Ese carácter económico llevó a Marta Traba a proponer el dibujo como una forma de resistencia ante el imperialismo cultural de los Estados Unidos, que era como ella interpretaba la hegemonía de Nueva York en el campo artístico. Traba veía una correspondencia entre ese aspecto y el subdesarrollo que caracterizaba —y aún caracteriza— a buena parte de las sociedades latinoamericanas. Por lo que los dibujantes y grabadores, entre lo que figuró Varela, fueron protagonistas en la muestra

colectiva *Los novísimos colombianos*, que esta intelectual organizó en el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas en 1977. Una exposición que constituye un primer intento por agrupar a dicha generación de entonces jóvenes artistas.

Para estos creadores, además de un medio de expresión, el trazar líneas en el plano o el espacio es un método de aprensión del mundo. Esta idea, el dibujo como una forma de pensamiento, bien la explica Varela: “para nosotros los artistas es un medio primario de conocimiento: dibujar es pensar. En el sujeto equivale a hablar, a la palabra. Cuando pensamos estamos activos en la creación, se forman imágenes en la mente para afirmar nuestras reflexiones que luego se convertirán en palabras o serán esbozadas con los delicados trazos del dibujo. Configuramos de esta manera nuestras ideas”.

Si el dibujo encarna una idea, si efectivamente envuelve un significado, cabe entonces la pregunta sobre cuál es el mensaje que se quiere transmitir. Además de su predilección por el dibujo, esta generación



Sin título (1975). Lápiz sobre papel.

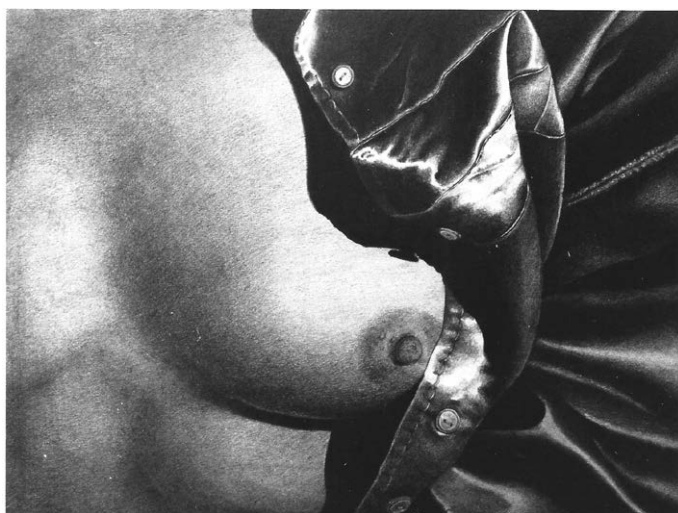
coincide en su interés por lo cotidiano. Ese mundo corriente es el que, cada uno desde un punto de vista personal, quiere comunicar a través de sus imágenes. En el caso de Varela es, concretamente, la vida ordinaria de las mujeres. No es de extrañar, pues, como ella misma asegura, “todos dibujamos para una mejor comprensión de nuestra existencia fugaz”. La cotidianidad que ella plasma es también la suya, sus reflexiones parten de sus vivencias. He ahí lo capital de su función en este grupo de dibujantes, predominantemente masculino, como un reflejo fiel de toda la historia del arte.

La mayoría de sus obras de esta década muestran fragmentos de cuerpos femeninos vistiéndose —o desvistiéndose, según se mire— en los que la atención se centra en ciertos detalles de la vestimenta, como bien lo ejemplifican su *Dibujo No. 46*. (1973) o el apretado corsé que protagoniza *Sin título* (1975). Algunos elementos como botones, cremalleras, cordones, ganchos, encajes y otros trozos de tejidos de las prendas son reproducidos con tal fidelidad que en ocasiones es difícil discernir si se está frente a una fotografía a blanco y negro. Estos elementos inexorablemente remiten a su infancia en Ibagué: a las clases de costura que recibió de niña en el colegio de religiosas, al corsé gigante que heredó de una de sus abuelas y, sobre todo, al oficio de su madre. Varela creció rodeada de cajones con insumos propios de la confección de ropa, con los que seguramente ella jugó.

Resulta interesante cómo en estos dibujos la costura es un asunto que trasciende de lo autobiográfico a lo político. Tiene que ver con que, así como el bordado, el tejido y el hilado en general, la costura es otra actividad históricamente feminizada. Lo mitos griegos —que, en gran medida, constituyen el sustrato de la cultura occidental— son ricos en imágenes que dan cuenta de esta antigua relación. Entre los más conocidos están el de Aracne, quien, tras ganarle a Atenea en una competencia de tejido, fue convertida por la diosa en araña; o el de Penélope, quien esperó pacientemente a que llegara su esposo Ulises de sus aventuras por el mar Egeo mientras urdía las fibras de un tapiz perfecto. En este contexto, las obras de Varela, que ya por su encuadre desprenden la sensación de asfixia, pueden ser interpretadas como una metáfora de la feminidad, esa categoría construida por la sociedad patriarcal que tantas veces ha limitado a las mujeres.

Otro aspecto significativo de estas obras es que la artista convierte al espectador en un *voyeur*. Lo hace partícipe de esos fragmentos de

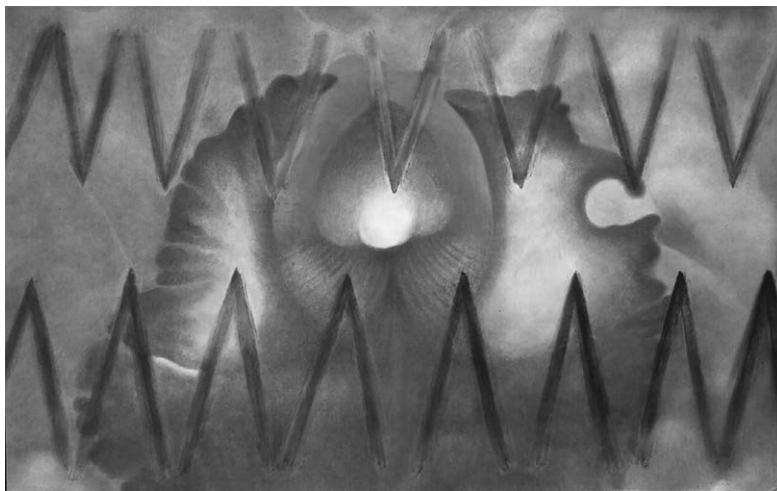
escenas íntimas, incluso de aquellas que presentan cierta carga erótica como en *Sin título* (1978). En esta obra, una camisa muy ceñida en la parte superior del cuerpo, delineando con precisión un pecho femenino, está desabotonada en la parte inferior mientras el brazo izquierdo de la mujer se desliza sugerentemente en esa misma dirección. Algo parecido a lo que hizo su compañero de generación y amigo personal Miguel Ángel Rojas, cuando a partir de 1973 documentó los encuentros sexuales clandestinos de homosexuales a través de fotografías y dibujos también desde una perspectiva *voyerista*. Ambos dan imagen a sus propias sexualidades —femenina y homosexual, esas que la cultura patriarcal se ha empeñado en desdibujar según sus normas— en medio de un particular contexto de represión. Durante la presidencia de Julio Cesar Turbay Ayala (1978-1982) el país vivió bajo el Estatuto de Seguridad, sobre el que se ampararon limitaciones a las libertades fundamentales y violaciones a los derechos humanos como parte de la ofensiva contra los grupos guerrilleros. No obstante, como otros artistas de la época, Varela optó por expresarse con “esa libertad con la que crecí. De poder mostrar y decir las cosas abiertamente”. Pero tuvo que pagar un precio: “esto también sirvió para que muchos me descalificaran, me dijeran que era una imprudente”. Es, básicamente, el castigo social que reciben las personas —y, sobre todo, las mujeres— que se atreven a salirse de la norma.



Sin título (1976). Lápiz sobre papel.

También coincidieron, así como otros miembros de esta generación, en el acercamiento a ese dibujar con la luz que es la fotografía. Un acercamiento personal, que varía de un artista a otro. Por ejemplo, Rojas utilizó la imagen fotográfica, por el realismo que esta encarna, como un medio para presentar de manera directa al público la sexualidad homosexual, esa que durante tanto tiempo ha estado proscrita a las sombras. En cambio, para Varela esta es tan solo una herramienta de trabajo en el proceso de construcción de la imagen. Es decir, para llegar a sus dibujos parte de fotografías que ella misma toma con su cámara, que luego revela y amplía, para así seleccionar ese detalle que finalmente reproduce con el lápiz.

El interés por la cotidianidad femenina ha hecho que su obra se relacione con la de otras artistas colombianas. Una evidencia de ello es su participación en la exposición colectiva *Voces íntimas. Relatos e imágenes de mujeres artistas*, que se celebró en el Museo Nacional de Colombia durante el 2016. La curadora de la muestra, Marta Rodríguez, establece un diálogo entre sus dibujos y las prácticas artísticas de Hena Rodríguez, Karen Lamassonne y María Teresa Hincapié. Todas ellas reflexionan alrededor del cuerpo femenino, su idealización por parte de la sociedad más conservadora y la imposición de dicho imaginario a las mujeres. Ellas se apropian de ese cuerpo y lo muestran sin filtros, saliéndose de la norma, para así cuestionar tal idealización. Por eso resulta tan significativo que las figuras de Varela se desabotonen la camisa, se bajen la cremallera o se suelten el corsé.



La obra Carnívora (1996), realizada en la técnica de tierras minerales sobre papel de algodón

Aproximación a su obra madura

Mariana Varela vive en Bogotá, en su casa del barrio Quinta Camacho. Tras más de 20 años dedicada a la enseñanza universitaria, pudo jubilarse como profesora en 2002. “Quería tener todo el tiempo para estar en mi estudio trabajando”, explica. Y ciertamente así es como trascurren sus días en la actualidad: consagrada a producir su obra, a trabajar en su taller ubicado a 15 cuadras de su vivienda. “No sé cómo antes hacía para que me alcanzara el tiempo, para estar en la universidad en todas las actividades que desempeñaba y en el estudio. En este momento quisiera que el día fuera de 48 horas”, concluye.

No deja de ser diciente que este momento vital coincida con una nueva etapa de su obra. En las últimas dos décadas, Varela ha realizado una serie de proyectos artísticos en los que vuelve la mirada hacia esas imágenes que la han acompañado desde siempre, retoma algunos temas trabajados en años anteriores, aportando perspectivas diferentes y experimenta con otras técnicas y materiales. En el foco de estos proyectos están la naturaleza, el campesino y la mujer como víctimas históricas de la violencia, así como también su continua reflexión sobre el dibujo en tanto ‘centro del arte’ y esa mirada micro del mundo.

Inextricable (2000) es el título del primero de estos proyectos que reúne una instalación y dos pinturas al óleo, los cuales se centran en la naturaleza. El objetivo de Varela es caracterizar al paisaje ‘como imagen de vida’ y, en ese sentido, la instalación es la que mejor logra tal cometido. Para esta pieza, pintó al óleo más de 475 escenas silvestres sobre pequeños retazos de seda. Cada una de estas escenas la colgó con alfileres diminutos directamente en el espacio expositivo, de modo tal que incluso la menor de las corrientes de aire consiga desestabilizarlas. Así Varela consiguió un bello efecto visual, que ella explica con igual belleza: “la fragilidad y la transparencia del soporte permiten un leve movimiento que nos sitúa en la vida palpitante”.



Inextricable (2000). Vista de la instalación con los más de 475 oleos pintados sobre seda.

Dicha reivindicación del paisaje como una imagen de vida hay que interpretarla como la respuesta de Varela a la violencia ejercida sobre la naturaleza. La artista ideó *Inextricable* luego de visitar las plantaciones bananeras en Urabá durante los años noventa. La ideó luego de constatar los efectos de la acción del ser humano sobre el ambiente: un monocultivo que desplaza a las especies nativas de porciones significativas de territorio, y la contaminación del ecosistema como consecuencia del mal manejo del plástico utilizado para recolectar y comercializar la fruta. Así como también constató las heridas profundas de este territorio castigado por el conflicto, en donde la población civil ha sufrido episodios tan cruentos como la masacre de ‘La Chinita’ en 1994.

El paisaje vuelve a ser el objeto de sus reflexiones en *Fracturas* (2013). La obra consiste en un mural de grandes dimensiones expuesto en el Centro de Creación Contemporánea Textura en Bogotá. Carboncillo en mano, Varela dibujó sobre pliegos de papel un enorme paisaje en blanco y negro, sobre el cual pegó unas 120 piezas pequeñas —como escritos, objetos y otros dibujos sobre diferentes materiales— que dan información adicional sobre ese entorno rural tan entrañable para la artista. Con este enorme dibujo, Varela estuvo nominada al VII Premio Luis Caballero otorgado por el Instituto Distrital de las Artes (IDARTES).



Detalle del mural Fracturas (2013) con el que Varela estuvo nominada al VII Premio Luis Caballero.

Sin pretender ser una copia exacta de la realidad, la geografía retratada en *Fracturas* no es del todo inventada. Como explica Miguel Huertas en el texto que la acompañaba, “es producto de la condensación de mil momentos de observación; construida en diferentes etapas y diferentes niveles, no fue hecha de un solo golpe, cada parte proviene de un tiempo diferente y solamente ahora están todos juntos”. Se refiere a que el dibujo de Varela parte de sus propios recuerdos de las montañas de la cordillera Central andina que atraviesan su natal Tolima, a las que despojó de sus infinitos tonos verdes y marrones para su obra. Las mismas montañas olvidadas y castigadas por la violencia que ha visto tantas veces a través del encuadre de la ventana en medio de sus viajes

entre Bogotá e Ibagué. Lo interesante de este ejercicio de memoria es, entonces, la compleja paradoja que encarna: es un objeto estático construido con fragmentos de la trayectoria vital de la artista; y aquí hay que subrayar que todo trayecto implica movimiento. O como lúcidamente apunta Huertas, con una imagen fija, Varela consigue el prodigio de que el público pueda ‘ver en el tiempo’.

Ya antes se había interesado por ese paisaje en su instalación *Morada* (2007). Varela hizo un registro fotográfico minucioso de las viviendas de los campesinos en la sabana bogotana y zonas rurales tolimeses. Le interesaban las técnicas artesanales utilizadas en la construcción de estas edificaciones —algunas de las cuales son centenarias— caracterizadas por cierta belleza austera y su integración con el ambiente. Pero sobre todo quería guardar la memoria de estas casas amenazadas por el avance de los procedimientos y materiales industriales, en el sentido que cada vez más se privilegian sobre los tradicionales, y por la dinámica del conflicto armado que desde siempre ha afectado las zonas rurales con mayor dramatismo. La obra la completa una estructura hecha con fragmentos de láminas de yeso y cemento blanco moldeadas por la artista, que se levantó como una suerte de prototipo de estas viviendas frente a la fachada moderna de la sede de la Cámara de Comercio de Bogotá, en el barrio El Salitre.

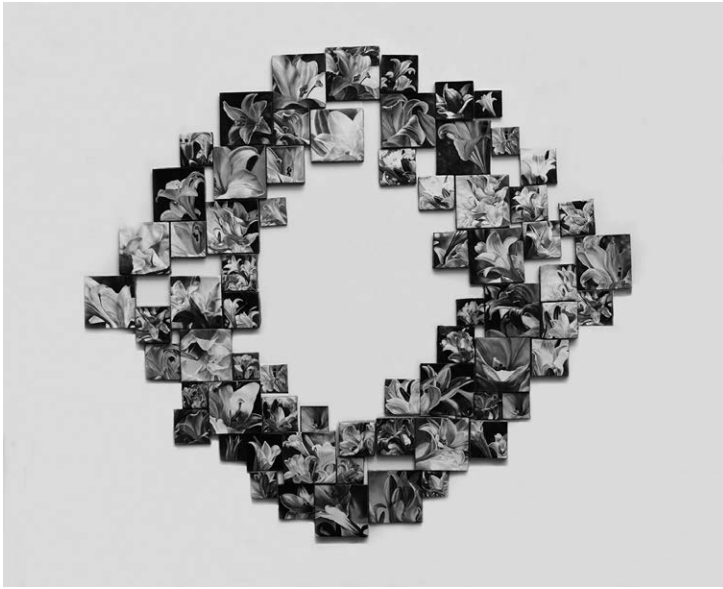


Morada (2007). Prototipo de vivienda campesina ubicada frente a la Cámara de Comercio de Bogotá.

Finalmente, en *Punto de cruz* (2018) la naturaleza se transforma en una metáfora de lo femenino. Para este proyecto, Varela realizó pinturas al óleo, videos, imágenes bordadas y dibujos con carboncillo. El título del proyecto alude a esa tipología de bordado, al que se refiere como “una de las formas de labor (manual) más antiguas y comunes, generalmente realizada por mujeres”. Es decir, parte del reconocimiento explícito de esta técnica artesanal como una actividad históricamente feminizada, y por ende resulta más que conveniente para abordar el mundo de las mujeres. De esta manera, la artista se remonta a sus inicios profesionales y retoma este aspecto tan significativo de sus dibujos de los años setenta, esos en los que representaba fragmentos de prendas de vestir, pero dándole un tratamiento diferente. Lo textil pasa de estar dibujado en el papel a ser una herramienta para dibujar una idea.

En este planteamiento se enmarcan los bordados que reproducen tres pinturas conocidas y los tres carboncillos en los cuales, la artista reinterpreta obras producidas por maestros del pasado. Varela recurre a la historia del arte, una de sus principales fuentes en el proceso de construcción de la imagen, para dar cuenta de algunas de las condiciones de la vida femenina a través del tiempo.

El núcleo del proyecto son las imágenes de flores, que funcionan como símbolo de la mujer, de su ‘vida y muerte, valor, resistencia y presencia’. Varela pintó al óleo fragmentos de lirios blancos y rosas rojas sobre 217 lienzos de formato pequeño. Agrupados por tipos de flores, estos frágiles cuadros fueron instalados en el espacio expositivo simulando la puntada característica del punto de cruz, como tejiendo —pero remplazando hilos por imágenes— sobre la pared. El resultado fueron dos conjuntos pictóricos, aunque relacionados entre sí, diferentes. Unos conjuntos que, precisamente, le sirven a Varela para reconocer el activismo de las mujeres y visibilizar cómo la sexualidad femenina es objeto de violencia.

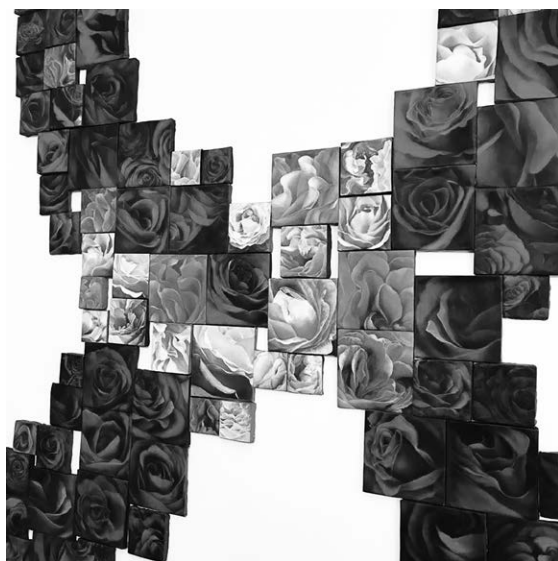


In memoriam (2018) es un homenaje a las mujeres que perdieron la vida por su actividad política.

No es casual, entonces, la escogencia del tipo de flor y su color. Siguiendo la tradición de manifestaciones culturales como la poesía, asoció los lirios blancos a conceptos como la pureza o la ofrenda. Este conjunto funciona como una suerte de homenaje a aquellas mujeres que han perdido la vida como consecuencia de su actividad política; como consecuencia de revelarse, de salirse de la norma que las recluye a espacios íntimos como el hogar y suele excluirlas de lo público. Mientras que las rosas rojas, como explica Valera, “por su estructura, hacen referencia a la anatomía sexual femenina, punto importante y frágil en cuanto se convierte en blanco del ataque y la agresión, tanto en la guerra como en la vida diaria”.

Este es un arte político en esencia. Al tiempo que configura procesos de memoria, al igual que el resto de proyectos desarrollados en estos años, los bordados-pinturas de Varela profundizan su denuncia de la amenaza y la injusticia que marcan la vida femenina, esas que todavía rigen sus derechos, sus deseos y sus cuerpos. Solo que, en este punto de su trayectoria, para enunciar estas ideas recurre a imágenes menos

explícitas, a estrategias discursivas más complejas. Una denuncia urgente en un contexto como el colombiano, en el que las mujeres —por el simple hecho de serlo— han sufrido todo tipo de agresiones.



*Nos silencian (2018)
hace referencia a como la
sexualidad femenina es
objeto de violencia*

El dibujo como huella

Mariana Varela lleva más de seis décadas dibujando su paso por el mundo. Aquí conviene señalar que el dibujo es, en sí mismo, una huella. Es una suerte de marca que deja toda persona al empuñar el lápiz, el carboncillo o la tiza, y por lo tanto es única e irrepetible. Varela dejó una huella indeleble como maestra de las nuevas generaciones, en principio formando a nuevos dibujantes y con ello prolongando esta importante tradición, y luego junto a otros profesores cambiando el paradigma de la educación artística al centrarse en la experimentación y el estímulo de la creatividad de los alumnos. También ha dejado su huella como artista, al dibujar un discurso necesario que resguarda la memoria de las víctimas del conflicto y de cierta manera las dignifica. Pero sobre todo es significativa su huella como mujer, como una tolimense insigne: toda su vida es un ejemplo del talante de ese ser humano nacido en la tierra bañada por el río Combeima, que trabaja con el firme propósito de mejorar el devenir ya no solo del departamento sino del país.

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Explique el vínculo de Mariana Varela con el Tolima: ¿cómo su relación con este departamento ha sido fundamental en su trayectoria profesional?
2. Mariana Varela dedicó gran parte de su tiempo a la educación de nuevos artistas colombianos: ¿cuál cree que ha sido, en su opinión, su principal aporte en este campo?
3. El dibujo es para Mariana Varela una forma de pensamiento: ¿a qué se refiere la artista con esta idea?
4. El ser mujer ha condicionado todo el quehacer profesional de Mariana Varela: ¿por qué es necesario que existan más mujeres artistas? ¿por qué es indispensable que se siga visibilizando la realidad en clave femenina?
5. Seleccione la obra de Mariana Varela que más llamó su atención y justifique su respuesta.

Cronistas

Oscar Javier Molina Molina

Magíster en Músicas de América Latina y el Caribe de la Universidad de Antioquia, especialista en Gestión Cultural de la Universidad Nacional de Colombia y Licenciado en Música del Conservatorio del Tolima. Oriundo del municipio de Pitalito, Huila, radicado desde 2005 en la ciudad de Ibagué. Como músico, ha representando a Colombia en eventos internacionales en Ecuador, Venezuela, España, Francia, Canadá, Perú y México. Fue galardonado mejor instrumentista Mono Núñez 2013 como intérprete de quena; así mismo ha obtenido otros premios en el ámbito de la música andina colombiana, latinoamericana y en la gestión cultural. Actualmente es Director de Bienestar Universitario de la Universidad de Ibagué.

Correo electrónico: oscar.molina@unibague.edu.co

Martha Myriam Páez Morales

Comunicadora social-periodista. Laboró en el diario regional *El Nuevo Día* por veinte años, como reportera, jefe de redacción y editora general. Fue catedrática de la Corporación Unificada de Educación Superior (CUN), la Universidad del Tolima, la Universidad de Ibagué y Uniminuto. Se desempeñó durante ocho años como directora de la oficina de publicaciones de la Universidad de Ibagué, Ediciones Unibagué. En la actualidad colabora en la sección de Opinión de *El Nuevo Día*.

Correo electrónico: marthamyriampaez@gmail.com

Manuel Alberto Caicedo Cañón

Productor de radio y televisión. En los años 70 inició su carrera en la radio nacional en emisoras como Caracol y Todelar. Se desempeñó como periodista radial en emisoras independientes de Bogotá, Cali, Pereira, Armenia e Ibagué; así como corresponsal de noticieros nacionales de televisión. En 1994 fue director de El Kanal, canal local de televisión de la ciudad de Ibagué. Desde 2005 ha trabajado como periodista independiente, presentador de noticias y productor general de televisión en el canal regional del Tolima PyC.

Correo electrónico: manuelcaycedoc@hotmail.com

Jhonny Alexander Lozano Bermúdez

Nació en Ibagué y es profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Ibagué. Culminó sus estudios de comunicación social en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia. Es magíster en Didáctica para la Enseñanza del Inglés de la Universidad de la Sabana y profesor tesol de La Universidad de Anaheim (California, Estados Unidos). Ha sido docente de inglés, de lenguaje y de comunicación social. Se ha desempeñado como catedrático en la Universidad del Tolima y como instructor del SENA. Es columnista de opinión en medios locales y creador y productor de podcast.

Correo electrónico: jhonny.lozano@unibague.edu.co

Guillermo Pérez Flórez

Abogado, Comunicador Social y Periodista. Con estudios en Derechos Humanos y en Migración y Codesarrollo. Miembro de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y de la Academia de Historia del Tolima. Durante veinte años residió en España, en donde colaboró con varios centros de pensamiento y medios de comunicación, y se desempeñó como consultor empresarial en asuntos de riesgo político. Ha escrito diversos ensayos, crónicas y artículos de opinión para revistas y periódicos, en los cuales hace reflexiones relacionadas con la paz, el desarrollo, la cooperación y las relaciones internacionales. Actualmente, es director *ad honorem* de la Fundación Segunda Expedición Botánica.

Correo electrónico: gperezflorez@gmail.com

Alberto Fernández Rojas

Ensayista, crítico e investigador venezolano, especializado en artes visuales y cultura de América Latina. Es graduado con honores *Magna cum Laude* en Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá, especialista en Opinión Pública y Mercadeo Político de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, y máster en Historia del Arte Contemporáneo y Cultural Visual de la Universidad Complutense de Madrid y el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Desde 2020 cursa el doctorado en Estudios Artísticos, Literarios y de la Cultura en la Universidad Autónoma de Madrid.

Correo electrónico: alfernandezrojas@gmail.com



Ediciones Unibagué



Toda la colección de
Tolimenses que dejan huella



Pódcast
Voces que inspiran

Desde su creación en 2015, *Tolimenses que dejan huella* se ha proyectado como una de las series editoriales insignia de la Universidad de Ibagué, animados por el interés de que las nuevas generaciones se acerquen a historias inspiradoras de personajes que han dejado en alto al Tolima y han aportado al crecimiento de Colombia.

Esta octava entrega incluye los relatos de seis figuras notables para el departamento por su aporte al desarrollo cultural, industrial, científico, político y artístico del país: Alfonso Viña Calderón, Enelia Caviedes Pérez, Guillermo Laserna Pinzón, María Magdalena Echeverry de Polanco, José León Antonio Armero García y Mariana Varela Navarro.

Ediciones
Unibagué



**Universidad
de Ibagué**

Comprometidos con el desarrollo regional